

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

COLECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

W  
5

PELLETAN

LA MUERTO  
DIOS

PQ2380

.P6

H3

100005



1020026743



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

¿HA MUERTO DIOS?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# ¿HA MUERTO DIOS?

POR

EUGENIO PELLETÁN

TRADUCIDA

*para ilustración de su única amada hija Carmen  
A. de Quesada*

POR

F. AGRAMONTE

Por todas partes en que ha dom-  
nado el absolutismo Católico, se ha  
sentido la esterilidad de las na-  
ciones.

GUIZOT.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

37532

IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA

ARCÓ DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23

1888

100005

211  
P

PQ 2380  
46  
H3



ES PROPIEDAD.

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

DIRECCIÓN GENERAL DE

## INTRODUCCIÓN.

¿Ha muerto Dios? Nó; dicen ellos.

Para tener el derecho de morir, es preciso haber vivido. Dios no ha existido jamás sinó de nombre. No es que el nihilismo religioso niegue á Dios: negarlo, implica que podría afirmarsele.

Dios es simplemente *lo inconocible*, no lo desconocido, porque esto podría inspirar derecho al examen. La ciencia misma no hace sinó proceder de lo conocido á lo desconocido: ¡Pero *lo inconocible* es casa vacía, puerta cerrada; tocad; nadie os oye!

No queda, pues, otra solución, que rechazar toda idea de Divinidad, por la cuestión previa que envuelve. Hagamos tratados de filología, y muramos provistos de los Sacramentos de la Iglesia. *Lo inconocible* de esta Escuela no es, en el fondo, sinó *lo incomprendible* de la Teología.

Dios se escapa á la ciencia, dice el uno. También se escapa á la razón, dice el otro. Ambos colocan un centinela á la puerta del problema para impedir al espíritu humano que penetre en él. ¿Basta, empero, que se afirmé *á priori* que una cuestión es insoluble, para que el hombre renuncie á buscar su solución? Pero él la ha

perseguido siempre, por el contrario, y no ha tomado aliento ni reposo hasta el día en que ha creído haberla encontrado.

¿Qué se entiende pues, por Dios?

Quien dice Dios, nada dice. Una palabra nada expresa, sinó por el sentido que contiene. Ahora bien; el sentido atribuido á la palabra Dios, varía de siglo en siglo; y en el mismo siglo, de pueblo en pueblo; y en el propio pueblo, de individuo en individuo, en relación al grado de desarrollo de cada inteligencia. Existido han otros tantos dioses, cuantas razas ha habido debajo del sol, y etapas de civilización en el camino indefinido del progreso.

El hombre es un sér religioso, y todavía más, lo es por su propia esencia. El animal vive y muere, pero no conoce que vive, ni que debe morir. No tiene ni la conciencia de su vida, ni la presciencia de su fin. Si se supusiese que le asistiera una idea vaga de lo uno y de lo otro, ellas no podrían tampoco influir sobre su destino. El hombre, por el contrario, sabe anticipadamente, que tiene que morir y repugna esta idea. El no puede creer que la previsión de la tumba, como prerrogativa de su inteligencia, le haya sido concedida, para hacer de su vida una prolongada agonía moral, y una incesante condenación á muerte, cuyo toque de campana suene en su oído á cada hora, como para darle el goce anticipado de gracia, y el primer puñado de tierra arrojado sobre su féretro.

La muerte no ha sido jamás para él, sinó un vigia severo apostado sobre la frontera de dos mundos, y una invitación á pensar en lo que está más allá, y en lo que sucederá después.

Tiene demasiada alta opinión de sí mismo, para admitir que un hoyo en la tierra y el vacío encima puedan ser la última palabra del sér que ha amado, y que ha pensado. La yerba brota sobre el campo de un cementerio sembrado con un cadáver más; el rocío del cielo sobre ella se esparce, y el misterioso laboratorio de la tierra vuelve á absorber el componente químico de lo que fué una inteligencia, y no es ya sinó azoe ó fósforo.

En todos tiempos y á la mayor distancia que la Historia puede remontarse en lo pasado, el hombre ha creído en una especie de supervivencia que ha podido cambiar de forma ó de escena, pero que, no por eso, deja de ser una protesta de la necesidad de lo inmortal contra toda idea de la nada.

Desde que el espíritu humano ha dado una ojeada sobre el mundo, y á través del flujo y reflujó de todo lo que ve y siente, ha podido tener una noción más y más racional del tiempo y del espacio, se ha preguntado á sí mismo, sobre lo que preexiste, lo que vuelve á comenzar y lo que constituye la ley de solidaridad entre la humanidad pasada y la humanidad presente; y, presente ó pasada, contemporánea siempre, siempre nueva, y la misma sin cesar, ha encontrado su historia en la conciencia, al mismo tiempo que en la memoria.

Cuando viene á formularse cuestión semejante, ó mejor dicho, á imponerse en la reflexión, tiene derecho á otra respuesta muy distante de la de inadmisibile: y esa respuesta ha sido dada al mismo tiempo que se ha hecho la pregunta, y siempre con una sola palabra, ¡Dios!

sín perjuicio de explicar su pensamiento en un sentido más amplio, á medida que la humanidad ha dado mayor latitud á su inteligencia. El cerebro humano es el primer templo de la divinidad, y si Dios no habitase en él ¿en dónde podría tener su asiento?

La religión nacida con el hombre, y su compañera inseparable al través de los siglos, ha seguido las diversas vicisitudes de la incesante evolución del progreso; porque el hombre es un ser siempre en via de formación; su propio creador á la vez que su propia criatura. La naturaleza, desde el primer momento se le mostró liberal contra sus rigores. Había provisto de antemano á las necesidades de los otros animales: ¿eran herbívoros? La sábana ostentaba en toda su extensión su alfombra de verdura, y no tenían más que bajar la cabeza y ramonear: ¿eran carnívoros? bastábales dar un salto ó un aletazo para alcanzar su presa en el espacio solar.

El hombre, por el contrario, es el grande hambriento de la creación, y es preciso que saque su alimento de recursos propios, ó que de cualquier manera lo invente; pero tiene consigo una armadura invisible, mucho más poderosa que las garras de la pantera, ó la uña del buitre. Piensa, y de cada una de sus reflexiones, saca el hacha, la flecha, la lanza, en una palabra, todo un arsenal, para su lucha por la existencia. Pero antes ha debido desmenuzar ampliamente el tiempo, y pasar por el doloroso aprendizaje de los períodos prehistóricos, salvajes, pastorales, agrícolas y civilizados.

El hombre no ha visto á Dios sinó á través

de la naturaleza, que era la única teología inteligible para él, y según que aquella lo tratase bien ó mal, así creía en un Dios bueno, ó en un Dios malo. El salvaje, ó el hombre reducido al minimum de existencia intelectual, apenas armado, ó mal armado, tiene, sin cesar, que luchar con algún enemigo oculto; contra el hombre, primero, y después, contra el carnívoro, de quien llega á ser, á su vez, la víctima: entonces cree en un Dios cruel que le infiltra el dolor por todos los poros, y se lo representa bajo la forma de Fetiche. A este aborto de Dios es al que dirige su primera oración; y lo supone ávido de asesinatos porque ve la muerte por todas partes, y oye sin cesar, crujir los huesos del devorado bajo el diente del devorador. Procura conjurar el furor del sacrificador divino por medio de la postración, es decir, por el martirio de su semejante; y su primer altar ha sido el pedrusco regado con sangre humana.

Pero, á medida que, con la marcha del tiempo, nuestro infatigable colaborador, el hombre, se alejó, más y más, de la opresión del sufrimiento y de las probabilidades de la muerte, adquirió mejor opinión de la Divinidad, é introdujo al Dios bueno al lado del Dios malo. Y así, prolongado el tiempo en que la balanza le pareció oscilar entre el bien y el mal, llegó para él la coexistencia de las dos Divinidades bajo el mismo pie de igualdad. No hay teogonía que no haya seguido, desde entonces, la huella de este dualismo: Siva y Brahmá, Arimau y Ormutz, Typhon y Osiris, Moloch y Jehovah, Saturno y Júpiter. Entre tanto, el malestar superaba todavía al bienestar, y su acción combi-



nada tomó, entonces, el nombre de *fatalidad*.

El hombre, á pesar de todo, rescatado, de siglo en siglo, de su estado de inferioridad por su genio de invención, domina, á su vez, á la naturaleza que se lo había enseñoreado. Dios se le aparece bajo una fisonomía más simpática: el Dios malo se aleja para dar lugar al Dios benévolo; pierde su apodo de fatalidad, para tomar el de Providencia; la acción de gracias sucede á la súplica, y la ofrenda al holocausto.

En el estado salvaje, el canibal sacrifica el hombre á Dios: en el estado pastoral le sacrifica una cabeza de ganado; en el estado agrícola no es ya la sangre lo que corre sobre el altar, ni la carne del hombre ó del rebaño lo que él ofrece á la Divinidad; es la flor de la mies, es el pan, es la copa de vino; y en fin, el fuego purificador, este primer redentor de la humanidad, toma el lugar de honor en la liturgia. La religión no ha sido, pues, en lo pasado, sino la apoteosis sucesiva de todos los progresos de la Historia; fué pasando de dioses en dioses, como el espíritu humano ha ido subiendo hasta el verdadero Dios; ó mejor dicho, á una concepción más elevada de la Divinidad.

Los dioses mueren, pero Dios no muere. Parece que desciende á la tumba, pero levanta inmediatamente la losa que lo cubre, y dejando en el sepulcro los hierros de la muerte, es decir, los símbolos del pasado, vuelve á aparecer en el esplendor de su trasfiguración. Es á un tiempo el Dios sepultado, y el Dios resucitado, que convoca á la resurrección los espectros de los cultos antiguos.

No podría negarse que en nuestra época pasa

por el aire un soplo de ateísmo. Se han puesto en boca de Dios recientemente, y se le han atribuido tales tonterías, que hay para excitar disgusto y alejamiento á los hombres de imaginación. Un papa cataléptico, con frecuencia acometido de crisis de palabras, ha derramado en sus accesos de *vómito negro* tantas olas de bilis contra la razón, contra la libertad, contra la civilización moderna, contra la revolución francesa, y contra todo lo que constituye la dignidad y la moralidad del hombre, que las generaciones nuevas, indiferentes hasta aquí, ó cuando menos satíricas, han lanzado á este culto oscuro y triste como el graznido del buho, desafío por desafío; y por espíritu de represalias, han relegado á Dios en las tenebrosas soledades de lo inaccesible.

La Nada por arriba, la Nada por abajo, en el medio un indefinido desierto moral, donde vagan, á la ventura, sombras humanas que lloran, que ríen, que danzan, que callan, que cantan, que gimen, que hablan, que escuchan, que escriben, que leen, que trabajan, que juegan más ó menos felizmente el azar de la vida en el gran garito del mundo; y hé aquí todo lo que los desilusionados del pensamiento Divino tienen que ofrecernos en cambio del ideal perdido: pero el hombre vale más que esto.

El que lleva consigo el sentimiento de lo infinito, y le otorga una parte de su existencia, ha construido sobre la colina una casa de muchos pisos; observa desde más alto, y abraza con su mirada un horizonte muy vasto; pero aquel que, por el contrario, considera la sublime ansiedad de lo ideal como una enfermedad del

espíritu, no habita ni se mueve sinó en los bajos del edificio. Puede instalar allí, es verdad, un horno de química, ó una mesa de disección; puede sacar de la materia confesiones preciosas para el conocimiento de los carbonatos ó de las membranas; lo admiramos, y lo compadecemos à un tiempo, porque algo le falta.

Pero ¿qué es este algo que le falta, y en qué santuario se encuentra? Arrojad los ojos sobre el mapa de las religiones: todas permanecen acantonadas en sus antiguas fronteras. Católicas ó reformadas no pueden ya convertir sinó ser convertidas. La religión judaica se codea hace mil ochocientos años con la religión cristiana, sin que Cristo haya podido, jamás, absorber à Moisés. La civilización musulmana retrocede cada día más, ante la civilización europea; pero ¿puede esperarse, à pesar de esto, que la cruz haya de reemplazar à la media luna sobre la punta del Minarete? El protestantismo inglés con su ardiente espíritu de proselitismo posée el vasto teatro de las creencias Indias, ha sembrado allí con profusión sus escuelas, y expedido cargamento de Biblias para propaganda; pero ¿ha llevado à la India el Evangelio?

Así, la civilización europea, esta vanguardia de la humanidad, ha podido invadir los otros continentes y llevar à ellos nuestros cañones, nuestras artes, nuestras industrias, pero ella no puede darles su Dios. Hubo, sin embargo, un tiempo en que las religiones tenían el dón de la conquista, é iban à través de los mares y de las montañas à reclutar nuevas razas, por más que hubiesen llegado al centro de aquellas, no

con las armas en la mano y al estrago de las victorias, sinó guiados por un creyente, frecuentemente cubierto de polvo, y que no llevaba consigo más que el bordón y el manto agujereado del Apóstol.

Pero, hoy, alégrese ó entristézcase la humanidad, el mundo no es más que el hospital de las religiones viejas, que, al mismo tiempo, atacadas de una fiebre lenta de consunción, han perdido todas, su poder de expansión en el espacio; sienten, día por día, que se les retira la vida, y recostadas unas en otras, se incorporan de tiempo en tiempo para mirarse con la palidez de la muerte sobre la frente, y dejarse caer de nuevo sobre su lecho de agonía.

A no fijarse hoy sinó en la Francia, sin duda que allí sólo se acude à la iglesia por la misa ó el sermón, y hay, además, cierta recrudescencia de devoción que únicamente hormiguea en la superficie. Se piensa siempre creer, pero no se cree ya en realidad, ó bien, no se cree sinó por hábito. ¿Debe concluirse de aquí que el instinto de lo divino que ha inspirado à la humanidad, ha desaparecido, ó está para desaparecer? Guárdemonos de pensarlo. Cuando la duda sopla en el alma humana, se siente allí demasiado frío, que tiene necesidad de un rayo de lo Alto para calentarse.

La religión tiene, también, sus estaciones. El otoño llega à pasos silenciosos como una ronda nocturna à barrer la vida con su presencia, y entregar la tierra al reposo. La bruma invade la atmósfera; extingue por todas partes la forma, é inculca en todo la apariencia de un fantasma. El sol empobrecido de su luz por algunas

horas, hace de tiempo en tiempo, una corta aparición entre dos nubes, y sus rayos desfallecientes sobre las cimas descuajadas de las florestas tienen toda la melancolía del último adiós.

Las cornejas vuelan á bandadas por encima de las llanuras y lanzan su grito siniestro como un desafío á toda esperanza de renacimiento de la Naturaleza; y cuando la noche llega, el cielo, en vez de iluminar con sus estrellas, lámparas etéreas del Infinito nuestras cabezas, se funde en neblinas que forman espectros de los árboles, para liquidarse de rama en rama sobre las hojas secas que, una á una, van cayendo, y exhalando á cada lágrima, una nota sorda de indecible tristeza.

Viene enseguida el invierno: la nieve desciende arremolinada sobre la tierra, y ahoga hasta el más leve rumor de vida. El hombre pasa silencioso como una sombra por encima del suelo enmudecido: el sol se ausenta; la rosa no florece más; la viña no madura ya: hé aquí la hora *de requiem* de la Creación.

Pero en medio de este mutismo, de este adormecimiento de la Naturaleza, la savia de la vida se cobija y fermenta aún; repara sus fuerzas en silencio, y las prepara para nuevas obras y más fértiles mieses; y luego, no tarde, al primer rayo de la primavera que la irradia, hace su explosión con inagotable munificencia; y las flores brotan del campo como joyas escondidas en misterioso secreto, y el sol vuelve á ostentarse; y todos los ecos del espacio entonan, al través de la festiva Naturaleza, el himno de la resurrección primaveral.

## ¿HA MUERTO DIOS?

### I

La Iglesia Católica ha sido, desde su principio, la religión Cristiana: ¿qué es ella hoy? No busquéis en su seno al Cristo, sólo encontraréis, al sacerdote.

Su ministro, es en efecto, el que, en ese culto, toma el lugar de Dios, y reina en el cielo como en la tierra: él, quien hace y deshace el dogma; él, quien liga y desliga, el que abre y el que cierra, á su voluntad, la puerta de la salvación.

Se apodera del niño al salir de las entrañas de la madre para lavarlo en el agua del bautismo. Le pone un nombre de santo para inculcar á la familia que tiene dos padres, uno según la carne, y otro según el espíritu. Después de algunos años, cuando el niño sabe hablar sin acertar á comprender, la Iglesia Romana lo catequiza para prepararlo á la primera comunión; y apenas llega á la edad núbil, lo vuelve á tomar por la mano para casarlo ante el altar. Más tarde, cuando la hora de la agonía se acerca, ella misma acude al lecho del moribundo para ponerle sobre la frente una gota de aceite; arras-

horas, hace de tiempo en tiempo, una corta aparición entre dos nubes, y sus rayos desfallecientes sobre las cimas descuajadas de las florestas tienen toda la melancolía del último adiós.

Las cornejas vuelan á bandadas por encima de las llanuras y lanzan su grito siniestro como un desafío á toda esperanza de renacimiento de la Naturaleza; y cuando la noche llega, el cielo, en vez de iluminar con sus estrellas, lámparas etéreas del Infinito nuestras cabezas, se funde en neblinas que forman espectros de los árboles, para liquidarse de rama en rama sobre las hojas secas que, una á una, van cayendo, y exhalando á cada lágrima, una nota sorda de indecible tristeza.

Viene enseguida el invierno: la nieve desciende arremolinada sobre la tierra, y ahoga hasta el más leve rumor de vida. El hombre pasa silencioso como una sombra por encima del suelo enmudecido: el sol se ausenta; la rosa no florece más; la viña no madura ya: hé aquí la hora *de requiem* de la Creación.

Pero en medio de este mutismo, de este adormecimiento de la Naturaleza, la savia de la vida se cobija y fermenta aún; repara sus fuerzas en silencio, y las prepara para nuevas obras y más fértiles mieses; y luego, no tarde, al primer rayo de la primavera que la irradia, hace su explosión con inagotable munificencia; y las flores brotan del campo como joyas escondidas en misterioso secreto, y el sol vuelve á ostentarse; y todos los ecos del espacio entonan, al través de la festiva Naturaleza, el himno de la resurrección primaveral.

## ¿HA MUERTO DIOS?

### I

La Iglesia Católica ha sido, desde su principio, la religión Cristiana: ¿qué es ella hoy? No busquéis en su seno al Cristo, sólo encontraréis, al sacerdote.

Su ministro, es en efecto, el que, en ese culto, toma el lugar de Dios, y reina en el cielo como en la tierra: él, quien hace y deshace el dogma; él, quien liga y desliga, el que abre y el que cierra, á su voluntad, la puerta de la salvación.

Se apodera del niño al salir de las entrañas de la madre para lavarlo en el agua del bautismo. Le pone un nombre de santo para inculcar á la familia que tiene dos padres, uno según la carne, y otro según el espíritu. Después de algunos años, cuando el niño sabe hablar sin acertar á comprender, la Iglesia Romana lo catequiza para prepararlo á la primera comunión; y apenas llega á la edad núbil, lo vuelve á tomar por la mano para casarlo ante el altar. Más tarde, cuando la hora de la agonía se acerca, ella misma acude al lecho del moribundo para ponerle sobre la frente una gota de aceite; arras-

tra enseguida el cadáver á una capilla, y previo el rocío que le esparce de agua bendita, canta en su presencia un *De profundis*: en una palabra, desde el primero hasta el último día mantiene al fiel en la cadena para conducirlo desde la cama hasta la tumba.

Y, por temor de que, en ese intervalo, se escape, le recuerda, sin cesar, lo que ella designa por el Tribunal de la Penitencia; y allí, en el escondrijo reservado á las inmundicias del alma exige que un hombre, de rodillas ante otro amasado con el mismo barro, vaya á revelar á este otro que no tiene sobre él más ventaja que la de llevar la cabeza raspada en redondo, todo lo que ha pensado, dicho ó hecho, y hasta el misterio más íntimo de la mujer y del marido: ella hace, en fin, entrar al sacerdote en la alcoba nupcial para dejarlo allí de plantón.

La Iglesia, siempre á la huella del hombre, no lo abandona más, á sí propio, un solo minuto. Ella le anuncia desde lo alto de su campanario la hora de levantarse y la de dormir, y le dicta, momento por momento, el empleo que ha de dar al día, en el cuadrante de su reloj. Ella repica en los bautismos, proclama los días festivos, toca la agonía de los moribundos, y lanza al viento los sonidos anhelantes del somatén como para imponer al fiel, á todas horas y circunstancias, que no le es lícito nacer, vivir, dormir y morir sin que la Iglesia esté allí para anunciar el suceso. El creyente tiene pues, sin cesar, su religión al oído.

Y no solamente en su oído, sino también en su labio, porque debe continuamente orar ó enlazar su oración á la del sacerdote, en la hora

del Angelus, en la de comer, de cenar, de acostarse. *Ora pro nobis; Deo gratias; Pater noster; Ave Maria.* El fiel habla sin descanso á Dios como para atraer sobre sí la atención del cielo: yo como, Señor; mírame comer; voy á dormir; envíame un ángel custodio que vele á la cabecera de mi cama.

Esa Iglesia en fin, anhelosa de acaparar mejor el espíritu del católico, le pone y le vuelve á poner en la mano un gesto que ha de hacer y repetir á cada evolución de su habitualidad: toca la campana el *Angelus*, y tiene que persignarse; se sienta en la mesa, y se persigna; entra en la Iglesia, y se persigna; sale de ella y se persigna; en una palabra, tiene sin cesar su religión en la punta de los dedos, y el signo de la cruz llega en él, al estado de función natural.

La Iglesia bautiza hasta al mismo tiempo, y señala cada día con el nombre de un Santo. San Pedro, San Juan, San José, el cual debe celebrarse en familia según el nombre impreso en el bautismo. Hay, además, otro santo que se está obligado á festejar en razón del oficio que el católico ejerce, porque ella tiene para todos, su lugar reservado, ya en el escritorio como en la tienda; San Ignacio, San Crispín, San Eloy.

El cristiano no puede trabajar en días festivos, reservados á la molicie: el herrero debe apagar su fragua, el labrador dejar su arado en el surco; el molino no tiene tampoco el derecho de dar vueltas. La antigüedad condenaba al esclavo al trabajo forzado; la Iglesia lo fuerza al reposo obligatorio. Ella penetra, por autoridad propia en el hogar; regula el tocador de la mujer; disgrega de él todo lo que

puede parecer un adelanto á Satán, y arroja de paso una ojeada á la cocina para apagar en ella la lumbre, en día de ayuno, y para impedir, en otro de vigilia, la presentación en la mesa de todo plato anatematizado.

La Iglesia Romana no deja su rebaño ni un minuto. Ella lo domina, lo tiene sitiado de tal manera, á todas horas y en cada una de sus evoluciones; penetra tan profundamente en su seno y hasta en su última fibra, que ha conseguido llegar á ser para el fiel una exigencia ó mejor dicho una necesidad física, como el humo del opio para el chino.

Cuando el sacerdote lanzaba la excomunión sobre una ciudad, la pronunciaba ante la puerta de la catedral, con un cirio encendido en la mano, que, después, arrojaba al suelo y apagaba con el pié; colocaba en su pórtico un manojo de zarzas; y desde entonces, no más bautismo, ni comunión, ni misa, ni confesión, ni *De profundis*, ni otra cosa que la oración muda, el púlpito desierto, y la campana entristecida, que sólo anuncia la hora, y parece decir: «el Cristo ha muerto por segunda vez! ¡No existe ya el Salvador!»

La fase ahogaba, el aire se condensaba; y ¿qué creyente hubiese podido oponerse á esta avalancha del clero que encerraba á Dios bajo llave y condenaba el alma á la asfixia? El cadáver mismo no podía resistir á su empuje; y creíase que estremecido de horror en el fondo de su cripta, levantaba su losa y salía de la iglesia cenido de su sudario.

La religión Romana no hablaba solamente al cuerpo, que también hablaba al espíritu. Ella

tenía el monopolio de la instrucción, bajo todas sus formas y en todos los grados; ella sola y casi exclusivamente, enseñaba á leer y á escribir, é instruía lo menos posible, y jamás sobre nada que pudiera parecer ciencia. La Teología como la Liturgia habían conservado el uso del latín que no es otra cosa que una cortina corrida entre el clero y el fiel. ¿Para qué sirve pensar? Basta con creer. Se cree tanto más, cuanto menos se comprende la creencia.

Ella sola tenía, además, el derecho de predicar y de escribir. El domingo subía al púlpito para dar la lección á su rebaño, y ¿quién otro hubiera osado pronunciarse contra su doctrina, que no se hubiese visto hundido y pisoteado por el predicador? La Iglesia tenía su mano puesta sobre la boca de la humanidad, y ningún escritor por hábil que fuese, ni por elevado que se encontrase, podía publicar un libro sin el permiso del sacerdote.

Toda sociedad digna del nombre de civilizada constituye una escuela mutua en que cada uno es profesor, y al mismo tiempo alumno que enseña, y aprende á su vez. De esta acción y de esa reacción de cada uno sobre todos, y de todos respecto de cada uno, resalta la luz de la verdad; pero en la Edad Media, el libro, ese mediador mudo entre el espíritu del uno y el espíritu del otro no existía sinó bajo la forma de pesado in-folio manuscrito, adherido con una cadena de hierro al pupitre de la biblioteca del convento.

La Iglesia tenía, en fin, el monopolio de la única prensa posible en aquella época, prensa oral, prensa ambulante de cincuenta ó cincuenta

mil monjes mendicantes que predicaban libremente á las multitudes de la calle; y, desde la altura de su prestigio, difundían la palabra ordenada de Roma, por toda la cristiandad. Más aproximado al pueblo por su género de vida, el Franciscano, con los piés desnudos y por medio de su hábito oscuro, representaba, contra los demás poderes, lo que podía llamarse la demagogía de la Iglesia; y cuando estos poderes tenían la insolencia de resistirla, desataba contra ellos la jauría de ladradores de su cubil claustrado.

Todo el mundo siente; el menor número piensa; porque para pensar, no basta la inteligencia; es preciso además, la instrucción; en todos tiempos, el hombre ha sido sentimiento más que razón, y es por tanto á su imaginación, á la que debe hablársele para que comprenda. En una época en que la multitud no podía creer sino por los sentidos era á éstos á quienes precisaba sermonear para dar al hombre una convicción. El catolicismo tuvo el mérito de comprender este precepto de religión, menos bien, sin duda, que el paganismo, del cual no ha sido más que la falsificación, pero lo suficiente, sin embargo, para cautivar la imaginación del fiel. De aquí, esa ostentación que hacía del culto, un espectáculo, de allí esa mimica del sacerdote en el altar; de allí esa estrella recamada de oro y de plata, esa mitra apuntada é imitada de algún santuario de Siria, y esa luz reflejada al través de los vidrios de florones que hacía tender sobre las lozas de la Iglesia como un tapiz tejido por los rayos del sol; de allí, esos ecos aéreos del órgano que descendían de lo alto de

la nave como una melodía celeste; de allí, la nube embalsamada que los incensarios exhalaban balanceados cadenciosamente en el momento de la adoración; de allí, en fin, la ostentosa exhibición del día de Corpus que saliendo de la Iglesia con banderas desplegadas, desfilara procesionalmente por las calles tapizadas de flores, sobre una litera de hinojos, mientras que una doble línea de entusiastas cristianos lanzaban al cielo puñados de rosas y cohetes.

La Iglesia romana se complacía en mantener la ignorancia en el pueblo para fomentar la superstición, no por cálculo, tal vez, sino por instinto; porque la superstición, como ha dicho José de Maistre, es la vanguardia de la religión, pues, cuando se sale de lo natural para entrar en lo sobrenatural, se prefiere la medicina de la oración á la de la ciencia, y se busca en la hipótesis, del milagro la curación del enfermo. Si la mies se secaba, ó se podría en su raíz, una procesión se discurría al través de los campos, llevando cargada la cruz, para demostrar que el sacerdote tenía á sus órdenes á Dios contra la lluvia y la seca.

El infierno, sepultado en el centro de la tierra no era bastante ostensible para amedrentar convenientemente la imaginación. Era indispensable sacarlo del abismo de los muertos para mezclarlo, en cierta manera, con los vivos; y esto fué lo que hizo la Iglesia con la ayuda del sortilegio, que, otra cosa no es sino el averno, en pleno día, para relajar la cristiandad. Si algunas veces sucedía que allá por la media noche, el pastor dormitando á la luz de las estrellas envuelto en su piel de cabra, oía, de re-

rente, ladrar su perro, y un rumor pasaba por encima de su cabeza semejando el aleteo de un vuelo de pájaros, figurábase que era la cabalgada aérea de los brujos y las hechiceras que galopaban sobre los vientos para concurrir á la cita del Sábado.

Allí, al resplandor de la luna y sobre el matorral de un bosque, celebraba el demonio la misa negra, de espaldas al altar con una naba negra en la mano á guisa de hostia; y después de esta parodia de sacrificio divino, tomaba fuego y la convertía en humo sin que quedase de ella más que un poco de ceniza y de carbón.

Los concurrentes recogían piadosamente esta reliquia para fabricar el polvo de los sortilegios, conque el hechicero tenía derecho de vida y muerte sobre la naturaleza entera. Si una hechicera soplabá sobre el rostro de una mujer, ésta giraba sobre sí misma y moría; si otro tocaba á un buey, el animal mugía, y moría también, y cuando se le despellejaba, se encontraba la mano del hechicero pintada de negro sobre su carne.

El hechicero, tenía, en efecto el dón de matar con una palabra en voz baja, al niño recién nacido, como á la manada de un ganado, de asolar las mieses, de quemar con granizo las viñas, de trastornar las cerraduras y de cerrar el ojo de las agujas. Y fué un papa, fué Inocencio VIII quien lo afirmó *ex cathedra* en una bula, revestido, por supuesto, del carácter de infalible. Es verdad que la iglesia tenía contra tan terrible plaga, el remedio del exorcismo, de que usaba con gravedad, porque en él creía.

La Iglesia papista había hecho del hombre,

su prisionero, y para mantenerlo más atado había organizado la ponderosa gerarquía de su doble clero; el uno secular, y el otro regular. El primero subía del vicario al cura, del cura al obispo, del obispo al arzobispo, y de éste al soberano pontifice, último peldaño de la escala. Este clero no era, á decir verdad, sinó una especie de telégrafo en acción, encargado de transmitir la palabra de orden de Roma á toda la cristiandad.

El segundo, acuartelado en los conventos, vivía en éstos como un ejército en sus puestos militares al abrigo de los golpes de mano del pensamiento. Hacía voto de pobreza, lo cual no le impedía poseer un tercio de territorio y de ejercer sobre el pueblo el poder de señor feudal con derecho de alta y baja justicia.

Este espantoso poder concentrado en la cabeza del jefe de la Iglesia, lo hizo estallar. Aquél se persuadió que si no era, por completo un Dios, había entre él y el otro tan poco espesor, que no valía la pena de hacer notar la distancia que los separaba. A pesar de titularse el servidor de los servidores, se declaró el soberano de los soberanos; soberano bagabundo, algunas veces, que no tenía ni una piedra siquiera donde reposar su cabeza, dentro de su propia capital.

Pero, cuando al tirar un día su mula de la brida, subía un sendero escarpado para guarecer su divinidad, en fuga, detrás la poterna de algún castillo fuerte de los Apeninos, le sucedió que hizo un gesto alrededor del horizonte que lo envolvía. «Todo esto me pertenece, dijo, con el mismo título que á Dios, *mi otro yo*: los reyes no son sinó mis vasallos: puedo con un



ademán elevarlos ó abatirlos; no tengo más que soplar sobre sus coronas para hacerlas caer.»

Por más que el papado y la divinidad no formasen una sola y propia persona, era preciso creer lo que el sacerdote creía, y repetir lo que él mismo decía. Toda opinión independiente no era ya una opinión; ni siquiera error; era una rebelión que posaba la mano sobre Dios; que cometía el crimen de los crímenes, el crimen de lesa majestad divina: no había que discutir con ella, ni procurar combatirla; sólo quedaba el recurso de exterminarla.

De esta manera seguía la Iglesia romana á través del mundo, con su dogma en una mano, y una tea en la otra, diciendo á todo el que tenía aún la insolencia de pensar: «¡Hé aquí la verdad; hé aquí un tison; cree ó muere!»

## II

Estaba reservado al papado introducir en el mundo un género de muerte nuevo, la muerte religiosa; y matar por una creencia, en nombre de un Dios que murió. El mismo por una idea. La Iglesia hacía la guerra, predicando: un papa exclamaba desde su encumbrada cátedra, «Espada, sal de tu vaina, afílate para exterminar» y la espada aguzaba su punta, por sí misma, en toda la cristiandad: arrojando así, la Europa sobre el Asia para establecer allí el Evangelio en lugar del Corán, y conquistar la cueva de una roca que se decía ser la tumba de Cristo.

La Europa no fué en la Edad Media más que una cruzada inmensa, no sólo en Palestina sino en Suecia, en Hungría, en Sicilia, por todas partes: cruzada contra los Beguinos, contra los Lollardos, contra los Patarinos, contra los Vandences, los Flagelantes, los Albigenses. Hombres sanos, mujeres, niños, ancianos, todo era degollado, violado, despanzurrado; y levantando al cielo su crucifijo empapado en sangre, un legado del papa invocaba á Dios para que bajase á gozar del espectáculo de aquella carnicería todavía humeante. «¡Miralos bien, Se-

ñor! Hay tal vez inocentes entre ellos; date el trabajo de recojerlos.»

Si la tierra pudiese rebosar la sangre de todas las víctimas de la ortodoxia que ha bebido durante tantos siglos, la mar se enrojecería desde el uno al otro extremo del Océano; y si se amontonasen unas sobre otras las osamentas de todas las hecatombes humanas inmoladas á la voz de un papa, se levantaría hasta el cielo una pirámide más alta que el Himalaya.

Un día, una raza desprendida, no se sabe de dónde, como una fantasía de las mil y una noches, desembarca en Andalucía; y en un abrir y cerrar de ojos, el tiempo necesario para embriar sus caballos, emprende al galope la conquista de la mitad de España, no para asolarla y convertirla á sablazos en ovación al profeta, sino para instruirla y fertilizarla.

El pueblo moro no era en aquella época solamente una raza guerrera; era también, y ante todo, un pueblo sabio, artista, inventor, industrial y agricultor. Llevaba á la España como dón de glorioso advenimiento, el alma de la Grecia, su filosofía, su literatura, su geometría; la medicina, la brújula, la platería, el acero, el arte de la irrigación, la arquitectura Hadárica de la Alhambra, en fin, esa misteriosa poesía de sonidos, que se llama la música. Y todavía, en nuestro tiempo, la guitarra, desprendida ya de su mano, repite las deliciosas armonías árabes que vuelan escapadas, atravesando los siglos, hacia nosotros, ardientes como las explosiones del corazón, ó quejumbrosas como los ensueños de dos amantes bajo las estrellas embalsamadas por los floridos limoneros.

La raza mora que no podía ser más tolerante, comprendía que había espacio en el cielo, ese gran panteón del mundo, para todos los dioses de paso que el hombre se complaciese en alojar allí. Dejaba pues á Jesús entronizarse apasiblemente al lado de Mahoma. La mezquita vivía en buena armonía con la catedral; la campana tocaba en el campanario, mientras que el muphti cantaba sobre el minarete. La función se realizaba, de día en día, entre las dos razas, por sólo el contacto de la vecindad, y, como en todas partes, la mujer servía de lazo estrecho de mutua unión. Si España hubiese conservado la raza mora, habría ganado tres siglos de progreso sobre el resto de Europa.

Pero, hé aquí, que una nube negra impulsada del Norte, pasa con sordo rugido por el reino de Granada. Era el catolicismo sombrío con pesadumbre de hierro que venía á descargarse sobre el mediodía de España; y tras esa avalancha desoladora todo se inflama, todo arde, todo se conmueve: una raza entera de hombres desaparece de la faz de la tierra; y de la magnífica civilización que consigo había traído, no quedan, en breve, más que campos sin cultivo, olivares asolados, manufacturas cerradas, ciudades arruinadas, edificios arrasados. El catolicismo acababa de pasar, y en el cementerio de una raza extinta, la hiena monacal de la inquisición iba todavía á olfatear el aire y á escarbar la tierra para buscar lo que le quedaba aún que devorar. En aquellos días se vió por todas partes brotar del suelo, en las principales ciudades de España, un monumento ambiguo, mitad palacio y mitad prisión.

El palacio ostentaba una fachada más ó menos arquitectural adornada de pilastras y balcones. La prisión en forma de claustro contenía dos hileras de celdas, unas en primer piso y las otras en la parte baja. Las primeras eran como cabañas iluminadas por un postigo en lo alto del techo; y las segundas eran calabozos oscuros que no recibían otra luz que la del ventanillo destinado á pasar el alimento á los prisioneros.

En fin, más hondo del piso bajo, una escalera subterránea conducía á las cavernas donde sólo las antorchas podían dar entrada á la luz. El edificio en conjunto tomaba el nombre de *Santa Casa*.

En ella residía el primer personaje del Estado. Vicario del papa, que era, por su propia autoridad, el vicario de Cristo, poseía, de segunda mano, la omnipotencia de la Iglesia. Podía, como el soberano pontífice, atar y desatar, excomulgar, absolver, degradar, destronar: tenía jurisdicción sobre todo español, grande ó pequeño gerárquicamente, sin excepción del mismo rey, para todos los casos de herejía. Este hombre, superior á todos, llevaba simplemente el nombre de *padre Inigo, Domingo ó Pablo*, de la orden de santo Domingo.

Habitaba un palacio ricamente amueblado, con una hilera numerosa de hidalgos de la primera nobleza que á mucha honra tenían servirle de ayuda de cámara. Poseía á la entrada de la ciudad una casa de campo donde la brisa tamisaba los perfumes de los naranjeros al iravés de los surtidores de las fuentes; y no iba á tomar el fresco sinó en carroza tirada por mulas

engalanadas de plumas, y con una escolta de escuderos á la portezuela, y caballeros al estribo.

Este monje tenía á sus órdenes un ejército de voluntarios del espionaje que eran llamados políticamente *familiares*, caballeros distinguidos, por otra parte, y muy envanecidos de su blason, para aceptar un salario por llevarlo. La policía oculta de la *Santa Hermandad* diseminada por todas partes, sin que ningún signo exterior pudiese ofrecerla á la mirada, era la pupila y el oído de la Inquisición; y, gracias á su omnipresencia, podía verlo todo y oírlo todo. Ese amigo íntimo que comía en vuestra mesa, que os abrazaba al entrar, y os estrechaba la mano al salir, era un familiar; y os tuteaba, pero os hacía traición, á un tiempo.

No podíais ir ni volver, sin tener á vuestro lado á la *Santa Fe* que os perseguía sobre el ala de las moscas, y cuando regresabais al hogar y tirabais del cerrojo, no os imaginéis haberla dejado á la puerta, porque entraba y seguía pisando vuestros talones. Encendíais una bujía para leer un libro filosófico en la soledad de vuestro gabinete, y allí estaba la Inquisición inclinada sobre el espaldar de vuestro sillón que leía por encima de vuestros hombros la página sospechosa para anotarla en su cartera. Parecía que, en ciertos momentos, una voz salía de todas las paredes, de las entrecruzadas, de las baldosas, que los ángulos del espacio hablaban, que la noche veía, que la brisa oía y que allá en el fondo de la sombra, colando su cabeza por las verjas ferradas de vuestro palacio, la Inquisición empinada sobre la punta de los piés,

y con la oreja extendida al viento aspiraba cada un soplo del aire como para olfatear una víctima que devorar.

Por muy seguro que se estuviese de su inocencia, jamás se conciliaba la tranquilidad; y nadie sabía por la mañana, si dormiría por la noche en su propio lecho. Un terror misterioso se cernía sobre toda España. Se recelaba de los parientes, se ocultaba del amigo, se desconfiaba de sí propio; y todos se envolvían con su capa hasta la barba, y se sustraían á las miradas de los demás, al favor de las anchas alas del sombrero, ceñidas á su rostro.

Al pie del espionaje voluntario estaba la delación obligatoria. La Inquisición forzaba, bajo pena de complicidad, al hijo, á denunciar al padre; al padre, á hacerlo con el hijo, y á la mujer con su marido. Tú, golpeabas tu cabeza con la piedra de tu calabozo diciendo: «¿quién, es posible que haya repetido la palabra que sólo mi almohada ha podido oír?» Y lo preguntas, ¡desgraciado! Tu mujer ¿no tiene acaso un confesor?

La Inquisición decretaba el arresto del cuerpo, por una palabra, por una sospecha, por un billete anónimo, y para estimular la denuncia, aunque fuese calumniosa, garantizaba anticipadamente la impunidad del calumniador. Sospechar para ella, era proseguir; y continuar, era condenar. Si se le denunciaba un hereje, se apoderaba de él, invadía su domicilio, arrojaba de éste, á la esposa y á los hijos ¿qué le importaba su suerte? Si la mujer era joven, ¿no la quedaba su belleza? Y si el hijo estaba en aptitud de cargar una escopeta, ¿qué otra cosa necesitaba que el camino real?

Un escribano procedía, enseguida, al inventario minucioso de todos los muebles de adorno, joyas, alhajas de plata, títulos, valores y documentos que, desde entonces, consideraba como propios en virtud de su derecho de confiscación; y después de fijar sus sellos sobre las puertas y armarios, *la Santa Fe* encarcelaba al acusado en uno de los calabozos de su prisión; lo conservaba allí en secreto, sin fuego, sin luz, sin libros, sin papel, solo, siempre solo, replegado siempre, concentrado en sí mismo, con la cabeza entre sus rodillas; simple máquina para respirar ó gemir, y aun sin derecho á gemir en alta voz para que un carcelero no tuviese que obligarlo á callar á golpes y latigazos.

El Santo Oficio emitía su informe contra él, á su capricho, sin hacerle saber el género de herejía de que se le acusaba, acerca de cuyo informe sigiloso no le comunicaba más que un procedimiento falsificado. «Es preciso,» dice el manual de las leyes, «que todas las circunstancias sean ingeniosamente combinadas.» El juez deslizaba en medio de las acusaciones que le hacía, los más graves cargos, tan leves en la apariencia, que se escapaban á la consideración ó á la previsión del procesado. Rechazando los unos con indignación, y descuidando los otros, se concluía con que, si no los refutaba, era por- que implícitamente los confesaba.

La Inquisición aceptaba la declaración de testigos tachados, marcados con la infamia, ladrones ó falsarios, y jamás los careaba con el reputado por reo, para que pudiese examinar ó rechazar su testimonio; y una vez terminada la

instrucción, el acusado comparecía ante el tribunal, pero á puerta cerrada, y sin el auxilio de un defensor.

El juez le interrogaba, pero ¿sobre qué? Sobre todo en general, y nunca sobre un hecho concreto, teniendo especial cuidado de silenciarle el acto ó la palabra con que la Inquisición lo acriminaba, dejándole alcanzar el mérito de adivinarlo y de denunciarlo él mismo contra sí propio.

Si en la ignorancia del hecho porque se le inculpaba, hacía referencia á otro de que ni siquiera aparecía sospechoso, se le declaraba culpable por confesión propia; si se obstinaba en no responder, hombre perdido. Su silencio era la prueba de su delito: *taciturnitas pro probatione habetur*, era la máxima: no podía responder, sinó á medias? *Mutilus*; se le declaraba culpable por reticencia, y se le imponía el fuego: ¿no confesaba? hombre endurecido, que era condenado á llevar una camisa azufrada en el horno de carne humana del *quemadero*.

De esta manera; culpable anticipadamente, culpable ya confesase ó ya negase, el acusado no tenía otra alternativa que confesar una herejía cualquiera, aunque jamás la hubiese profesado, redimiéndose por este acto de complacencia, de la tortura ó de la hoguera, pero no de la detención indefinida ni de la confiscación. Salvaba su vida, pero arruinaba á su familia.

Pero, por poco que tuviese la imprudencia de negar, era sometido por el juez á la tortura, y de ésta había dos clases. La primera, que era la del fuego, consistía en colocar los piés del

paciente sobre las brasas, frotándolos de tiempo en tiempo con una lonja de grasa para activar su escozor. La segunda, que era por medio del agua ofrecía padecimiento más cruel, y era, por consiguiente más practicada. El genio humano no ha encontrado todavía nada mejor en el arte del dolor. «Ordenamos, «decía el juez,» que el «dicho tormento sea aplicado de la manera, y «durante el tiempo que, Nos, juzguemos conveniente, después de haber protestado, como «protestamos, que en caso de lesión, de fractura «de miembro ó de muerte, no podrá ser imputado el hecho, sinó al mismo acusado.»

El verdugo acompañado del señor Licenciado inquisidor, iba á buscar el prisionero á su calabozo para conducirlo al antro del dolor. El paciente entraba en una caverna, abovedada, baja de techo, donde se ahogaban los gritos de la víctima devueltos al centro de la tierra, y deslizando sus piés por encima de las pegajosas, entreveía al través de las antorchas dos ó tres espectros de monjes, con el rostro oculto por una cogulla en que sólo había dos agujeros por donde aparecían brillando los rayos siniestros de sus pupilas. Se desnudaba al prisionero y se le acostaba en el *burro*, que consistía en una pila sin fondo en forma de ataúd, atravesada por una barra, é inclinada de manera que dejase los piés más altos que la cabeza para hacer que el peso de todo el cuerpo cargase sobre un solo punto de la columna vertebral.

El torturador lo ataba por los brazos y por las piernas con una cuerda doble que tenía un garrote en cada extremo; le ponía en la boca un lienzo humedecido que rociaba de cuando en

cuando para impedir que el aire filtrase, y para cortar la respiración al paciente.

El señor Licenciado mandaba al prisionero que recitase la oración *Quicumque vult*, y terminada esta plegaria, hacía la señal al verdugo.

Este daba el primer torcimiento de garrote en la pierna derecha, durante cuyo tiempo, su ayudante vertía gota á gota una pinta de agua sobre el pañuelo que se introducía en la garganta á cada esfuerzo que hacía el supliciado para aspirar. El ejecutor dejaba, después, reposar á su víctima por cinco minutos, para juzgar del efecto de la operación, y después daba un segundo retorcijón de garrote en la pierna izquierda, practicando otro tercero cuando pasaba un corto tiempo de descanso.

Ahora bien: mientras que la cuerda iba penetrando hasta los huesos en el interior de las carnes, un hombre iba, volvía y daba vueltas alrededor del patibulario, inclinaba hacia éste la cabeza con la sonrisa en los labios y le suplicaba con aire de cariño, que hiciese la confesión de su herejía, y todo terminaría, y el crimen sería perdonado. Este hombre era el señor Licenciado.

Pero el acusado, fuerte con su inocencia, no confesaba, y arrostraba el tormento. Entonces volvía á empezar el garrote á retorcerse, y el paciente, en angustiosa asfixia, bramaba, su pecho se inflamaba, sus miembros, convulsos, se agitaban... un extertor más, y su cuerpo volvía á caer con todo su peso sobre los barrotes del potro, con la columna vertebral medio fracturada; y no quedaba una sola de sus fibras

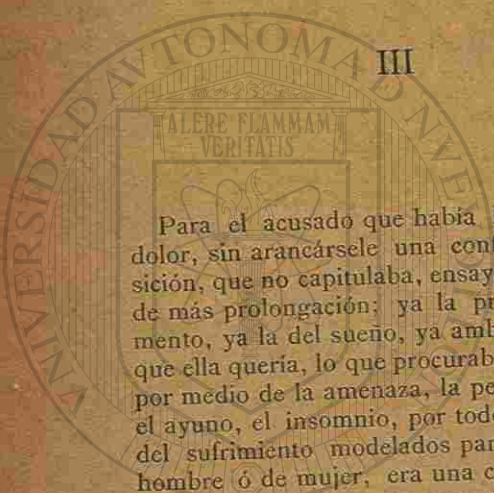
que no vibrase ó se rompiese bajo el martirio del suplicio.

Un médico en pié al lado del *burro* con la mano sobre el corazón de la víctima, interrogaba cada una de sus palpitaciones como un termómetro destinado á medir todo lo que un hombre puede sufrir sin alcanzar la muerte.

Las arterias del supliciado se agitaban sobre sus sienés, arrojaba olas de sangre por su boca, su pupila se cerraba, y lograba al fin morir. El inquisidor alzaba la mano para que se suspendiese la operación, y volver á disputar su presa á la misma muerte.

El verdugo desataba las cuerdas, sus ayudantes cargaban sobre sus espaldas aquel paquete de músculos humanos medio molidos, y lo devolvían á su calabozo con la cabeza colgando. «Respiraba aun? Se sabrá más tarde.

¡Y la Inquisición aplicaba este suplicio, también á las mujeres!... Es verdad que si estaban en cinta, se las hacía la gracia de dejarlas el tiempo necesario para dar á luz su hijo.



Para el acusado que había hecho frente al dolor, sin arancárselo una confesión, la Inquisición, que no capitulaba, ensayaba otra tortura de más prolongación; ya la privación del alimento, ya la del sueño, ya ambas á la vez. Lo que ella quería, lo que procuraba, á todo precio, por medio de la amenaza, la perfidia, el fuego, el ayuno, el insomnio, por todos los extremos del sufrimiento modelados para un cuerpo de hombre ó de mujer, era una confesión sincera ó forzada, poco importa, con tal que fuese una confesión en virtud de la cual tuviese el derecho de escribir sobre el texto de la sentencia: «Condenado por su propia confesión.» Porque esto aligeraba su conciencia al confiscar el patrimonio de la víctima. Cuando la condena tenía que enriquecer al juez, no había ya inocente alguno.

Llegaba un día, entretanto, en que la *Santa Fe* debía, por razón de plenitud, desembarazar sus demasiado llenos calabozos, llevando sus prisioneros á la plaza pública. Abría, entonces las dos alas de la puerta cochera de la *Santa Casa* para despachar su provisión de herejes

impenitentes, reincidentes, mahometanos, dogmáticos, que la *Santa Hermandad* había podido recolectar durante el año.

Aquel día se celebraba, como festivo, por toda España. Las campanas de las iglesias se echaban á vuelo, las damas elegantes se agitaban para presenciar el espectáculo agraciando su rostro con la nacional mantilla; una brillante cabalgada de hidalgos iba á buscar el fúnebre cortejo á la puerta del Santo Oficio, y lo conducía al són de pitos y fánfaras, á la plaza de los *Autos de fe*.

Una vanguardia de carboneros que habían provisto de faginas para la hoguera, abrían la marcha, llevándolas en una pica sobre la espalda. Iban seguidos por un pelotón de frailes Dominicos con bandera al frente en que se leía la divisa bordada de oro *Misericordia*; y detrás de ellos desfilaban una compañía de familiares portadores de maniqués que figuraban los acusados muertos en el tormento ó en los calabozos. Sus esqueletos echados sobre un ataud pintorreteado de llamas del infierno los parodiaban: después, seguían los condenados de uno y otro sexo, con los piés desnudos, la cuerda al cuello, la cabeza adornada con un gorro de cartón de tres piés de alto, los cuales constituían herejes condenados por Levitas que sólo tenían por pena la prisión por tiempo ilimitado; y á la cola de la columna marchaban una clase de culpables cubiertos del *San Benito*, que consistía en casaca sin mangas de color amarillo con una cruz de san Andrés, roja, en la espalda y en el pecho, cuya casaca significaba á los herejes arrepentidos y reconciliados con la Iglesia.

La procesión iba cerrada por los relapsos obstinados, y por los herejes endurecidos condenados á la hoguera, que llevaban un *san-benito* embadurnado de diablerías, y una mordaza en la boca para impedirles que blasfemasen por el camino, ó mejor dicho, que protestasen de su inocencia.

Quando el cortejo llegaba al lugar del suplicio, el inquisidor principal salía de las filas y hacía entrega de las víctimas al brazo secular. «Entregamos,» decía, «á los acusados, al brazo del magnífico caballero Corregidor y á su teniente en el propio empleo, á los cuales recomendamos que los traten *con bondad y con misericordia.*»

El ejecutor de las Grandes Obras, auxiliado de sus ayudantes, ataba los condenados á un poste, les quemaba la barba y los cabellos para darles un goce anticipado del suplicio, ponía fuego enseguida á la pila de faginas; y la multitud podía saborear el muy católico espectáculo de criaturas humanas asadas en vida, por la gloria del Señor.

La grandeza de España, recostada en los balcones de los palacios inmediatos como en las butacas de la Opera, asistía regularmente á estas representaciones que tenían para ella el encanto de las corridas de toros. Los señores acometían empresas galantes con las señoritas que sonreían graciosamente agitando sus abanicos de madera de sándalo para defenderse del mal olor de la carne quemada, mientras que al rededor de ellas y de sus obsequiosos caballeros circulaban los sorbetes y el marrasquino en bandejas de plata y copas de cristal.

La hoguera había devorado su presa, y cesaba de humear. La Inquisición conducía de nuevo los otros condenados á sus calabozos; las puertas se cerraban en pos de ellos, y sólo los carceleros podían, desde entonces, percibir los suspiros de las prolongadas agonías escondidas detrás de las rejas de su prisión. Un reverendo padre inquisidor, iba únicamente, de cuando en cuando á colgar en los pilares de una capilla, el *san-benito* de uno de los condenados que había, en fin, acabado de morir. Se colgaba ese pingajo de tela pintada que había llevado el día del *Auto de fe* con un letrero encima, para arrojar su nombre á la execración de la posteridad.

Hubo momentos en que los abastecedores de la Inquisición la proveyeron de tantos herejes que ejecutar, que la hoguera no podía bastar á la consumación de tanto combustible vivo, y en Sevilla tuvo que construirse un horno á propósito para quemar á los herejes por hornadas.

Hé aquí lo que ha realizado la Inquisición bajo las órdenes del Papado, y con la complicidad del brazo secular, intimidado por la amenaza de la excomunión. Cuando ella aprisionaba, lo hacía para la salvación del pecador; cuando torturaba era por benevolencia, *benignites interrogans*: cuando lo condenaba, le aplicaba la pena más suave, *ut clementissime puniatur*. Y, en efecto, no hacía sangre á la víctima, la quemaba toda viva: cuando la conducía á la hoguera, la *libertaba*, tal era su palabra; porque la entregaba, ciertamente, al verdugo, inscribía sobre su bandera su mote de *Misericordia*, y desde la altura de su pedestal, cubierto de lla-



mas, podía el mártir leer esta divisa irónica y llevar, enseguida, al Cielo, la prueba ardiente de la manera con que la Iglesia Romana interpretaba el perdón del Evangelio.

La Inquisición se chanceaba, torturando; se burlaba, condenando; mentía, matando: su nombre mismo era una mentira; tomaba el título de *Santa sede*; llamaba su Tribunal el *Santo oficio*, su bandada de espías la *Santa cruciata*, el casacón del condenado el *Santo-Benito*, su palacio tenía por inscripción la *Santa casa*; todo era santo en aquella caverna. Ella inventó el homicidio bufón, revistiendo á sus víctimas de una librea burlesca; las desfiguraba de intento en el abominable carnaval del *auto de fe*, para que se desviase de ellas la mirada y no excitasen la compasión; quitaba á la muerte su dignidad y esa misma muerte no desarmaba su saña, pues perseguía á los que se gozaba en llamar herejes hasta en el fondo de su tumba.

Porque sucedía frecuentemente, que desenterraba sus huesos á golpes de pico, y después de tenerlos alineados en montón al borde de sus fosas, los sometía á un grave interrogatorio y cómo experimentaban alguna dificultad en responder, los condenaba á la hoguera, y arrojaba sus cenizas al viento para tener derecho á la confiscación de la herencia de los hijos, que quedaban, además, manchados con el estigma de infames hasta la tercera generación, y declarados incapaces de desempeñar cargo alguno del Estado.

Que el hombre haya muerto al hombre desde que ha entrado en el planeta; que lo haya asesinado para comérselo á falta de otro plato, se-

mejando á la Medusa de la primitiva edad... fuerza es que el uno muera para que el otro viva.

Que el canibal mate al anciano para reducir el número de bocas que alimentar... la fatalidad del vientre lo exige. Tal es la ley de Malthus: tú eres un conviviente de más. ¡vete! y un golpe de macana marcaba la despedida.

Que el nómada mate á su vecino para robarle su mujer, su ganado ó su mies... esta es la lucha, á mano armada, del holgazán contra el que trabaja, para despojarlo. Pero cuando el hombre mata de alguna de esas maneras lo hace por hambre, por barbarie ó por arrebatado de cólera. Un golpe de sangre le sube al cerebro, y la muerte habla por su mano, la yerba se enrojece, y todo está concluido; se arrastra el cadáver, y con frecuencia se felicita al asesino. Todo esto es cierto, todo es triste; pero, en fin, cuando se vuelve la vista atrás, y se contempla, al través de la bruma material de la historia, la sociedad en su origen, se puede, hasta cierto punto explicar, por la miseria misma de este origen, el menosprecio que se hacía de la inviolabilidad de la sangre humana.

Pero que un hombre, menos que un hombre, un monje matase á otro por una fantasía teológica, y que le matase, no dominado por el furor, sino á sangre fría, no con un solo golpe y una sola muerte, sino con muchas muertes sucesivas meditadamente escalonadas unas después de otras, por medio de una interminable serie de tormentos, con todos los ademanes é hipocresías de la justicia, había en todo esto tal abismo de perversidad, que se hacía preciso ex-

clamar «¿Qué era del rayo que no estallaba sobre el Vaticano?»

Si pudiesen resucitarse con el pensamiento á los desolladores, á los fogoneros, á los bucaneros, á todos los chacales de rostro humano, al redondel de la misma mesa, para que, con tinta, pluma y papel, todos ellos reasumiendo en solo un cuadro común sus contingentes de ferocidad, no sería posible que llegasen al estado de gracia suficiente con que elucubrar una obra maestra de atrocidad sazónada de faramallas, tan completa en su género, y tan acabada, como el *Manual de la Inquisición*, el *Directorium* de Eymeric impreso en latín *in Edibus Vaticanis*, aplicable por orden de los papas, durante siglos, y, todavía, susceptible de aplicación por los de hoy, si el poder secular quisiese ayudarles, por poco que fuese.

Cualquiera que sea la vocación del hombre para la crueldad, no podría explicarse, por su propia naturaleza, que hubiese llegado á alcanzar un grado tan alto de lo horrible, para que la Inquisición haya sido y sea considerada como el espanto de la Historia.

## IV

Era necesaria, desde luego, la creencia del Infierno, que es una lección de pura ferocidad.

La Teología hipocondriaca de la Edad Media había imaginado que Dios pasaba el tiempo, desde la altura del estrellado infinito, espionando el hormiguero humano, y anotando en su memoria todo lo que cada hormiga hacía ó pensaba á la sombra de su pequeña brizna de yerba; ó bien, inscribiendo, minuto por minuto, el bien ó el mal en la respectiva columna del Debe y del Haber para formular enseguida el balance; de tal manera que una sola herejía, por ligera que fuese, bastaba para anular todas las obras buenas; después de lo cual, como contador rígido que era encontraba al hombre en déficit de salvación, y constituyéndose juez en su propia causa, se proporcionaba la satisfacción de castigar toda injuria á su persona por medio de una pena eterna, como si la venganza proclamase la primera virtud del Eterno.

¿Y castigarla, cómo? Abriendo en el centro del globo un agujero con más fuego que el cráter de un volcán, para sumergir allí, como en un baño de betum, á todos los reprobados por

su cólera, aun cuando fuesen niños en la lactancia; y donde, recostado noche y día sobre la chimenea de la hornalla, arroja en ésta, indistintamente, generaciones sobre generaciones, para saborear, hasta la consumación de los siglos, la deliciosa orquesta de los gemidos, de los alaridos y de los crujidos de dientes de todos los condenados.

Cuando se convierte a Dios en verdugo, el fiel no tiene repugnancia en imitarlo, y la Iglesia creyó lisonjear al Dios del infierno, fundando el Tribunal de la Inquisición. Si, á lo menos, esta institución de asesinatos hubiese sido aplicada por hombres que participasen de la vida de todos, casados, padres de familia!... pero nó, ella lo era por celibatarios, destituidos de la primera virtud, de la piedad del hogar.

El eunuco ha sido siempre el tipo de la ferocidad. ¿Puede ser de otra suerte? ¿La familia no es la educación, día por día, del corazón humano? ¿No es la dulzura de la mujer la que calma al hombre, y su cariño lo que le entenece? Ella le enseña el precio de la vida, por la boca más elocuente, que es la del niño. Al que no ha pasado por la escuela del matrimonio, le falta siempre esta flor del alma que ama, y que perdona, para seguir teniendo el derecho de amar.

Ha sido preciso, después, para hacer surgir la Inquisición un dogma inmutable conservado por un hombre infalible.

¡Inmutabilidad! ¡infalibilidad! Este doble contrasentido en medio de una humanidad progresiva podía, todo lo más, ser adaptable á aquella sociedad de los *quinze-vingte* de la Edad Media

(1) que vivía en una completa ceguera de cuerpo y de espíritu; pero, desde entonces, la inteligencia humana ha tenido tiempo de recobrar la vista y examinar dentro de sí misma y á su redor, ha trabado conocimiento con el genio de la antigüedad, ha tomado, poco á poco, el hábito de reflexionar y de someter al escrutinio del razonamiento, lo que antes creía por pura confianza.

La teocracia católica no podía tolerar el insulto de una libertad de examen cualquiera. Dios ha dicho, y no hay más que bajar la cabeza, porque toda palabra que tiene origen de El es un dogma. El dogma no discute, acabamos de decirlo, y á cualquiera que lo ponga en duda El responde con la llama de la hoguera.

Y ¿qué necesitaba para consumir esta sentencia? La fuerza; y el catolicismo la tuvo en la mano, y usó de ella tan concienzudamente, cuanto que, vengando su propio orgullo, era al mismo Dios á quien pretendía vengar. Pero el crimen de herejía no es sinó un acto intelectual que no traspasa el límite del cerebro; reside en la impenetrable trinchera de la conciencia; ninguna prueba puede hacerla ostensible sinó la confesión del acusado, y ¿podía el hombre arrastrar su complacencia hasta la confesión de un crimen de opinión que le acarrea una condena de pleno derecho?

(1) Hospital fundado por San Luis en París en 1254 para 300 jóvenes nobles que el rey sacó de la Tierra Santa con los ojos sacados por los sarracenos.—N. del T.

De aquí, ese procedimiento aislado que tenía por objeto sorprender, á todo trance, ó arrancar una confesión; sorprender por medio de la falsedad, la asechanza, la mentira; arrancarla por el garrote, por la parrilla, por el ayuno; por el insomnio; y cuando no se había podido trasegarla de la sencillez del acusado, ni arrebatarla á su dolor, el inquisidor declaraba que el silencio equivalía á la confesión, con el bien entendido, que, no siendo una confesión espontánea, se agravaba el crimen con la circunstancia del endurecimiento, que sólo la pena de muerte podía subsanar en justicia.

No es pues al hombre, cualquiera que fuese su instinto de crueldad, á quien debe pedirse cuenta de los horrores de la Inquisición: el hombre, aunque sea sacerdote, vale todavía más que esto: es el dogma el que ha convertido la sangre de la herejía en brebaje de Dios: «¿tenéis sed? ¡Bebed, Señor!»

España ha sido, de hecho, la tierra clásica de la Inquisición; pero no es esto decir que la *Santa Fe* haya sido una institución exclusivamente española. Ha sido católica, é impuesta por Roma á toda la catolicidad. En Francia, quemó á Juana de Arco: en el Concilio de Constans, llevó á la hoguera á Juan Huz: en Roma, sacrificó á Jordano Bruno, y hubiese quemado á Galileo, si este grande apóstol del cielo no hubiese renegado de su propio genio, bajo los rigores del tormento.

El cuarto Concilio de Letrán formuló el principio de la Inquisición: Inocencio III bosquejó su organización y Gregorio IX perfeccionó su mecanismo, retirando de los obispos los proce-

sos de herejía para transmitirlos á los padres predicadores.

Cuando se llega á la plaza de San Pedro por el puente de San Angelo, se ve, de repente, ofrecerse á la mirada, la catedral del catolicismo, con una cúpula orgullosa sobre una fachada plana precedida de una doble columnata en forma de herradura. De cada lado de la columnata una lengüeta de mármol lanza hacia el cielo un chorro de agua matizada por el sol de irisarcos colores, mientras que, un obelisco elevado en medio de la plaza imprime silenciosamente su sombra sobre el pavimento.

Dos edificios blanquean de ambos lados la iglesia de San Pedro. El primero es, el palacio del Vaticano, conjunto desordenado de construcciones arquitectónicas similares á dos ó tres épocas diferentes, y prolongadas como un arrabal sin variación hasta la entrada del Maremma. El otro es un monumento tétrico, de aspecto siniestro, y de ventanas enrejadas. El tinte sombrío de los materiales de que está construido le da una falsa apariencia de catafalco. Cuando, después de la revolución de 1848, el pueblo romano rompió sus puertas, no encontró en él sino muros ahumados y los girones de un justillo.

Este edificio es el palacio de la Inquisición: hace frente al Vaticano, y constituye su simetría. A la derecha, el papa; á la izquierda el verdugo: el uno bendice, el otro mata: tal es la historia de la Iglesia romana. Pero, hoy, Roma no mata ya, porque ha renunciado de hecho, á la Inquisición. De hecho, sí, porque el brazo secular le rehusa su concurso, y la filosofía le

ha retirado la antorcha de la mano. Pero ¿ha renunciado de todo en principio, y abjurado del dogma *de compelle intrare*?

«¿Os acordáis decía Luis XIV al duque de Vendome, mostrándole una colina de Versalles, que había allí un molino?»

«Sí, Sire; pero si el molino no está hoy allí, el viento agita siempre su soplo en el lugar.»

Puede decirse otro tanto de la Iglesia: si la Inquisición no funciona ya, el viento que la impulsa siempre sopla. La intolerancia es la creencia misma del catolicismo, y lejos de echarse un velo sobre el canibalismo de la Inquisición, la Iglesia la reivindica como un título de honor. De Maistre no la rechaza; hace más, la deifica; y en los momentos que escribimos, un monje la glorifica en pleno púlpito de *Notre Dame* con la aprobación del arzobispo de París. El mismo papa León XIII, este piadoso capeador del viento ha creído que debía aconsejar á los peregrinos españoles que restableciesen las sanas tradiciones de Torquemada para combatir la impiedad. ¿Qué otra cosa quiere esto significar, sino que el papado, que hoy es más que nunca la Iglesia, entera, persevera en su antigua divisa, «Muerte á la libertad del pensamiento»

## V

El papado en la época de León X alcanzó el máximo de su poder. En el orden espiritual había anonadado la herejía: en el orden temporal era dueño de un Reino. Hasta entonces, el gobierno de Roma había pertenecido al que había tenido la audacia de tomarlo, y la habilidad de conservarlo.

Tres poderes dominaban allí en orden muy marcado: la Comuna, el Feudalismo, el Papado; y cada uno de ellos poseía su campo atrincherado.—La Comuna ocupaba en el centro de la ciudad, el cuartel efervescente de *la Regola* defendido por un laberinto impenetrable de callejuelas tortuosas, y por su población de desolladores de bueyes y de búfalos, otros tantos héroes de cuchillo. De cuando en cuando y al grito de *Capo di rione*, esta población de carniceros iba, con la pica en la mano, á instalar un fantasma de república sobre la tumba de Roma.

El Feudalismo, acampado sobre las siete colinas, envolvía la Comuna con un círculo de fuertes disgregados que no eran, por lo común, como la tumba de Adrián ó de Cecilia Metella, sino obras maestras de la autigüedad, disfrazadas

ha retirado la antorcha de la mano. Pero ¿ha renunciado de todo en principio, y abjurado del dogma *de compelle intrare?*

«¿Os acordáis decía Luis XIV al duque de Vendome, mostrándole una colina de Versalles, que había allí un molino?»

«Sí, Sire; pero si el molino no está hoy allí, el viento agita siempre su soplo en el lugar.»

Puede decirse otro tanto de la Iglesia: si la Inquisición no funciona ya, el viento que la impulsa siempre sopla. La intolerancia es la creencia misma del catolicismo, y lejos de echarse un velo sobre el canibalismo de la Inquisición, la Iglesia la reivindica como un título de honor. De Maistre no la rechaza; hace más, la deifica; y en los momentos que escribimos, un monje la glorifica en pleno púlpito de *Notre Dame* con la aprobación del arzobispo de París. El mismo papa León XIII, este piadoso capeador del viento ha creído que debía aconsejar á los peregrinos españoles que restableciesen las sanas tradiciones de Torquemada para combatir la impiedad. ¿Qué otra cosa quiere esto significar, sino que el papado, que hoy es más que nunca la Iglesia, entera, persevera en su antigua divisa, «Muerte á la libertad del pensamiento»

## V

El papado en la época de León X alcanzó el máximo de su poder. En el orden espiritual había anonadado la herejía: en el orden temporal era dueño de un Reino. Hasta entonces, el gobierno de Roma había pertenecido al que había tenido la audacia de tomarlo, y la habilidad de conservarlo.

Tres poderes dominaban allí en orden muy marcado: la Comuna, el Feudalismo, el Papado; y cada uno de ellos poseía su campo atrincherado.—La Comuna ocupaba en el centro de la ciudad, el cuartel efervescente de *la Regola* defendido por un laberinto impenetrable de callejuelas tortuosas, y por su población de desolladores de bueyes y de búfalos, otros tantos héroes de cuchillo. De cuando en cuando y al grito de *Capo di rione*, esta población de carniceros iba, con la pica en la mano, á instalar un fantasma de república sobre la tumba de Roma.

El Feudalismo, acampado sobre las siete colinas, envolvía la Comuna con un círculo de fuertes disgregados que no eran, por lo común, como la tumba de Adrián ó de Cecilia Metella, sino obras maestras de la autigüedad, disfrazadas

das de castillejos. Contábanse en Roma, en la Edad Media doscientas torres feudales, todas edificadas sobre las ruinas, ó con los restos de los antiguos monumentos.

La familia Frangipani tenía guarnición en el Coliseo; la familia Vico en el Trastivero; la familia Orsini en la plaza Navona; la familia Colonna sobre el Esquilin. Estas dos últimas, no obstante, concluyeron por absorber las demás casas Nobiliarias. La una capitaneaba el partido de los Guelfos, y la otra el de los Gibelinos.

El papa, relegado sobre la colina del Vaticano, miraba melancólicamente desde la altura de la iglesia almenada de San Pedro, la guerra de la nobleza contra la Comuna, y de la nobleza contra la nobleza misma; y cuando lo creía favorable, descendía al campo de batalla. No era siempre el Dios encarnado en él, el que ganaba la victoria, pues no había en aquella época, dice Maquiavelo, ningún Barón tan pequeño que no arrostrase el poder de San Pedro.

El primer papa que se apoderó de la Feudalidad por la fuerza fué Sixto IV, otro Luis XI con tiara. Atrajo, é hizo caer al protonotario Colonna en una emboscada, y exigió con el puñal en la garganta la rendición de la plaza de Marino. El protonotario firmó la capitulación, pero el papa dió inmediatamente la orden de decapitarlo. La madre del supliciado se transportó á *San Celso in Banchi* donde yacía el cadáver; agarró la cabeza truncada por los cabellos y mostrándosela al pueblo, «¡Mirad!» exclamó ella «aquí tenéis la cabeza de mi hijo! El papa le había prometido la vida, si le entregaba á Marino: el Santo Padre posee á Marino, y mi

hijo nos ha sido devuelto, pero asesinado. Hé aquí cómo un papa cumple su palabra.»

El verdadero fundador de los Estados de la Iglesia no fué, sin embargo, el anciano Monje de la Rovera (1). Este honor estaba reservado al papa Alejandro VI auxiliado de César Borgia.

Había en el siglo xv bastantes bribones entre los cuales se distinguían los principes, príncipillos y señores, contándose entre ellos los Malatesta, los Petrucci, los Sforza, los Vitellescho; pero de todos estos malvados el más completo era Alejandro VI, Borgia de nacimiento. La lujuria, la simonía, el robo, la violación, el incesto, el sacrilegio, el asesinato, el perjurio, la falsificación de documentos públicos ó privados; y no había un crimen ni un vicio que no se desprendiese de su tiara, por poco que se intentase desasirlo.

En aquellos momentos era el papa, el jefe del catolicismo, el Cristo en miniatura. No podía hablársele sinó de rodillas, y nadie tenía el derecho de levantarse sinó después de haberle besado su pantullo. Subía todos los días al altar, vertía en un cáliz de oro la sangre del cordero sin mancha, y la bebía santamente con los labios aun calientes del último beso de Julia Farnesio la bella.

Ningún papa sacó mejor partido, para sus bastardos; que fueron cuatro de su primera querida Rosa Vanozza. Hizo de Juan, el mayor, un duque de Gandía, que casó en España con

(1) Sixto IV; antiguo general de los Hermanos Menores.—N. del T.

D.<sup>a</sup> María hija de D. Enrigo Enriquez, conde de León y de D.<sup>a</sup> María de Luna, de la casa Real de Aragón. De César, el segundo, formó un cardenal á los diez y siete años. Había, no obstante, una leve dificultad para revestirle la púrpura, y era que su nacimiento estaba lejos de ser canónico, por lo que se le buscó un padre y para esta operación póstuma se fabricó un marido á la Vanozza. «Se ha quitado la mancha, que llevaba como hijo natural,» escribió Bocaccio «puesto que ha nacido en la casa y en vida del esposo de su madre.» Pero es de notar que en aquella época, la Venozza no tenía marido.

En fin, Alejandro casó su tercer hijo don Joffré con D.<sup>a</sup> Sancha, hija natural del duque Alonso de Calabria, que era una belleza arrebatadora y tal vez ingenua, con diez y ocho años cuando fué á Roma; pero que, apenas puso el pié en el Vaticano, cuando llegó á convertirse en la mujer de los tres hermanos Borgia.

En cuanto á Lucrecia, no tuvo un esposo definitivo, sinó después de haber recorrido una serie de maridos. Cuando su padre era cardenal ya la habia comprometido con D. Querubin de Centelles señor del valle de Ayora; más tarde, cambió de opinión; rompió este primer contrato y tomó por yerno á D. Gaspar, hijo del conde de Procida. La tinta de las firmas no estaba todavía seca, cuando ascendió al trono de San Pedro, y encontrando que D. Gaspar era una alianza desventajosa para la bastarda de un papa, desposó á su hija con Juan Sforza, conde de Cortologna, y Vicario Apostólico de Pésaro.

Pero en el momento de la celebración del matrimonio, D. Gaspar reclamó su derecho de prioridad, y fué necesario contentarlo con algunos millones de ducados.

Juan Sforza se casó realmente con Lucrecia: pero no bizo más que pasar, porque su mujer le promovió pleito por impotencia, y el desgraciado tuvo que ceder la plaza á un cuarto marido, que fué D. Alfonso, hermano de doña Sancha.

Era preciso, entre tanto, poner en regla esta poligamia con la Iglesia, y el papa, por el primer breve, declaró, que Lucrecia habia cometido un perjurio al casarse con Juan Sforza, puesto que estaba desposada con D. Gaspar, y por el segundo breve resolvió la disolución de su matrimonio regular con el mismo D. Gaspar, dió á Lucrecia la libertad de tomar otro esposo, y con su plena autoridad en el cielo y sobre la tierra, la descargó de su perjurio.

César Borgia sentia comprimido su genio por la presión de una sotana: la llevaba de mala voluntad porque le recordaba que era hombre de Iglesia, y él prefería mejor ser un aventurero. ¿Quién no ha visto su retrato en la galería Borguesa? Cualquiera que haya sido el pintor, trazó una obra maestra: es más que un retrato, un carácter, el crimen en jubón de raso. El hombre tiene una belleza diabólica, la frente ancha, la mirada felina, la nariz amenazadora, la mano afinada á la manera de hoja cortante y con toda la gracia del asesinato. Reviste el traje de un señor de Renacimiento, y el justillo negro ajustado sobre el pecho, como el duelo de la conciencia.



César quería ser príncipe, pero el título no estaba vacante pues, pertenecía á su hermano mayor y era necesario despojar del derecho de primogenitura suprimiendo á su poseedor el duque de Gandia. Una noche que el duque había cenado fraternalmente con César en la casa de su madre la Vanozza, montaron ambos á caballo para regresar al Vaticano, pero César entró solo en el palacio.

Un barquero que custodiaba su esquife en una noche espléndida por el fulgor de la luna, había visto bajar á la orilla del Tiber á un caballero con un cadáver á la grupa: el caballero hizo volver la cola de su caballo hacia la costa del río; dos hombres de su escolta tomaron el cadáver, uno por los piés y el otro por los brazos, y después de haberlo balanceado por dos veces, lo lanzaron á la corriente. El Papa no indagó el nombre del culpable, porque anticipadamente lo presumía, y quiso ignorarlo.

El último marido de Lucrecia, Alfonso de Aragón contrariaba la ambición de César, y podía, un día, con el auxilio del rey de Nápoles hacerle la oposición. Alfonso, por su parte, vacilaba para consumar su matrimonio con Lucrecia; pero fué, no obstante á Roma, incitado por la sirena del Vaticano, y á su llegada, sobre la escalera misma del palacio cayó herido de una puñalada. Tuvo, empero la impertinencia de sobrevivir á su herida, y César sonrió. Lo que no se ha hecho por la mañana, se hace por la tarde, dijo, y por la noche entró en la cámara del herido y lo hizo estrangular.

Tres meses después Lucrecia volvió á casarse con un quinto marido, y el día de sus nupcias

tomó por ayuda de cámara al asesino mismo de de su último consorte. Lucrecia parió en secreto. El Santo Padre rechazó al principio el niño por instigación de César, pero, más tarde, reclamó su paternidad.

Tal padre, tal hijo; y tal hijo, hija tal; la familia Borgia formaba un todo: era la misma alma en tres cuerpos; y todos constituían una armónica trinidad. Alejandro no tenía sinó mirar á su hija, para reconocerse en ella; él era ella; ella era él; cuando se ausentaba de Roma, era solamente ella la que quedaba encargada interinamente del papado, confiándole la firma y los sellos de la Iglesia, y cuando la Borgiana se casó la última vez, Alejandro VI dió fiesta sobre fiesta en honor de la desposada.

César Borgia había hecho erigir un circo en la plaza de San Pedro, y lanzar dentro de él diez hombres desnudos como gladiadores. Entró después en su recinto montado en un rocín español, y fría y tranquilamente desde la altura de su silla, arcabuceó, puestas en fila aquellas diez piezas de caza humana y cada bala que acertaba era objeto de aplauso, con su pañuelo, para Lucrecia, que, sentada en uno de los balcones del palacio, presenciaba tan horrenda carnicería.

El Papa dió, además, otra fiesta en el Vaticano. Era de noche, y hubo en ella un concurso numeroso; pero lo que componía ese concurso, ninguna lengua humana que no sea la latina, podría repetirlo. Sólo así, en ese único idioma es que lo ha contado un testigo ocular, pues al término de la crápula y de las obscenidades más horrosas coronó Lucrecia al que había

alcanzado el premio de la mayor lubricidad.

Es verdad que, como congratulaciones por las nupcias, el Papa ofreció diversiones más edificantes al pueblo romano, y entre otros, en un acceso de piedad, hizo quemar ciento cincuenta herejes en la plaza de *Campo di fiori*.

El Ogro viejo del Vaticano, no abandonaba menos, en medio de sus excesos satíricos, la idea de conquistar un reino, y para semejante empresa no podía escoger mejor ejecutor que César, á quien la encomendó. César tomó á su servicio los cuatro capitanes más renombrados, Vitelli, Orsini, Eravina y Oliverotto, bandidos irreprochables, siempre prontos á vender su espada; y emprendió á la cabeza de su banda la conquista de la Rumania, sitiando primero á Faensa. La plaza pertenecía á Manfredo; César lo hizo capitular, y cuando lo tuvo en su poder, lo degolló. Tomó después á Cumerino por asalto, cayendo su jefe bajo su poder, y haciéndolo ejecutar una hora después.

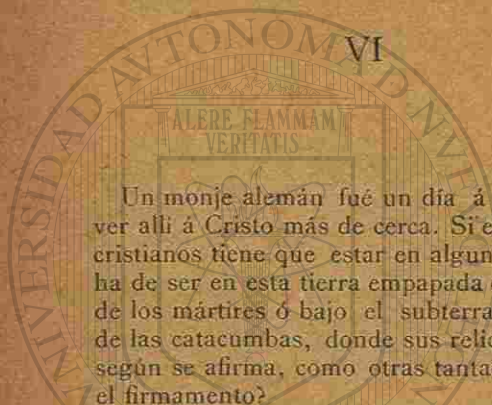
César se desentendió de participar con sus tenientes el botín, y estos se sublevaron. Negoció con ellos y después de haber firmado un nuevo tratado, y jurado olvido de lo pasado, les dió una cita para Sinigaglia, los recibió á la puerta de la ciudad, los abrazó y colmó de obsequios; pero apenas hubieron puesto los pies en palacio, cuando dió la orden de agarrotarlos, y durante la noche, pasó el verdugo un nudo corredizo por el cuello de Vitelli y de Oliverotto, dejando reservados á los otros dos para ejecutarlos en Roma y proporcionar al Papa la voluptuosidad de su suplicio.

César poseyó en fin la Rumania con el título

de Duque conferido por el papa; pero el pueblo gimíó bajo su dominación: el lo entregó al gobierno de Ramiro de Orco, corazón de hierro. Este hombre proscribió y mató; y, cuando hubo domado á los habitantes por el terror, y atraído sobre su cabeza la execración de la sangre vertida, creyó César que debía ofrecerlo en holocausto; y una mañana la población de Sinigaglia encontró en mitad de la plaza pública un cuerpo cortado en dos, colocado sobre un caballete con un puñal en el pecho, que se reconoció ser el cadáver de Ramiro de Orco. César había aterrado la Rumania por la mano de Ramiro, y con el asesinato de su agente reconquistó la simpatía de la provincia.

Hé aquí el origen del poder temporal. Alejandro tuvo, apenas, el tiempo necesario para gozar de él. Había invitado á los cardenales á comer en la viña del cardenal Corneto para salvar las sospechas que su palacio les inspiraba, con el fin de envenenarlos en los postres, y él mismo se emponzoñó por una equivocación con el vino que les preparaba.

Desde entonces lo que fué un papa yace arrastrado en el muladar de la Historia: el infierno mismo no hubiera querido recibirlo.



Un monje alemán fué un día á Roma para ver allí á Cristo más de cerca. Si el Dios de los cristianos tiene que estar en alguna parte, ¿no ha de ser en esta tierra empapada con la sangre de los mártires ó bajo el subterráneo techo de las catacumbas, donde sus reliquias brillan, según se afirma, como otras tantas estrellas en el firmamento?

El peregrino sajón erró al través de la metrópoli del catolicismo; miró, y no podía creer lo que veía; escuchó, y no podía creer lo que oía; levantó entonces los brazos al cielo; y se conoció engañado de lugar, porque no era Roma donde creyó encontrarse, sino Babilonia. Tal era en aquella época la capital de la Incontinencia por la sencilla razón de que en ella se hallaba la Bolsa abierta de toda la Europa.

El oro aflúa allí á causa de los muchos impuestos directos é indirectos que el papa sacaba de la cristiandad. Annatas, reservas, indulgencias, provisiones, expectativas, derecho de pallio, dinero de S. Pedro; y si el Papado recibía mucho por ellos, gastaba todavía más teniendo necesidad constantemente, de un empréstito. Discurrió un sistema de crédito que consistía en

crear oficios imaginarios para rematarlos en subasta, cuyos oficios eran á la vez vitalicios y transmisibles, y por consiguiente cotizables en más ó menos alto precio según la edad de los titulares. Esta emisión de rentas, bajo la forma de Prebendas, atrajo toda una población flotante de especuladores, agiotistas, banqueros, curiosos y jugadores á la alza ó á la baja.

El papado siempre necesitado, á pesar de la inmensidad de sus rentas, arrojaba, sin cesar, al mercado, nuevos empleos de fantasía para rehacer sus deficiencias. Plazas de notarios, protonotarios, corredores, porteros; y cuando se agotaban nombres pacíficos, de genizaros, mamelucos, albaneses, que no venían á ser en el fondo, á pesar de sus nombres feroces, sino complacientes rentistas del Estado, inscritos en el gran libro de la deuda pontificia, bajo la denominación común de *Caballeros de San Pedro*.

Éstos caballeros, verdaderos aventureros afiliados á la ralea de todos los partidos existentes, eran viudos ó solteros, porque no se imponía la fortuna con carácter de vitalicia sino cuando no se tenían hijos. Ociosos de oficio, corrompidos por la holganza, viviendo al día, sin posteridad, sin mañana, se apresuraban á vivir en los placeres y en matar el tiempo, para consumir todo lo que pudiera quedar después de su muerte, en el último cuarto de hora de su existencia. Detrás de esta, el fin del mundo, y á lo más, el juicio final, pero ya ellos habían tomado anticipadamente un antidoto contra el Infierno, comprando una indulgencia del Santo Padre.

A esta numerosa clientela del placer, es preciso agregar la clase no menos numerosa de la Prelatura purpurada, mitrada, titulada, embofetada y espoloneada, que desde el simple monseñor hasta la eminencia cardenalicia, iba trepando, de escalón en escalón la gerarquía de la Iglesia.

Esta aristocracia del clero abandonaba la dirección de sus abadías ó de sus obispados, á sufragáneos ó coadjutores, para ir á gastar sus ducados en las lascivas quintas romanas, al suave murmullo de las fuentes, y bajo el fresco abanico de los pinares de Italia. Los caballeros de San Pedro y los prelados formaban una vasta corporación de celibatarios que debía llamar á Roma una clase correspondiente de voluptuosas hermanas de caridad del celibato.

Enriquecida de esta manera Roma, sin trabajo, y habitada por una población sin familia, no podía ser sinó el centro obligado del amor del mundo entero: Se contaban allí cincuenta y cinco mil cortesanas inscritas en el registro y sometidas á una capitación de *cinco julios* por semana. La percepción de este derecho estaba concedida como un beneficio. Cuando el soberano quería recompensar á un obispo, le daba un centenar de cortesanas como prebenda. Estas princesas del vicio eran muy solicitadas, y puede decirse, tan respetadas como las Heterias de Atenas ó de Corinto (1). Ellas eclipsaban por la suntuosidad de su lujo, á las grandes damas de la otra aristocracia.

(1) Sociedades filantrópico-religiosas de Grecia.—N. del T.

El cardenal Rodrigo Borgia alternaba entre Rosa Vanozza y Julia Farnesio. Hizo pintar á Julia clasificándola como Madona (1) y Rodrigo á sus piés. Teresia, la concubina del cardenal Riario, no llevaba sinó mulas adornadas con pedrerías. Imperia, la de Beroald, secretario del Papa, expensaba la literatura en un palacio tan magnífico, que el embajador español renovó en él el insulto de Diógenes, escupiéndole en el rostro á un lacayo. Se la sepultó en una capilla de la iglesia de S. Gregorio con este epitafio en latín: «Aquí yace Imperia, la cortesana, digna de tan alto nombre.» Su hija, todavía más bella, tuvo la pretensión de permanecer virtuosa; pero el cardenal Petrucci la violó, y ella cayó muerta á los piés del seductor.

Diovisi de Bibienna, todavía cardenal, poseía en el Vaticano una sala de baños en que Rafael había pintado las excelsitudes de Venus. Era en ese *venereum*, transformado más tarde en guarda-ropa, donde Bibienna daba audiencia á la belleza, y rimó la comedia, más que libertina, titulada *La Calandra*. Lo que no impidió al papa hacerla representar en el Vaticano en honor de Isabel de Este, duquesa de Mantua.

Roma, en aquella época parecía retroceder hasta el paganismo. Cuando León X al salir del cónclave iba á tomar posesión de la tiara en S. Juan de Letrán, marchaba montado sobre una jaca blanca y á la sombra de arcos de triunfo; las calles estaban alfombradas de flores

(1) Nombre dado por los Italianos á la santa Virgen.—N. del T.

y las casas colgadas de tapicerías. El rentista Chigi levantó un arco delante de su palacio con esta inscripción: «Venus ha reinado, Marte ha reinado, Pallas reina ahora.» Venus era Alejandro Borgia; Marte, Julio la Rovese; y Pallas, el nuevo pontífice.

Un platero del vecindario indignado por la despedida que un traidor daba á la primera divinidad del Olimpo, colocó en su tienda una estatua de la diosa con esta divisa: «Marte ha reinado; Pallas ha reinado; ¡Venus reinará siempre!» El papa, que marchaba siempre detrás del crucifijo, sonreía al leer todos esos letreros.

Antonio de de San Marino creyó lisonjear al papa León, á quien había antes calumniado. Este papa, grueso, craso, pequeño, pesado en su andar, no era aficionado más que á la caza, la pesca, la pintura, la escultura, la arquitectura y la música; tocaba regularmente el violín, y cantaba inconscientemente solo: bastante humano para su época, no envenenó sino á un cardenal. Tan luego como podía redimirse de sus funciones, y entregarse á sí mismo, iba con un jubon de búfalo á tirar al jabalí en la villa Magliana, ó á pescar la carpa en el lago Bolsene.

Hé aquí lo que era Roma en el momento que Lutero fué allí en peregrinación. Extraviado en ese mundo que no le ofrecía sino el paganismo resucitado, sentía que el suelo le quemaba los piés: había ido á buscar á Cristo y no lo encontraba sino dentro de sí mismo: releía el texto del Evangelio, y lo comparaba con el comentario de la Iglesia: el comentario era su más vivo desmentis.

El Evangelio predica el perdón de las injurias. *Si recibis una bofetada, tended la otra mejilla:* la Iglesia devuelve, golpe por golpe bajo la forma de anatema.

El Evangelio tiene horror á la versión de la sangre; *el que se sirva de la espada, perecerá de ella;* y la Iglesia vierte la sangre como el agua por una palabra de teología.

El Evangelio ordena la continencia, y Roma no era sino una casa de prostitución: se vivía allí en tal estado de promiscuidad, que un prelado que no tenía más que dos concubinas pasaba por observador del voto de castidad.

El Evangelio recomienda la humildad; *mi Reino no es de este mundo;* y el papa poseía un Reino que llamaba el patrimonio de San Pedro.

El Evangelio aconseja la modestia. El Cristo hizo su entrada en Jerusalén montado en un asno; pero cuando el papa circula, en un día de fiesta, al rededor de las columnas de San Pedro, lo hace en hombros de hombres en un palanquin escoltado por abanicos de plumas de pavo-real y seguido de una larga fila de *Purpurados* que dejan zumbar detrás de ellos la larga estela de su manto de raso.

El Evangelio glorifica la pobreza; *es más difícil que un rico entre en el paraíso, que un camello pase por el ojo de una aguja,* dijo Cristo; y llegó hasta proclamar una virtud de la mendicidad; y el papado es la primera banca de Europa: emitía con el nombre de indulgencias, bonos al portador para el rescate de los pecados: los había de todos precios; para el asesinato como para el robo, para la simonía como para

el incendio; y se había concluido por poner el paraíso en adjudicación.

Lutero desgarró su hábito, avergonzado; y salió de Roma bramando el corazón con un sordo trueno. De allí brotó la Reforma. No fué desde entonces al papa; no fué tampoco el emperador, no fueron esos simples portadores de púrpura ó de corona los que habían de oprimir la tierra; el Señor que la dominaría sería él, ese monje desconocido, medio exlaustrado que iba con los piés desnudos hollando el polvo del camino.

Ciertamente, la obra, que concibió en aquel momento en el fondo de su alma, tenía el derecho de parecer insensata, porque, en el curso de esa obra no hubo más que holocaustos de fuego y de sangre. Arnaud de Brescia la tentó, y la hoguera hizo justicia de él. Juan Huss quiso recomenzarla, y el viento esparció sus cenizas. Jerónimo de Praga pretendió renovarla, y desapareció en un torbellino de humo. Savonarola quiso también desafiar al destino, y un día después, la ola del Arno arrastraba lo que era residuo del mártir.

No importa. Lutero poseía la fe. *Haz siempre lo que tengas temor de hacer*, ha dicho un filósofo de su espíritu; y se dispuso á marchar intrépidamente, con la cabeza descubierta á donde lo llamaba la voz de la idea. Venía de lejos esa idea, llegaba del fondo de la Edad Media, entre una doble fila de hogueras que reflejaba sus llamas sobre su frente, pero ella no marchaba con menos firme y trágico paso á la conquista de la humanidad.

En el momento mismo en que Lutero ponía

la Biblia sobre el altar, y hacía de la Escritura la regla de la fe, ó mejor dicho la fe al alcance de todos, Guttemberg inventaba la imprenta, que colocaba á Dios, en cierta manera, en las manos del fiel, y sustituía la comunión del libro á la comunión de la hostia.

La imprenta destronó la publicidad al aire libre de los Hermanos Mínimos: Su voz muda penetró por todos los rincones de la casa, de la tienda, del castillo, del convento; y por todas partes enseñó á pensar, es decir, á dudar del catolicismo. La Suiza, la Holanda, la Inglaterra, la Escocia, la Suecia, la Francia misma, á lo menos en parte, sacudieron el polvo de su antigua creencia, marcharon á la cabeza del movimiento científico, industrial y comercial del continente, y se adelantaron á las otras naciones por sus ideas, sus progresos y sus riquezas.

La iglesia les respondió con el anatema; pero el anatema debilitado rebotó sobre el alma y no pudo entrar en ella. Sonó entonces el somatén en Alemania, llamó la fe á las armas, y durante treinta años, el dogma católico y el dogma protestante se debatieron entre sí con encarnizamiento para no dejar sino un solo culto en pié sobre el cadáver del vencido. La Inquisición no bastaba ya para detener la invasión de la herejía. Ella no la mataba sino á hombre por hombre y era preciso herirla en masa. La Iglesia cambió de verdugo. Ignació reemplazó á Torquemada.

## VII

Había en París en 1524 un estudiante español que pasaba por sano de espíritu, porque era devoto. Era un hidalgo, que tenía por nombre de familia Inigo López, caballero navarro, que había ejercido el oficio de las armas, y se le rompió una pierna en el sitio de Pamplona.

Dejó el ejército para entrar en el servicio de María, y después de haberle hecho la velada de las armas la dedicó solemnemente su pierna fracturada por un *ex-voto* en regla en la iglesia de Monserrate.

Mientras que Inigo López se consagraba en París á la Virgen en su calidad de caballero sirviente, uno de sus condiscípulos cortejaba á una dama menos respetable del foburgo San Marceau. Una tarde de hielo que este último atravesaba el puente de Bièvre para ir á una cita, oyó que subía una voz sepulcral del fondo del río. Inigo López, sumergido hasta el cuello en el agua helada, le suplicaba que volviese atrás, y le amenazaba de que en caso de negativa, permanecería en su baño frío hasta por la mañana.

Diez años después; en quince de agosto, día de la fiesta de la Virgen, Inigo López, que es conocido y lo llamaremos por Ignacio de Loyola, organizaba sobre la punta más alta de Montmartre, y al pié de los molinos, una cruzada iniciada entre siete, de los cuales eran tres españoles, un portugués, un francés, un saboyano y un flamenco para ir á recóbrar la Palestina, de Mahomet; y de aquellas siete cabezas llenas de viento de la colina, surgió la corporación que en nuestros días debía monopolizar el Cristianismo.

Lutero había rasgado el velo del templo, y dividido en dos la cristiandad. El papado hubo de hacer su examen de conciencia, y golpeándose el pecho, procurar congraciarse con el destino, porque la perseverancia en el mismo error no podía acarrear sino la propia consecuencia. No quedaba, pues, á la Iglesia Romana después que habló Lutero, sino el recurso de arrepentirse, ó de corregirse.

¿Arrepentirse? sería una confesión; ¿corregirse? era una reforma. Pero toda reforma á los ojos de un papa, por más legítima que sea, es una caída, una negación de su infalibilidad. La flaqueza de la infalibilidad es la incorregibilidad.

El papado encerrado en la majestuosa inmutabilidad de su fe en sí mismo, rehusó tomar el paso del siglo y marchar por el camino de la humanidad en busca de un ideal mejor de religión; de donde resultó un duelo á muerte entre él y el Protestantismo. Le fué necesario para sostener la lucha una milicia hasta entonces desconocida, monacal y mundana á la vez; monacal para beneficiar con los privilegios de la

Iglesia; y mundana para obrar, más de cerca, sobre todas las clases de la sociedad.

Ignacio de Loyola le proporcionó esta milicia, no ya para servir contra el Islam en Asia, sino contra la reforma en Alemania; y á fin de aparentar á todas luces que la sociedad de Jesús era ante todo una institución de combate, le dió el nombre militar de *Compañía*, y conservó para sí el título no menos guerrero de *General*. «No residimos», ha dicho Suares, «acampamos y cambiamos, sin cesar, de guarnición, como un ejército en campaña.»

El jesuita una vez incorporado en la orden, no es ni francés, ni inglés, ni español, ni portugués, ni italiano, ni irlandés, ni polaco, ni alemán; él es todo esto en conjunto, y nada de esto en particular: es un ser desnacionalizado; un ausente de todas partes, hasta del mismo lugar donde se halle presente: no está adherido á la tierra sino por la huella de su paso sobre el polvo. Cuando se le pregunta el nombre de su patria, señala al cielo con el dedo y responde, *allá en lo alto*: fija en una palabra su orgullo en ser el primer bohemio de la cristiandad.

Renegado de la familia, no debe conservar con ella ninguna relación, y cuando encuentra á la mujer que lo ha nutrido con su leche, y mecido con su ternura, pasa por el otro lado de la calle por no tener que reconocerla, porque él la ha muerto para sí, por una especie de parricidio moral.

Las órdenes religiosas estaban generalmente sujetas á la obligación de clausurarse: sus miembros respectivos vivían entre cuatro mu-

rallas y no podían atravesar el postigo sino para mendigar por fuera, ó con un permiso del Prior. Comían en la misma escudilla; se acostaban en el propio dormitorio, daban vueltas en el mismo pasillo del claustro haciendo correr las cuentas de sus rosarios. Por lo tanto, desconocidos para el mundo, como estaban igualmente ignorantes de lo que en éste pasaba, ni podían tener aprehensión sobre sus acontecimientos ni ejercer influencia exterior alguna.

Una vida de guarnición detrás de un enrejado no podía convenir á una corporación militante que tenia precisamente por mandato, reconquistar la sociedad. La Compañía de Jesús, rehusó, pues, desde el primer día la existencia acuartelada del convento; no porque renunciase á la vida en común y bajo el propio techo, sino porque no aceptaba más que puertas abiertas para ir, venir, intrigar por todas partes en que hubiese una conversión que hacer ó una herencia que recoger.

El capuchón tenía el inconveniente de denunciar al monje, y de anunciar al que pasaba como capuchino, jacobino, franciscano ó benedictino; pero cuando el jesuita circula quiere pasar desapercibido, y lleva simplemente el traje eclesiástico que lo distingue sin hacerle traición: quiere siempre estar de incógnito; busca el misterio; y cuando va á alguna parte, entre dos luces, anda siempre en la punta del pie y rasando con la pared.

Ninguno es incorporado en la orden, sino con la condición de pasar por un consejo de revisión y probar, á la evidencia, que está bien formado y con buena salud: todo individuo de-



licado, enfermizo, estevado ó cojo es impiamente rechazado. La sociedad de Jesús da tanta importancia al físico del hombre, como la que pone una joven querida para arreglar su porte y su fisonomía á placer del neófito, y su manera de mirar y de sonreír para más halagarlo; le está especialmente prohibido plegar la frente y fruncir el entrecejo.

Sólo después de una larga serie de iniciaciones, de pruebas, de experimentos de todo género es que el aprendiz jesuíta entra decididamente en la orden, y asciende al grado de profeso, pronunciando los cuatro votos de obediencia, de pobreza, de continencia y de propaganda. La humildad no figura en el programa, y la pobreza no se menciona sinó *sub conditione*. El Superior puede siempre dispensar de ella á su subordinado, con el fin de recoger una donación ó una herencia.

De todos estos votos, la Compañía no fija el más riguroso cumplimiento sinó en uno solo, el de la obediencia; obediencia completa, entera, absoluta, sin reflexión, sin réplica, sin reticencia. Si el Superior ha dado una orden, sea justa ó inicua, inocente ó culpable, el jesuíta, reducido al papel de mudo del serrallo, no tiene que examinarla, sinó que cumplirla. Cesa de ser una conciencia para pasar al estado de máquina. Cae más bajo que el esclavo, porque el negro, al menos tiene la propiedad de su fuero interno, pero el jesuíta pertenece en cuerpo y alma á la Compañía, y ésta puede mantenerlo en servidumbre, á pesar suyo, humillarlo con una palabra, cambiarlo de lugar por motivo secreto.

Decapitado de su inteligencia, amputado de su voluntad, lisiado de su conciencia, el ganado de Loyola no es más que un yo no sé qué, un residuo de hombre destituido de todo lo que constituye la humanidad. No piensa, no tiene voluntad, no obra ya por su propia iniciativa, y en la plenitud de su espontaneidad. Se le dice, cree, y cree: se le dice, haz, y hace. Sacrificador y á la vez holocausto por sí mismo, ha inmolado, en su propio sér, la primera dignidad de la existencia, la personalidad; y la primera condición de toda moral, la responsabilidad. No hay un crimen á que no alcance esta doctrina.

Para llevar al jesuíta á semejante mutilación del sér, y á tal suicidio de su persona era necesario trastornar su naturaleza, atrofiar en él ciertas facultades para desenvolverle otras desmesuradamente, y someterlo, en una palabra, en cuanto al orden moral, á esa sabia higiene del trasformismo que, en el orden físico, hace del ganado común el ganado Durham.

Ahora bien: para desnaturalizar al hombre en jesuíta, Loyola recurrió al rebajamiento de los ejercicios religiosos. Se encierra, primero, al soldado de Cristo, como él se llama, hablando de sí mismo, en una celda oscura, iluminada por un cirio, al frente de una cabeza de muerto, con la consigna de pensar únicamente y durante ocho días, en el infierno, hasta la hora en que, á fuerza de mantener su espíritu fijo en la misma idea, llega á ese estado de ilusión, que le hace ver realmente, con los ojos de los sentidos, á los demonios volver y revolver con las puntas de sus horquillas á los condena-

dos sobre sus parrillas, y hasta percibir el eco de sus quejidos y sollozos. Entonces ruega, llora, se da golpes en el pecho y azota su cuerpo para rescatarlo de la condenación, hasta que ya supone, que por virtud de esta piadosa flagelación que llega á sangrar, ha podido apaciguar la cólera divina y pagar el rescate de la salvación eterna. Esto es lo que se llama en la jerga mística, *la purificación*.

Después de este primer ejercicio, el jesuita pasa á la maniobra de la contemplación en una cámara inundada de rayos de sol, y embalsamada de perfumes. La contemplación consiste en meditar sobre el Cristo, en resucitarlo de nuevo con la imaginación, en elevar su imagen á tal timbre de diapason que se tenga realmente á Jesús delante de sí en carne y hueso, que se penetre en él, que se forme parte de él mismo, que se nazca con él, se le acompañe en la cuna y se muera con él sobre el Calvario. Y es entonces cuando el jesuita se evoluciona hasta el estado *de perfección*.

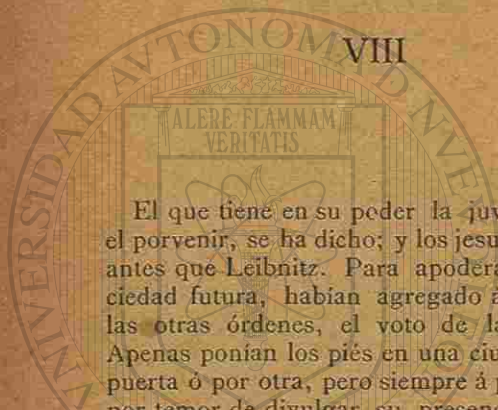
Pero ¿qué es la perfección? Es la unión en Dios. Y la unión en Dios ¿qué es? La abdicación, la fusión, la confusión de su ser en el ser Divino. Gracias á la unión en Dios, el jesuita da un salto que lo lleva al cielo y vive anticipadamente en plena beatitud.

Hé aquí todas las pruebas á que los hijos de Ignacio tenían que someterse. El reverendo padre Bode que las había sufrido declara, que no hay alcohol más activo para encender el cerebro y darle la inflamación del fanatismo. Los jesuitas como los jefes de bandas no tenían otro valor en realidad que la fuerza del poder que los tomaba á

su servicio. Ellos llevaban al papado una tropa admirablemente disciplinada, organizada y equipada para batallar contra la Reforma. El papado la tomó naturalmente bajo su protección, con tanto mayor interés cuanto que la Compañía tenía siempre el cuidado de acariciar su fibra más voluptuosa; su pretensión de infalibilidad, aun sin autorización de concilio, y su aspiración á la soberanía universal sobre todos los Estados de la cristiandad.

El papado le concedió, pues, en reconocimiento de su adhesión á la Santa Sede, prerrogativa sobre prerrogativa; exención de todo impuesto; patente para confesar en todas las diócesis, con ó sin el permiso del diocesano; licencia, en fin, para vender, comprar, traficar, heredar y alzarse, en caso de no hallarse conformes, para un tribunal privilegiado, compuesto únicamente de jesuitas: de manera que, los reverendos padres, jueces en su propia causa, tenían siempre la seguridad de ganar sus pleitos.

El jesuita empleaba su ley aparte, su jurisdicción aparte, su geografía misma aparte. En el antiguo mapa histórico de la Francia el jesuita había superpuesto otro nuevo marcado con su nombre, como si fuese una tierra conquistada; porque siempre en campo volante y en merodeo de almas, no hacía, como el beduino, sino plegar y desplegar su tienda. Señor del mundo, desde Oriente á Poniente, no tenía más que una capital de una patria sin fronteras, cuya capital se encerraba por completo en una celda, sin más eco que el de la voz de su general.



El que tiene en su poder la juventud, posee el porvenir, se ha dicho; y los jesuitas lo sabían antes que Leibnitz. Para apoderarse de la sociedad futura, habían agregado á los votos de las otras órdenes, el voto de la enseñanza. Apenas ponían los pies en una ciudad, por una puerta ó por otra, pero siempre á pasos sordos, por temor de divulgar su presencia, fundaban un colegio, ó, como ellos decían, un gimnasio; y de esta manera, sembraron por todas partes sus establecimientos de instrucción, teniendo cuidado, no obstante, de situarlos sobre los lugares estratégicos más favorables á su obra de propaganda.

La Sociedad de Jesús no fundó, sin embargo, escuelas en ninguna parte. ¿Para qué hubiesen éstas servido? ¿Para enseñar al pueblo á leer y escribir? Pero ese pueblo no se ha hecho sino para obedecer y trabajar. La ignorancia es la paciencia de su suerte, á la vez que la garantía del clero. El día en que supiera leer, ¿qué leería? ¿Acaso la Biblia? Instruir al hombre de la gleba no puede ser sino un acto de crueldad, sería exponerlo á ver en claro su destino; los antiguos

ejercían la caridad de sacar los ojos á sus esclavos antes de ponerlos en la muela del molino; la ceguera les preservaba del peligro de la comparación. La resignación es la virtud de la servidumbre; y cuando los jesuitas tomaban algún criado á su servicio, la primera condición que exigían de cada uno de ellos, era que no supiese deletrear, y mucho menos escribir.

¿A quiénes enseñaban, y qué enseñaban? Ellos enseñaban con toda preferencia á los que se llamaban hijos de familia, vástagos más ó menos blasonados de las tres ó cuatro aristocracias combinadas de la espada, de la toga, de la administración y de la riqueza. Ellos no enseñaban por el solo placer de instruir, sino por introducir á sus educandos en la corte, en el ejército, en la Hacienda ó en la Iglesia. La Sociedad de Jesús no ha sido jamás, en sustancia, sino una agencia de reclutamiento que sonsacaba, ó mejor dicho, relajaba al padre por medio del hijo, al marido por el de la mujer, y al Estado entero por el de una afiliación secreta que lo encubría como de una inmensa redada.

En cuanto á su enseñanza, era todo cuanto podía esperarse de gentes que hubieran tomado por palabra de orden: «¡Guerra al espíritu humano!» Ellos debían, pues, instruir sin dar instrucción, ó imaginar un sistema de pedagogía que no fuese sino un soporífero de la inteligencia, y bastaba para esto un género de instrucción que tuviese todo el mérito de la ignorancia; la palabra en el lugar de la idea; la memoria en el lugar de la reflexión. Los jesuitas no enseñaban á sus alumnos á reflexionar,

sinó á recitar, y no desenvolvían en éstos sinó la memoria y siempre la memoria, aunque sus cerebros se convirtiesen en la hipertrofia de una sola facultad, y precisamente de la facultad pasiva. Era necesaria una cabeza bien robusta para escapar á la influencia de higiene cerebral que enervaba toda iniciativa, como toda originalidad de pensamiento.

«La ciencia? ¡Página en blanco! ¿Puede llevar á otra cosa que á la incredulidad? Ella no es sinó una enfermedad del espíritu, ha dicho de Maistre, este otro Ignacio de Loyola. «El pueblo más grande, según él, es el pueblo más temido de sus vecinos: la ciencia no da más que pereza al empleado.» «jamás, añadía, ningún miembro de la Academia ha tomado una fragata al enemigo.»

«Historia natural? ¡Artículo que debe suprimirse! ¿Hay una cosa más ridícula que mirar una brizna de yerba con el lente, ó estudiar la crónica de un coleóptero que pasa del estado de larva al de mónstruo alado, condenado á vivir sólo un mes en la primavera, y á zumbear en rededor de una flor?»

«La geología? Cosa inútil por no decir sediciosa contra Dios. El Génesis basta para conocer la fecha de la creación; y toda otra cosa no puede ser sinó una antedata inventada por el ateísmo.

«La astronomía? Baja los ojos ¡oh, hombre! porque elevándolos al cielo podrías cometer un sacrilegio. La Inquisición ha tenido razón en agarrar por los cabellos al viejo Galileo y manguillarle la cabeza contra la losa de un calabozo para forzarlo á renegar, con la boca en el polvo,

de la rotación de la tierra, mientras que ésta seguía dando vueltas bajo los piés de sus verdugos.

«La historia? La ciencia del pasado, ¿no es, según la opinión de Maistre, un conocimiento *infecto* que no puede sinó dar fiebre pútrida al pensamiento? ¿Es, acaso, necesario enseñar á la juventud el nombre del que puso á Carcasona á fuego y sangre, del que asesinó á Enrique III, del que asesinó, también, á Enrique IV, y del otro que, igualmente, asesinó á Guillermo de Orange? Ocultemos el pasado al presente, porque se arriesgaría tener que maldecir al papa Alejandro VI, que, de Maistre conviene en designar, simplemente, como *mal sujeto*.

Tal instrucción, tal educación; el mismo fin, el propio sistema: embrutecer, envilecer; tal es el programa, tomando parte en ello el látigo y el espionaje: el zurriago tan pronto aplicado por un vapulador con título, como por la mano de otro educando para entretener el principio de fraternidad.

Los jesuitas obligaban á sus colegiales á espionar á sus condiscipulos, y lo que forma la obra maestra del arte, á ser todos recíprocamente espías entre ellos mismos. Les persuadían que mantuviesen una correspondencia íntima con la Virgen María, y para recibirla, instalaban un buzón al lado del altar. Los alumnos depositaban en él los más recónditos secretos de su alma, como si la Virgen sola hubiese de tomar conocimiento de ellos; y los padres los leían y anotaban.

«Y cuál era la devoción que tenía lugar en su sistema de educación? Levantarse á las cinco de

la mañana, para lo cual un padre recorría el dormitorio con una campanilla en la mano, gritando, *Benedicamus Domino*, y respondiendo los niños desde su lecho, *Deo gratias*; un cuarto de hora después, bajaban al estudio: se rezaba la oración de la mañana; y después de ésta, lectura espiritual: sonaba el *Angelus*, y la clase recitaba el *Ave Maria*: á las siete, misa en la capilla; y de la capilla pasaban al refectorio. *Benedicite* al llegar, y *gratias* al salir.

A las ocho, recreación, los educandos, al entrar en el patio, caían de rodillas, y empezaban sus juegos por una oración: á las ocho y media volvían á la clase, y otra genuflexión seguida del *Veni Sancte Spiritus*; después de la clase, cuarta y quinta recitación de la oración *Sub tuum*. Segunda recreación, precedida de una oración: después una clase de un cuarto de hora inaugurada por una repetición de *Veni, Sancte*; después, al punto del medio día, un *Angelus*; para la comida: un *Benedicite* de nuevo al principiar, y *Deo gratias* al concluir: después, recreación con su oración siempre; enseguida, estudio, con otra oración de *Veni, Sancte*, y para terminar, el eterno *Sub tuum*: seguía la recreación; íde rodillas! antes de jugar; después, el estudio de la tarde, y como necesario, recitar, por final, todo el rosario.

Llegaba, por último, la cena con lectura espiritual, y después, el examen de conciencia y la oración de la noche: en todo, veinte genuflexiones por día y paternosters en latín, sin contar los extras del domingo, del viernes Santo, del sábado por la mañana, de la cuaresma, del retiro, y del mes de María. ¿Queréis

saber lo que puede producir sobre el cerebro el cosquilleo continuo de la oración? Pues observad el rostro de un escapado del jesuitismo.

Es muy difícil ser católico, y salvarse. El dogma bilioso de la Edad Media había puesto la salvación á tan alto precio, que el alma más piadosa, cuando hacia el balance de su conciencia, se encontraba obligada á reconocer que el saldo contra él era impagable. «Condenado por condenado», decía, «ya que, con la interminable nomenclatura de los casos de perdición por el menor pecadillo, vale tan poco una partida más ó menos, ó regatear un cuarto de hora al placer, gocemos y muramos.» La gente se arriesgaba á separarse de la Iglesia, porque el exceso de rigorismo había acarreado, también, un exceso de desaliento.

Entre Dios que pedía demasiado y el pecador que rehusaba pagar, el jesuitismo intercaló la transacción de lo casuístico; inventó la absolución, á barato precio y se bajó la adquisición del cielo, con lo que llegó, también, á dominar al sexo, á la vez, más seductor y más susceptible de seducción.

El filósofo no se arrepiente, pero se corrige; el devoto no se corrige sino se arrepiente; pero la devota ni se arrepiente ni se corrige. La penitencia, para ella, es una voluptuosidad, ó á lo menos, una reminiscencia. ¿Por qué ha de ir usted tan frecuentemente al confesionario? preguntaba un quidam á una pecadora de buena familia: ¿Usted no debe decirlo todo á su confesor?

Absolutamente todo, contestó, con riesgo de ponerlo en ascuas, porque al volver á repetirlo,

me parece que empiezo de nuevo. Y su ojo brillaba y su mejilla ardía, porque sentía en su organismo la emoción del recuerdo.

Una napolitana tomaba sorbete una tarde sobre el terrado de su villa, y absorbida en el éxtasis de la materia, al sentir los últimos rayos del sol poniente sobre la abrasada bahía de Sorrento. «Por qué no ha de ser esto un pecado?» dijo con un suspiro. Esta devota refinada tenía por director de su conciencia a un jesuita.

La confesión, en la mano de un jesuita, es una empresa de lavado que permite limpiar tanta más ropa, cuanto mayor facilidad se tenga de lavarla.

Hasta la venida de Loyola se había creído que la moral era una, que el bien era el bien, y el mal el mal, sin que pudiera, jamás, derribarse el tabique que los separa, uno del otro, para someterlos a una promiscuidad desconocida. La Compañía de Jesús encontró la división demasiado infranqueable, y para aproximar la distancia del mal y del bien, imaginó un nuevo sistema de moral que llamó el probabilismo. Este consiste en suponer probable la inocencia de un acto, para cometerlo después con toda seguridad de conciencia.

Un jesuita, á pesar de su voto de celibato, podía casarse con una mujer, cuando pensaba que probablemente Dios le había otorgado en confianza el permiso de hacerlo. La probabilidad cubría con su manto este matrimonio que hubiese pasado, de otra manera, por un sacrilegio. Si, no obstante, auxiliado por la reflexión, creía más probable que Dios no lo había

redimido por medio de una palabra á su oído, del voto de castidad, ¿podía, bajo la fe de una probabilidad menor, contraer aquella unión? «Sí, respondió autoritativamente, el reverendo padre Castro Palo. Cuando un hecho parece plausible, poco importa que el acto contrario parezca todavía más cierto.»

Si el juez, estima, dice por otra parte, el Padre Gregorio, que dos opiniones opuestas son igualmente probables, puede, licitamente, para complacer á su amigo, juzgar según el deseo de éste. Podría en todo caso, para hacer un servicio al mismo, dar su juicio, ya con arreglo á su propia opinión, ya conforme á la contraria, con tal que no resultase escándalo de ello; porque no es el acto en sí, lo que es condenable, sino el escándalo, al decir del padre Gregorio. Ser parcial, es decir, ser injusto á la sombra, en secreto, nada más aceptable, porque la moral está satisfecha desde el momento en que la injusticia permanece oculta; pero la parcialidad á la luz, la injusticia en público, hé aquí el mal, en la doctrina sectaria de Ignacio.

«Cómo es posible que la Providencia haya podido imponer la moral al hombre como la única vía de salvación, y darle al mismo tiempo una mirada doble que le muestre dos caminos en sentido respectivamente contrario? ¿Tú me dictas una ley; y ¿esta ley es equívoca? ¿Me ordenas que siga la verdad? ¿y me retiras la noción de ella? ¿Qué quiero esto decir? «Es por exceso de bondad, responde el jesuitismo, por lo que la Providencia nos conduce de incertidumbre en incertidumbre, por el laberinto del probabilismo, con el único fin de ayudarnos á

llevar más agradablemente el yugo del Señor,» dice Griobard.

La doctrina del pecado filosófico corona dignamente la ficción ingeniosa del probabilismo. El pecado filosófico es el medio de pecar indefinidamente sin comprometer jamás la salvación. Se puede matar, se puede robar impunemente, con la condición, sin embargo, de que en aquel momento se piense en otra cosa que no sea el asesinato ó el robo; ó bien, que se suponga, al cometer uno ú otro acto, que se le comete en interés ó por afecto hacia la víctima.

El margen era ancho: yo te mató por tu mayor bien, ¿de qué, pues, te quejas? Basta que se haga el mal con buena intención: «Cómo con buena intención? Basta hacerlo, tomando la precaución de ignorar que se le hace, ó dejando divagar la voluntad, durante el tiempo de practicarle, por horizontes lejanos, para que el crimen revista en aquel momento un ropaje de inocencia. Nada de intención, nada de voluntad; y si no hay voluntad, no hay pecado, en virtud de que, para delinquir, es preciso querer pecar. El cuerpo se ha aprovechado simplemente de la ausencia del alma para cometer el delito.

Es por esta puerta de dos anchas hojas del pecado filosófico y del probabilismo, por donde el jesuita logró introducir en el Catolicismo la teoría de la corrupción, de la intemperancia, de la mentira, del asesinato y del perjurio. Con un *distinguo* inteligentemente aplicado, trasformaba, á su voluntad, el crimen en un simple accidente amnistiado, de antemano, de toda idea de criminalidad. Bajo su mano, siempre colmada de inefables caricias para el pecado, toda

frontera entre el bien y el mal tenía, por extremo que desaparecer.

«Por qué Dios ha querido, preguntaba un jesuita á una dama, que el pecado pasase por el oído del sacerdote en el tribunal de la penitencia, para llegar hasta El, cuando podía contentarse con la confesión directa del pecador?»

La dama balbuceaba una respuesta, y el reverendo padre, moviendo la cabeza, le contestó: «Es porque los merecimientos del confesor, contribuyen á que El pueda perdonar, mucho más, al culpable.»

El jesuita, al salir del confesionario, entra en la casa con el título de director de la conciencia; y forma, en lo adelante, parte de la familia, como el tercer personaje de una especie de trinidad: él consuela á la mujer, restituye la paz á su alma; alienta al marido, y algunas veces llega hasta reemplazarlo. «No es él mismo el que ha entronizado en el mundo devoto ese culto extraño de San José que no es otra cosa que la apoteosis del marido que no es el padre del hijo?»

Si la confesión sirve para alguno, es precisamente para el confesor. Ella es para él, la clínica del alma enferma, que, como la ha confesado por largo tiempo, la conoce á fondo, y la ha visto en plena luz, y estudiado con el microscopio, para saber todo lo que hay en ella de bajo y de brutal; y tiene, por tanto, sobre el simple psicólogo, toda la superioridad que da la experiencia sobre la teoría.

La confesión ha revelado al jesuita lo que la anatomía enseña al cirujano: hace tres siglos

que él experimenta *in anima vili*; que diseca, que acumula observación sobre observación, y ha concluido por extraer de su profundo conocimiento acerca la podredumbre del corazón humano, una religión nueva que no sintetiza otra cosa que la explotación inteligente, razonada, sistemática de todas las debilidades, de todas las pasiones, de las ignominias todas de la humanidad.

Infiltrada de esta manera la Sociedad de Jesús en todas las venas de la sociedad, por la instrucción, por la predicación, por la confesión y por la dirección de la conciencia, ha podido realizar, de uno en otro siglo, su largo trabajo de absorción lenta, sorda, molecular, alma por alma, de todo lo que está más alto, de todo lo que está revestido de saber, y puede prestar auxilio eficaz á la Compañía. Ella atrae, afilia, concentra á su rededor una segunda sociedad de Jesús puramente laica, y toda ella tan misteriosa y no menos temible que la Santa Hermandad, porque asocia al hábito talar del jesuita conocido, el traje corto del jesuita secreto; y este traje corto es la Nobleza, es la Corte, es el Rey, es la Reina, y lo que es más aun, la favorita. Lo que importa á la salvación del mundo es que el Monarca haya puesto su conciencia en las manos de la Compañía de Loyola. Cuando el jesuita confesor entra en un palacio, salvaos, que la muerte va á salir de allí.

## IX

Se puede seguir á los jesuitas desde trescientos años atrás por el ancho surco de crímenes que han dejado á su paso. Por todas partes donde la sangre ha corrido en nombre de la religión, han metido la mano hasta el codo, con el asesinato. Ellos han podido encubrirlo después; pero lavad la mancha, y veréis que queda inextinguible siempre su sombra.

Había en el fondo de la Calabria, un puñado de reformados que creían, con toda la ingenuidad de su alma, que las austeridades del Calvinismo podían encontrar su asiento al borde de las olas amorosas, y bajo los mirtos del Mediterráneo. Por virtud de una orden expedida en Roma, sus aldeas fueron quemadas, y sus habitantes conducidos al matadero en prolongadas filas de prisioneros de ambos sexos, encadenados de dos en dos; sin que nadie escapase al suplicio. El carnicero de la Iglesia los despachaba sucesivamente; vendaba los ojos de las víctimas y les cortaba la garganta; después tomaba el cuchillo entre los dientes, y esperaba que se le llevase otro hereje que degollar, dejando enseguida sus cuerpos palpitantes sobre la yerba.

El jesuita Xavier, de quien se ha hecho un santo, presidía este trabajo de carnicería. La



tribu Alpina de los vandences vivía en paz á las faldas de la montaña, bajo su techo de nieve. Ellos no pedían al cielo y á la tierra sinó que les dejasen cantar sus salmos en los templos de aire libre, á la sombra de sus abetos y al sonido de las campanillas de su rebaño. La Compañía de Jesús lanzó sobre ellos sus perros de presa y el pueblo Vandés no fué desde entonces sinó un osario. El jesuita Possevín fué el organizador de la matanza.

En el mes de mayo de 1562, un millar de hugonotes, la mayor parte estudiantes, se apoderó, durante la noche, de la casa municipal de Toulouse. La población católica toca á rebato y ataca á los protestantes, sin poder desalojarlos del Capitolio: al cuarto día les propone una capitulación que los protestantes aceptan; pero apenas han rendido sus armas, cuando el ejército católico los asesina, exclamando: «¡Muerte á los hugonotes!» y fuerza, enseguida, las casas para degollar á todos los desgraciados sospechosos de profesar el Calvinismo. «Yo no ví jamás volar tantas cabezas como allí!» dice Montluc.

«Quién, empero, lanzaba al asesino por la espalda, y le había marcado con el dedo las cabezas que debía cortar? Siempre la Compañía de Jesús.

Fué también ella, la que, primero que nadie, subió al campanario de San Germán I Auxerrois para tocar á rebato la noche de San Bartolomé; ella, la que marcaba con tiza la puerta de los protestantes; ella, la que corría por las calles con el crucifijo empuñado, gritando: «Matad». Y cuando Enrique IV, más tarde, firma

la tregua de Dios del Edicto de Nantes, firma, al mismo tiempo, su sentencia de muerte; porque un jesuita lo espera con el cuchillo asesino en la mano, en un escondite de la calle de la Ferronnerie.

El santurrón papista de anchas mandíbulas de león que reinaba en el Escorial al subyugar los Países Bajos encontró de frente á Guillermo el taciturno que le disputaba, palmo á palmo, los terrenos hornagosos sembrados de rosales de la Holanda, y un jesuita lo mata entre dos puertas, de un pistoletazo.

La Reforma había principiado por Alemania, y allí, sobre todo, era más necesario abatirla; por lo que, los jesuitas desencadenaron sobre su suelo la guerra de los treinta años, donde desempeñaron el papel de ojeadores, y multiplicaron la caza. Empezaron por la Bohemia, y de tres millones de habitantes que contaba, no quedaron sinó doscientos mil que ni tenían, si quiera, el recurso de mendigar. «¿Quién hubiera podido darles limosna? ¡Campos aniquilados, tierras eriales, montones de ceniza! El jesuita Balbino que asistió á su exterminio se quedaba sorprendido de que aun se encontrasen vivientes en Bohemia y se complacía en llamar vivientes á espectros de hombres errantes sobre pilas de escombros.

De la Bohemia refluye la guerra á la Silecia. Los jesuitas hicieron allí la campaña resguardados á la grupa de los dragones de Lichtenstein. La Silecia es agarrotada por los cuatro miembros y sangrada de las cuatro venas, *estote ferventes*. «Manteneos fervientes, grita el jesuita Fosen á los soldados de la Iglesia, y

por todas partes en que encontréis resistencia, conceded el fuego hasta que los ángeles sientan quemar sus piés y vean fundirse las estrellas.»

La paz de Westfalia puso tregua á la matanza y proclamó la libertad de conciencia. El papa protestó y Loyola rugió; y no habiendo ya sangre que derramar en Alemania, los jesuitas se dirigen á operar en Inglaterra. Santiago II reinaba allí, y éste era su hombre. Un tonto para prestarse á todo; que todo lo acometía, por lo mismo que no tenía conciencia de sus actos, y que empleaba tanto mayor encarnizamiento en realizarlos, cuanto más amor propio lo dominaba. Este badulaque coronado, azuzado por el jesuita Peter, emprendió hacer que el pueblo inglés apostatase de la Reforma al Catolicismo; y, algún tiempo después, murió refunfuñando su rosario.

El valle de Chevreuse contenía, detrás de sus arboladas orillas, un oasis de estudio y de oración, á donde los desencantados del mundo iban á buscar la paz del alma en la calma de la soledad. Pascal se refugió allí para salvarse de su razón, que le habia importunado más de una vez, y quiso poner entre ella y él las rejas de Port-Royal.

Los jansenistas eran más que santos; eran sabios. No tenían otra pasión, que el retiro; otra ambición, que la edificación ó la instrucción del prójimo; y alcanzaron el mérito de perfeccionar los métodos de enseñanza. Su curso contrariaba á los jesuitas porque tenían la comparación, y buscaron querrela con sus rivales sobre una de esas cuestiones llamadas á ridiculizar la teología. ¿Cuándo es eficaz, su-

ficiente ó concomitante la gracia? Pesad huevos de mosca en una tela de araña, y tendréis la solución del problema. Pascal tomó textualmente la moral de los jesuitas, y la marcó tan hondamente con hierro candente, que el Santo óleo de Roma no ha podido curar, todavía, la gangrena de la llaga.

Un jesuita confesaba á Luis XIV, y su penitente nada le refusaba.

El teniente de policía de Argenson salió una noche de París á la cabeza de una compañía de arqueros: puso cerco al convento de Porta-Royal de los campos, y por la mañana al salir el sol, arrancó á las religiosas de sus celdas para dispersarlas por los cuatro ángulos del Reino. Una de las monjas agonizaba en los momentos del golpe de mano, y un subalterno se apoderó de ella á viva fuerza para arrojarla en un carro, donde espiró durante el trayecto. Cuando no hubo ya una sola alma con vida en Port-Royal de Argenson, se derribaron á pico los muros y no quedó una piedra sobre otra del claustro santificado por la piedad y por el genio.

Pero las tumbas quedaban allí, y como de esas fosas cubiertas por la yerba podían salir las sombras gemidoras de los primeros solitarios del valle de Chevreuse, en una noche tempestuosa y bajo un cielo de fuego, unos sepultureros ebrios abrieron esas fosas, sacaron de su seno los cadáveres, y después de haberlos mutilado á golpes de azada, los apilaron confundidamente en carros para esparcirlos por los caminos. A cada vaivén de los vehículos se desprendía una pierna ó una cabeza, que los perros devoraban enseguida ó arrastraban á

sus madrigueras; mientras que, á dos pasos de allí, se jugaba en Versalles al faraón ó al amor, ó se hacían trampas á uno y á otro juego.

Pero el Jansenismo no se encerraba por entero entre cuatro muros; y no salió de Port-Royal sinó para entrar en el Parlamento, donde los jesuitas se lo encontraron más tarde.

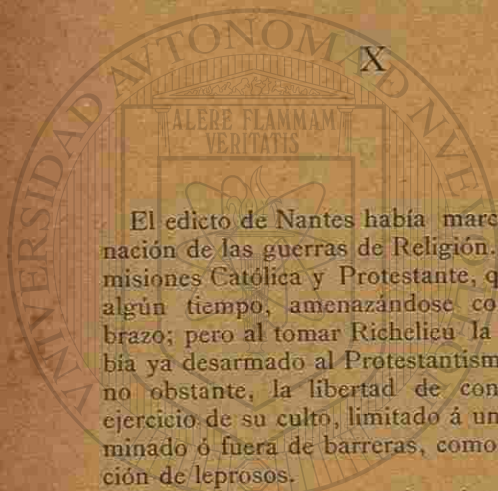
La ciudad de Thorn en Polonia era Luterana. Los reformados, ó como se les llamaba, los disidentes, poseían en ella un Gimnasio: los jesuitas fueron, muy luego, á fundar allí un Colegio, donde educaban, naturalmente, la nobleza Católica de aquella república á caballo, y donde el nuncio del papa reinaba con el nombre de un rey de paso. Ahora bien; un día en que los reverendos padres sacaron una procesión, un estudiante del Gimnasio luterano conservó puesto su sombrero al pasar aquella, y otro que lo era de los jesuitas se lo arrojó al suelo; el primero se irrita, y los jesuitas se apoderan de él y lo encarcelan en su colegio.

Al saber esta violación, el pueblo se indigna, se amotina y reclama al prisionero, y en vista de que se rehusa libertarlo, rompe las puertas del Colegio, y arroja sus muebles por las ventanas. La Dieta estaba congregada en aquel momento; reclama del gran Canciller la persecución del sacrilegio, y se extiende, por complacer á los reverendos padres, hasta á confirmar anticipadamente, la sentencia que se dictase. El Tribunal de consulta condenó á los primeros magistrados de Thorn, completamente inocentes de un tumulto que ellos no habían podido ni prever ni evitar, los unos á ser decapitados, y los otros á la hoguera.

Para ejecutar esta sentencia, faltaba una sola formalidad, que era el juramento de los reverendos padres. El nuncio les había hecho saber que todo juramento prestado ante el poder civil les imponía degradación, y los hacía irregulares; pero, ¿qué discurren estos discípulos de Escobar? Comisionan á tres novicios que no habían pronunciado todavía sus votos, para que hiciesen el juramento exigido por la ley, y al favor de esta maniobra impía, obtienen que se lleve á cabo la ejecución de los condenados, y la confiscación de sus bienes en provecho de los jesuitas.

Las víctimas fueron al suplicio, marchando á su cabeza el burgamaestre de la ciudad, anciano de setenta y dos años. Tal vez, á esa misma hora, el rey de Polonia, luterano de nacimiento, católico por ambición, musulmán en medio de su Harém, daba á sus palatinos una de esas fiestas en que se tiraban cien cañonazos que marcaban otros tantos vasos de licor. El asesinato jurídico de Thorn fué la sentencia de muerte de la Polonia.

Con el intervalo de una generación, la emperatriz de Rusia tomó bajo su protección á los disidentes, y en nombre de la libertad de conciencia, desmembró Catalina II á Polonia, que, desde entonces, nación caballeresca, condenada á un suplicio desconocido, no pudo ya ni vivir ni morir. De tiempo en tiempo, ha salido de su tumba para presentar su pecho al tirano, y decirle: «hiere una vez más»; y éste la fusila de nuevo, y ella vuelve á sumergirse en su fosa, y la losa que la cubre cae más pesada sobre el cuerpo de la víctima.



El edicto de Nantes había marcado la terminación de las guerras de Religión. Las dos Comisiones Católica y Protestante, quedaron, por algún tiempo, amenazándose con el arma al brazo; pero al tomar Richelieu la Rochela, había ya desarmado al Protestantismo, dejándole, no obstante, la libertad de conciencia y el ejercicio de su culto, limitado á un punto determinado ó fuera de barreras, como una institución de leprosos.

Sucedía lo de siempre. Las dos Comisiones, que vivían puerta con puerta dentro de la misma población, concluían, á fuerza de encontrarse, por entremezclarse. El amor, que no da tiempo para estudiar la teología, unía frecuentemente los dos cultos, por medio del matrimonio. Los protestantes, por otra parte, más laboriosos é industriosos por la naturaleza misma de su dogma, y por el desenvolvimiento del yo, motor sagrado de toda actividad, se colocaron á la cabeza del comercio y de la industria. Cubrieron á la Francia de fábricas nuevas que hacían llover sobre una población hambrienta, el maná del salario: daban el buen ejemplo del trabajo

y de la moralidad; y mientras más entregados á la actividad se les veía, más se estimulaba en sus vecinos el contagio del ejemplo, más se les frecuentaba, y más se aprendía á estimarlos. El hombre en ellos, rescataba al excomulgado, y la tolerancia fué entrando en las costumbres, antes de que penetrase en las convicciones.

Pero los jesuitas manejaban la conciencia de Luis XIV, que no tuvo en la hora de su crepúsculo otra religión que el temor del infierno. El reverendo padre Setellier le persuadió, que el Edicto de Nantes era un acto de herejía; y el amante disipado y gastado de la viuda Scarron lo revocó de una sola plumada. El se dignó, sin embargo, sentirse asaltado de dudas en su lecho de muerte, y lo consultó con el mismo padre Setellier, que las disipó, diciéndole: «Responderéis de ellas, señor, delante de Dios.»

El Padre Setellier fué solo el que aconsejó el crimen, pero tenía por cómplice al clero entero: Bossuet lo había glorificado, Fenclón lo había aprobado, Flechier lo había aplaudido: sólo el mariscal Vauban tuvo el valor de decir al rey que perdía su reino. «Yo he leído las cartas de los obispos», escribió Rulhières, «y hacen entremezer».

Habló Luis XIV; y de un extremo al otro de la Francia se demolieron los templos, se socavaron los cementerios, se desterraron los pastores, se fusilaron los predicadores; y la persecución creyó, con esas crueldades, haber concluido con la herejía.

Pero la Reforma es una religión personal

intima, en que cada uno hace de sacerdote y de fiel. Se coloca la Biblia sobre la mesa, y se la abre; allí está el altar; allí también el Señor. Para arrojar al Protestantismo del santuario de un domicilio, es necesario hundir la puerta y arrancar las hojas de sus goznes; y hé aquí lo que hizo la misión encubierta de las dragonadas.

El soldado, en el siglo diez y siete, se alojaba en la casa del ciudadano, y tenía derecho al *utensilio*; es decir, al fuego y á la luz. El ejército repartido por todos los lugares y todos los países de Europa se componía de franceses, alemanes, escoceses, irlandeses, polacos, croatas y panduros, gentes de saco y cuerda que trataban á la Francia como pueblo conquistado. La duquesa de Chaulnes, esposa del gobernador de Bretaña, no se atrevía á visitar á Madame de Levigné por temor de ser saqueada en el camino por los mismos soldados de su marido.

Fué, pues, á estos bandidos, á estos parásitos terrestres, á los que el gobierno confió la misión de volver á traer á los protestantes á la Iglesia Católica Apostólica y Romana. Hasta entonces se habían repartido las tropas de tránsito, ó de marcha, con igualdad entre todos los habitantes; pero después de la renovación del Edicto de Nantes se las alojó exclusivamente entre los religionarios, que era el nombre técnico que se daba á los protestantes.

Los dragones entraban en la casa de éstos como en una ciudad tomada por asalto, con el mosquete al brazo; colocaban sus caballos en la caballería ó en la cocina, y pedían la caja. Si el dueño de la casa no la tenía ó rehusaba en-

regar la llave, se le echaba por tierra, se le ponía la rodilla sobre el pecho, se le abría la boca por fuerza, se le introducía un embudo en la garganta hasta que el paciente se ahogaba ó entregaba la llave del tesoro.

Los apóstoles del Rey cristianísimo se ponían seguidamente en la mesa, y obligaban á la señora de la casa á que les sirviese; y después de haber comido y bebido encendían su pipa, con cuyo auxilio llegaban á ahumarla de tal manera que la aturdían con el tabaco y la empujaban hasta introducirla en la habitación inmediata, sucediendo frecuentemente que ataban al marido á un pilar de la cama para que presenciase la violencia de sus actos.

La hija de Seján fué más feliz porque no tuvo, al menos, sinó un verdugo que la ultrajase.

La misión desoladora realizaba su obra en conciencia; porque ella robaba, violaba, saqueaba, vaciaba la bodega, forrageaba en los corrales, pillaba la despensa, aprisionaba, torturaba, fusilaba, ahorcaba, ó como decía, colgaba, arrastraba los cadáveres á los muladares, perseguía, en fin, bajo todas las formas de suplicios, metódica y administrativamente, con una dureza y una ferocidad espontánea, continua, y sistemática, cuya historia hoy todavía horripila, por más estragada que haya llegado á ennegrecerse después acerca del capítulo de la perversidad.

El protestante constituía parte del derecho de la caza, como el jabali ó el tejón; los dragones lo levantaban, le tiraban en sus domicilios á fuera de ellos, y el papa otorgaba una indulgencia al cazador, por cada picza.

La Francia no daba ya seguridad á los Hugonotes: los que quedaron, emigraron en masa, llevándose consigo la industria del Reino, su comercio, su capital, y fueron á enriquecer los Estados inmediatos con su trabajo, con su genio y con su economía.

«¿Qué cosa más agradable puedo yo hacer por vos?» escribía Luis XV al gran Federico.

Una nueva revocación del Edicto de Nantes, le respondía el otro.

Se había terminado ya el culto reformado; no más Sinodos; no más templos; ni siquiera campos de reposo para el cuerpo. Se enterraban al padre ó al hijo en un rincón de su soto ó de su jardín, y apenas si algunos ecos murmuraban sordas salmodias, á la sombra del follaje de algún castaño. Nada, nada más que acá ó allá una lágrima devorada en silencio, un suspiro sordo en el fondo del corazón, una mirada elevada al Cielo, ó una oreja adherida al suelo para escuchar la vibración lejana del trote de los dragones.

Pero el alma vivaz de la Reforma arrojada de los llanos, subió á las cimas de los Cevennes; y allí, más cerca de Dios, al aire libre del vuelo de las águilas, y al rumor de torrentes sagrados como el Cedrón, se siente inflamar de una fe capaz de levantar peñas inmensas de granito: y fueron los más humildes de todos, los cabrerós y los vaqueros poseídos de entusiasmo sagrado los que gritaron con ardor á los tibios: «¡No podemos ya orar, pero sabremos morir á tus tiendas, Israel!» y desde lo alto de los picos nevados, escondidos por los fuegos del Cielo, descendió una avalancha de creyentes hasta los

valles y destrozó las tropas de la monarquía.

No se podía vencer á los Camisardos (1), pero se les engañaba y se les exterminaba en detalle. ¡Ah! ¡Si el Dios cristiano hubiese cumplido su deber! El Protestantismo cayó entonces, en un nuevo síncope, tan semejante á la muerte, que no se hubiera podido encontrar la diferencia con ésta.

Luis XIV se podría en San Dionisio. El regente hacía profesión de ateísmo, mientras que su hija la abadesa de Chelle se firmaba «esposa de Cristo.» «Yo temo encontrarme muy mal con mi yerno» decía aquél, y durante su reinado hubo una tregua en la persecución.

Peró á su muerte, el duque de Borbón, un tuerto libidinoso, recrudció el curso, un momento interrumpido, de las dragonadas. Había en la Corte un bribón mitrado con el nombre de Tressan. De antemano, semi-consejero y confesor del regente tomaba parte en las delicadas comidas del Palacio Real, y fué nombrado obispo en medio de una orgia, adjudicándosele sesenta beneficios para que pudiese pagar convenientemente á las artistas de la ópera. Tressan se aprovechó de los momentos de reposo que éstas le dejaban para elucubrar un decreto que fué el golpe de gracia del Protestantismo. El edicto declaraba que no existían ya protestantes en Francia, puesto que todos habían debido ser convertidos en virtud de ese mandato. Así es que desde el momento en que

(1) Nombre que se dió á los protestantes que se levantaron contra la revocación del Edicto de Nantes.—N. del T.

no asistían á la misa, era consiguiente que se les aplicase la pena del relapso. Una ficción trasformada en realidad, una mentira tomada como punto de partida para la aplicación de la pena de galeras ó de horca. Tal era el edicto del duque de Borbón. Un obispo pudo escribirlo; y fué Loyola el que lo dictó.

Y, sin embargo; á pesar del encarnizamiento del episcopado para desencadenar la persecución; á pesar de la dureza del conde de Florentino para esforzar la ejecución de sus depredaciones, el protestantismo siempre en pié, y azotado siempre, dirigía su vista al cielo, y esperaba. Ni las dragonadas á domicilio, ni las fusiladas á boca de jarro de los predicadores en el desierto, ni las multas, ni las confiscaciones, ni las horcas ni las galeras llegaron á fatigar los mártires de la Reforma; y se veían pasar por todos los caminos extraviados, hombres disfrazados de carreteros ó de traficantes extranjeros, que no eran más que los pastores de la Iglesia que llevaban *oculta la Cruz*, enviados de Lausanne para mantener encendido, como ellos decían, el *pávilo* de la fe que humeaba todavía.

Bautizaban en secreto, casaban á puertas cerradas, predicaban en los desiertos ó en los bosques; pero si la asamblea era sorprendida, se pasaba á casi todos por las armas, y los que sobrevivían eran enviados al presidio, ó encerrados en un convento, y el pastor colgado á tambor batiente: no importa; Dios estaba con ellos, y era él que les enviaba á la muerte.

Los protestantes no empezaron á debilitarse sinó desde el día en que la persecución les

arrebató sus mujeres y sus hijos. Era por tanto en el corazón donde era necesario herirlos. El clero lo sabía y descargaba su golpe en él; pero el gobierno vacilaba á veces, no por humanidad, sinó por temor del escándalo.

El obispo de Dax quiso hacer robar treinta muchachas de la *religión*, y lo consultó con el conde de San Florentín. El ministro aprobó la proposición, pero recomendó la discreción. «No las robéis todas de golpe,» añadió. El obispo de Aix solicitó credenciales selladas en blanco para hacer en su diócesis la trata de las jóvenes protestantes; y pidió al mismo tiempo, que se pusiese fuerza armada en campaña para operar esta usurpación. El ministro respondió. «El empleo de tropas para este servicio, no sólo las desvía del orden de su instituto, sinó sería peligroso para el honor de las muchachas y la seguridad de sus personas. Esta consideración del honor de las jóvenes no tuvo el dón de conmover al prelado, que reclamó todavía un robo en masa de las *nuevas católicas*; á lo que el conde de San Florentín replicó: «Su Majestad no tiene la intención, en las circunstancias actuales de emplear su autoridad para arrancarlas á sus familias.»

En efecto: Luis XV negociaba en aquel momento una alianza con la Prusia protestante para batir á la casa de Austria. Antonio Court ha dado la nota de las jóvenes robadas de esa manera á sus padres á petición de los obispos; y ¿ha podido existir jamás una estadística que represente en cifras redondas mayor número de lágrimas y sollozos?

Madres en duelo de hijas, á un mismo

tiempo, vivas y muertas, pero muertas sólo para los que las dieron el sér! Sólo los ministros de una secta impia han podido inventar suplicio semejante; y hoy, esos mismos sacerdotes, tomando otros nombres, porque ellos son siempre los mismos, tienen valor de revindicar los derechos de la familia que han violado en todos tiempos! ¡Pasad, fariseos!

El rapto se verificaba de noche por una compañía de arqueros capitaneados, ó dirigidos por el cura de la parroquia. El jefe tocaba á la puerta de la víctima designada, y cuando no se le abría al primer toque, la destrozaban sus soldados á fuerza de culatazos, y sacaban á la joven aun dormida de su lecho para atarla á la cola de los caballos. Existe en el fondo de los pantanos de Aguas Muertas, una torre abierta á la lluvia y al viento que se llama la Torre de Constansa; y en ese abismo de piedra iluminado sólo por el techo, era donde encerraban las jóvenes maldecidas por la Iglesia por atravesarse á creer lo que ellas creían, ó por resistirse á engañar su conciencia. Allí vivían del pan del rey que ellas cocían, y se acostaban sobre lo que pudo haber sido paja y no era ya sino residuo de establo, esperando la libertad de la muerte, porque ésta podía tenerles compasión; y cuando tenían la suerte de que llegase, se levantaba el cadáver se hacía un hoyo en cualquier lugar, y una vida quedaba desaparecida sin que se hubiese formado siquiera un acta acreditativa.

Todo esto se hacía en nombre de Luis XV con la refrenda del conde de San Florentín. El real Priapo del Parque de los Ciervos dirigía en un barrio de Versalles un convento de menores

donde pretendía en sus horas de ocio, enseñar por sí mismo á las educandas el catecismo, y las enviaba, después sonrosadas de pudor á causa de sus explicaciones, á hacer su primera comunión con un velo blanco sobre la cabeza, en la iglesia de su parroquia.



## XI

Los jesuitas habían abatido al jansenismo y proscrito el protestantismo; habían humillado al Parlamento, y confesaban á Luis XV, á Maria Leczinska, al Delfin, á la Delfina, á la Pompadour, tenían bajo un nombre supuesto el goce á los beneficios, distribuían entre sus favoritos los obispados y abadías, poseían colegios en todas las provincias, sucursales de comercio en todas las colonias, bancos en todas las ciudades comerciales de las Indias ó de las Antillas, habían realizado del otro lado del Atlántico el tipo de su ideal, habían fundado á las orillas de florestas vírgenes un estado á su imagen, en donde reinaban solos como soberanos, sin permitir que un pie profano hollase el suelo tres veces sagrado, de aquella ciudad de Dios, que llamaron el Paraguay.

Habían tenido el talento de domesticar las agrupaciones salvajes que erraban por las sabanas; las habían acantonado en campos atrincherados que rodearon de fosos y estaban defendidos por pelotones de caballería formando aquellas otras tantas prisiones al aire libre que llevaban piadosamente el nombre de *Misiones*.

Sus forzados no poseían allí sinó su chozil y un haz de paja para dormir: su trabajo pertenecía de pleno derecho á los jesuitas que les daban en cambio una escudilla de sopa de maiz por día, y un delantal de algodón para salvar su pudor.

El látigo era en el Paraguay el principal elemento de gobierno. Los buenos padres castigaban á los hombres en público y á las mujeres en privado; el confesionario completaba este sistema patriarcal de policía. Los naturales del Paraguay debían confesarse á lo menos una vez por semana, y cuando habían vaciado su conciencia, el confesor les daba una azotaina para hacer que entrase la contrición más profundamente en su espíritu. El paciente debía llevar el instrumento para su corrección, poner en tierra la rodilla, y besar respetuosamente la mano del ejecutor.

El jesuita, gobernador de la colonia habitaba una casa señorial flanqueada por dos edificios menores, el uno servía para laboratorio á los obreros de la comunidad, y el otro para depósito de las indígenas en observación. Se permitía á las mujeres casadas, en las horas del silencio, permanecer en el chozil con sus maridos pero á la caída de la noche se encerraba á las jóvenes con llave de doble vuelta que se llevaba al jefe ó al gobernador jesuita, quien, para mayor precaución, comunicaba su departamento por un corredor discreto, con la puerta del gineteo.

Los misioneros han reinado durante dos cientos años en el Paraguay y allí han impuesto el régimen de una teocracia comunista, y ¿qué

han llegado á hacer de sus vasallos? Ni siquiera negros: sólo han hecho de ellos, idiotas. Esos pobres indios domesticados podían aún ser para el ojo racional, seres humanos; pero no eran en realidad sino maniquies de resortes que ejercitaban apariencias de movimiento.

Tenían sobre su máscara impassible verdadero suplente de un rostro negativo, los cinco ó seis agujeros llamados sentidos para ver, sentir y oír pero ni sentían, ni entendían, ni veían, ó por mejor decir, las impresiones que recibían se estrellaban en un cráneo vacío, sin reflejarse jamás la emoción sobre su fisonomía.

La menor enfermedad era para ellos la muerte: ningún enfermo se curaba, ni deseaba tampoco curarse. Su vida no era más que una larga agonía sin emoción aparente, y cuando se deslizaban en la fosa, no hacían más que acabar de morir: habían digerido, pero no habían vivido.

En todas las épocas, los jesuitas que no son, ni pueden ser más que conspiradores, lo minaron todo para subyugar el Estado á la Iglesia, la Iglesia al papado, y ambas á dos á su Compañía. Creyeron haberlo conseguido completamente en el siglo xviii en que alcanzaron el paroxismo de su pujanza, pero hé aquí que, de repente, y en el momento que ellos encubaban la alegría de su triunfo contra todos sus adversarios, el cielo truena sobre su cabeza, la tierra huye bajo sus talones, y los soberanos más católicos de Europa los arrojan de sus Estados. El rey de España expide un cargamento de ellos al papa sobre un navío de guerra, pero el papa los rechaza á cañonazos en el puerto de Civita-

Vecchia. Los miserables, renegados hasta por la Iglesia Romana, se hacen varar en Córcega, donde el gobierno francés les da albergue por compasión.

¿Qué era lo que habían hecho? ¿Habían tomado acción en la tentativa de asesinato del rey de Portugal? Habían provocado en Madrid la ridícula aconada de los *sombreros*? poco importa que se les mezclase en un complot ó un asesinato nuevo. Uno de más ó de menos, aquellos sucesos no podían traerles graves consecuencias; fueron sí la ocasión, pero no la causa de su catástrofe.

Los jesuitas pretenden ser hábiles pero no son más que intrigantes: creen saber engañar y no saben más que entrapar. No se consigue todo venciendo, sino que es preciso saber hacerse perdonar la victoria; pero ellos eran tanto más arrogantes, cuanto más vencedores se encontraban. Después de haber pisoteado á sus adversarios, levantaron la frente á tal altura que se concluyó por ver en ellos defraudadores que hacían el contrabando del poder.

Acababa Voltaire de crear el gran partido de los Zumbones, y los jesuitas cayeron bajo sus rechiflas. El Parlamento los había citado á su barra por causa de bancarrota, exigiéndoles la comunicación de sus estatutos; hizo la anatomía de sus doctrinas, removiò su estercolero á plena horquilla y salió de él tal putrefacción, que el público comprendió que la infección no tenía más que un remedio: una escobada. El Borbón de Versalles reclamó la supresión de los jesuitas, de acuerdo con sus congéneres de España y de Italia, Clemente XIV

la otorgó, y, poco tiempo después, murió envenenado.

La cabeza de la víbora había sido cortada, pero la cola se meneaba todavía; y se vió aparecer en Roma al fin del siglo, á un tal Paccarini, tírolano de origen y sastre de profesión. Desertó muy pronto del establecimiento donde maldecía de tener siempre los piernas cruzadas, para entrar en el ejército del papa que no era ciertamente el mejor pagado. Paccarini trocó su uniforme por la sotana, y partió para Viena con el fin de buscar, allí, fortuna.

Su calidad de abate romano le sirvió de carta de introducción para con la archiduquesa Mariana. Adoctrinó á esa chorlito imperial entregada á la devoción, y la persuadió para que resucitase á los jesuitas. Ella los reinstaló bajo la denominación de padres de la Fe, en el antiguo colegio de Jesús. A los padres de la Fe, quiso la archiduquesa agregar madres de la Fe establecidas bajo la dirección de Paccarini, pero la aproximación de los dos sexos ocasionó accidentes, que tuvieron su desenlace en el Hospicio de la Maternidad.

Algún tiempo después se encontró en las orillas del Tíber el cadáver de Paccarini atravesado por tres puñaladas, sin que se haya jamás llegado á conocer ni el motivo del asesinato, ni el nombre del matador. Todo lo que llegó á traslucirse entre el misterio de las cosas de Roma fué, que la noche del crimen, el reverendo padre había cenado con una romana de buena familia.

La antigua Sociedad de Jesús no había, entre tanto roto sus filas, á pesar del Breve de disolución con que Clemente XIV la había herido,

Una fracción sobrevivió en Prusia, otra en Rusia; y bajo la protección de dos soberanos, un herético y otro cismático, se movía, pretendiendo resucitar. Hizo su encuentro en Petersburgo con el hombre que fué un segundo fundador para ella, y que debía, no sólo volverla á fijar en Roma, como su patria, sino colocarla á la cabeza de la Iglesia.

José de Maistre, representaba cerca de Alejandro, á mil francos por mes, una parodia de rey del Piamonte estipendiado por la Inglaterra, y su embajada, durante el reinado de Napoleón, no era ni podía ser otra cosa que una prebenda. Pero él parodiaba un doble carácter en Petersburgo; el uno de diplomata, todo de aparato que consistía en hablar vaguedades ó comer, de cuando en cuando, con un compañero de infortunio, representante, como él de un rey en interdicción ya de Francia, de Nápoles, de España, de Portugal ó de Holanda; comida fúnebre, en donde sombras de embajadores festejaban á fantasmas de Monarquías.

Pero, al compás de esta vida de compadrasgo de frac bordado, de Maistre practicaba otra de escritor, que aspiraba nada menos que á poner el espíritu humano en prisión forzada, y á darle por carcelero el instituto de Loyola. Amaba á los jesuitas, se hallaba adherido á ellos con afección secular, que venía circulando en su sangre de generación en generación. Ellos habían educado á su tatarabuelo, á su abuelo, á su padre, y á él mismo, también; lo habían amasado, embebido, penetrado, saturado de su espíritu, y jamás hubo caso de atavismo mejor caracterizado.

«Si yo no fuese casado,» decía él suspirando, «me haría jesuita.» El lo era ya, con la ropa corta, es verdad; porque no solamente los amaba, sino que también los patrocinaba en la corte de Rusia. Prestaban sus servicios en la iglesia católica de Petersburgo, y solicitaron la autorización para fundar allí un colegio. El emperador Alejandro se la concedió, pero, en su calidad de papa de otra ortodoxia, fijó una reserva. Los jesuitas no debían influenciar, con respecto á su dominio espiritual, para intentar la conversión de sus educandos.

Ellos lo prometieron, y lo juraron, pero poco tiempo después, al desnudar á uno de aquellos, se encontró un escapulario debajo de su camisa, hubieron de conquistar á un sobrino del ministro de instrucción pública, y se expidió un ukase para que se cerrase su colegio.

Al saber esta noticia, de Maistre se hizo el sorprendido. «Muchas personas dice en su correspondencia, se habían pasado á la Iglesia, pero los jesuitas habían operado su conversión lo mismo que han contribuido á la salida del sol de esta mañana.»

Una hora después y con la misma pluma escribía al arzobispo de Ragura. «Ha habido bastante imprudencia en las conversiones, que se han llevado á cabo demasiado pronto y con mucha publicidad.»

Con demasiada publicidad, ¿estás contento, Escobar?

El gobierno ruso había cojido la mano de de Maistre en estas trapacerías de propaganda, y mientras que los jesuitas funcionaban con los niños, él operaba sobre las condesas. De Mais-

tre niega audazmente que haya hecho el oficio de acaparador de almas en Rusia en estas palabras: «Yo he rogado al conde de Nesselrode se sirva llevar á S. M. Imperial la seguridad de que no he atacado jamás la fe de ninguno de sus vasallos.»

Y por la misma fecha se encuentra en su correspondencia una carta en que excita á la condesa Tolstoi á desertar del rito griego para pasar á la Iglesia romana. De Maistre hubo de perder la confianza del emperador Alejandro, y tuvo que dejar la Rusia; pero al ausentarse, lo hizo más de cuerpo que de pensamiento. Había soñado mucho en Petersburgo, y, mucho más escrito, porque el *genius loci* había subido á su cerebro.

Allí, sobre esa tierra excéntrica, ocho meses del año helada; esclava de un cielo nebuloso, trágica por los crímenes de palacio, envuelta en un sudario de nieve, manchada de sangre; allí fué donde al resplandor opaco de la aurora boreal, esa hipocresía del sol, y entre los prolongados insomnios de días que no eran sino noches, elucubró de Maistre, envuelto en su forro de piel de oso, ese sistema carnicero de teocracia que formuló en tres partes:

El sacerdote, rey; el rey, soldado del sacerdote; y el verdugo, primer ministro.

Cuando el dey de Argel visitaba su capital, llevaba siempre á su lado al verdugo. De Maistre daba á Dios su misma guardia de honor. La Inquisición es divina; la guerra es divina; la guillotina es divina... ¡y él proclamó estos tres dogmas con sangre fría!

Trazémonos una llanura en la hora de la sa-

lida del sol. La tierra bañada de rocío vaporiza al suave calor de las primeras irradiaciones, y estamos en la época de la florescencia de la viña, y de la siega: un mar de espigas ondula en vistosas olas, al tenue soplo de la brisa de la mañana: sobre la pendiente de la colina, y detrás de un bosquecillo de árboles, la nota lejana de la campana sube al cielo como un eco que semeja una conferencia con Dios: la joven, de pie, al borde de un pozo, con el codo apoyado sobre su brocal, escucha la voz aérea de la oración y añade á ella una plegaria por su prometido. Ella casi lo toca con la mente, pero ¿volverá acaso á verle?

Mientras que se absorbe en el sueño de su vuelta, y al encanto de ese vaporoso idilio perfumado con todas las savias primaverales, el aire vibra, la tierra tiembla, una multitud de hombres vuela por el horizonte vomitando fuego á su paso con un chisporroteo jadeante acompañado de los rugidos del trueno.

Un ejército acaba de chocar con otro desprevenido y combatirá hasta el fin del día para saber á quien toca la victoria de apoderarse de aquel campanario, que según se le ha dicho, es la llave de la posición. La caballería carga dejando surcos aplastados en los campos de trigo que recorre, los obuses silban á través de las filas de batallones segando una mies de hombres que quedan tendidos por filas sobre la otra mies de espigas pisoteadas por los caballos...

Un día ha bastado para tender sobre el suelo cuarenta mil vivos: la artillería lanzada al galope rueda por encima de los heridos como de

los muertos y destroza y aplasta á los unos y los otros bajo las ruedas de sus arcones. Y de aquella llanura, poco há tan galana con su tocado de yerbas y florestas, y de toda esa colaboración santa del hombre con la naturaleza no quedan ya sino cartuchos de artillería quemados y una especie de cieno humano, porque la muerte no ha respetado siquiera la forma de los cuerpos, un vasto cementerio al aire libre y un olor de podredumbre que hace aullar á los lobos de alegría, á tres leguas en redondo. Y Dios, el Dios de *de Maistre* contemplando todo esto, y exclamando con fruición: «Enhorabuena; me reconozco en este espectáculo; que se cante un *Te-Deum* solemne!»

## XII

De Maistre ha redactado en Petersburgo, sobre el borde de la mesa de un reverendo padre, el código negro de la humanidad. Maquiavelo había escrito *El Príncipe*, bajo la inspiración, todavía reciente, de César Borgia. De Maistre escribió *El Papa*, que es su tomo segundo, bajo el dictado de Loyola. En él ha vomitado su alma entera, y no se sabe qué admirar más, si la bajeza, ó la audacia que ha desplegado en su teoría del hombre humillado ante la doble tiranía del crucifijo y del sable.

Si un hombre reina, así se llame Nerón, ha dicho él, es Dios quien reina por él y con él, y es forzoso obedecer á Nerón, como á Dios mismo. El emperador da la orden de abrir el vientre de Agripina; y el centurión no tiene que hacer sino pasar el dedo por el filo de la cuchilla para cerciorarse de si corta bien, y se hallará en aptitud de llenar su deber.

Que un soberano esquilmé á su pueblo hasta utilizar su sangre; que le conduzca sin necesidad y sin excusa al matadero de la guerra, únicamente por ensalzar la gloria de su nombre con un monumento de humo, que se llama una

victoria, el rebaño no debe sino encorvar humildemente la cabeza y tender el cuello para el sacrificio: «tiéndete allí y guárdate de balar, que el amo podría oír, y esto le molesta, porque prefiere digerir en paz.»

Que un monarca en busca de distracción deje caer, desde la altura de su carroza, su mirada sobre una joven que tiene la sinrazón de ser demasiado bella, y diga una palabra al oído de su proveedor en jefe, decorado con el título de chambelán, que haga de ella, enseguida, una de sus noches de orgía, y que por la mañana la haga poner en la calle, como un pingajo de mujer, para que cualquier pasante la arroje con el pie á la corriente del arroyo, el padre no tiene más arbitrio que dar gracias á Su Majestad por haberse dignado elevar á su hija al honor de la gracia real.

Un hombre se aproxima un día al altar; se quita el guante de su mano derecha, con el fin de colocar ésta sobre un libro: es un rey que se dispone á dar una Constitución á su pueblo; y delante de todos y en voz solemne, les presta juramento de fidelidad, garantido por el Evangelio; y otro día, mientras ese pueblo duerme bajo la fe de su augusta palabra, ese mismo hombre alejado de la sombra de su palacio, y á la cabeza de su guardia, rasga la constitución que había jurado respetar, y arroja al viento sus más pequeños trozos, que recogerá el que más osado parezca.

Ese pueblo no tiene ya más remedio que combatir, ó hundirse en la ignominia; y cuando al marchar con el pecho descubierto para defender contra la insurrección de un golpe de

Estado, más que su propiedad, más que su vida, para salvar su libertad y su dignidad, el cartucho coronado le contesta con descargas por pelotón, y con cargas de lanceros.

¡Un perjurio ahogado en una carnicería! «De qué sirve ocuparse de eso? El confesor arreglará el asunto.» ha dicho un obispo.

¿Y en qué momento hablaba de Maistre en estos términos? En el momento en que los acontecimientos clamaban contra su teoría. El no tenía más que abrir la ventana y volver la vista sobre Europa: la monarquía de cada uno de los Estados no ofrecía por todas partes sino una celda de Charentón.

¿Quién acababa de reinarse en Rusia? Un loco de cuya razón no pudo juzgarse sino con un lazo corredizo de servilleta. La deposición era una necesidad, pero la muerte era una cochinería, ha dicho Beningien.... Y de Maistre respondió: «El fué sin embargo uno de los siete marranos.»

¿Quién reinaba en Suecia? Un loco de atar. Debíó habersele puesto la camisa de fuerza, pero se contentaron con conducirlo á la frontera.

¿Quién reinaba en Inglaterra? Un loco rematado; de tal manera que el Parlamento tuvo que confiar al príncipe de Gales el interregno de la monarquía.

¿Quién en Sicilia? Un aventurero enfermo de una insolación y galvanizado por una reina lujuriosa.

¿Quién en Prusia? Un monarca borracho, según afirma de Maistre, incapaz de gobernar, y que daba á su esposa las riendas del reino.

¿Quién en Cerdeña? Un imbécil que creía que el arte de gobernar era rezar el rosario.

Y en Francia ¿quién reinaba? El más loco de todos, tanto más peligroso, cuanto que era reputado generosamente como un hombre de genio. El sabía hacer sonar sus botas á la gínetá, y cuando marchaba se oía su paso de uno al otro extremo de Europa: ha mentido mucho, batallado más, y matado con exceso: ha paseado quince años consecutivos el caos de una cabeza en desorden sobre una calzada de cadáveres de seiscientas leguas de extensión, y la multitud maravillada de tanta pólvora quemada y tanta carne en putrefacción, gritaba: «¡Viva el emperador!» y le proclamaba Grande, con inscripción de este epíteto sobre un montón de cañones fundidos en forma de columna.

¡Grande! dice; pero ¿por qué? ¿Cuántos hombres han muerto? Cuatro millones á lo más, ¿no es esto? Pues yo lo desprecio; el cólera tiene todavía más genio.

Ahora bien, Dios representado en la tierra, según la doctrina de de Maistre, ó por un loco, ó por un tonto, ó por un simple, ó por un ebrio: y un pueblo entregado con ligaduras de pies y manos á éste, podría tal vez ofrecer un caso algo embarazador; pero no es solamente la demencia, la estupidez ó la embriaguez las que pueden reinar por derecho de primogenitura, ó con el número de orden de la dinastía, que también pueden hacerlo la intemperancia llevada hasta la crápula, como en tiempo de la Dubarry.

¿Habrá pues de ser forzoso arrojar una nación como pasto á una bestia bruta, ó embru-

tecida por el vicio, para que pueda, impunemente, arruinarla en todo sentido, ó á lo menos podríala como estiércol, sin razón, y sin excusa que justifique de alguna manera á ese puerco real, sólo porque su madre haya tenido el honor de darlo al mundo al estampido del cañón?

De Maistre ha previsto la objeción. El sabe que un rey loco tiene necesidad de un tutor, que un rey criminal necesita un guardián, y este tutor y este guardián los encuentra en Roma en la persona del papa, á quien constituye rey de los reyes en provecho de los soberanos como igualmente de sus vasallos. Si el monarca reina mal, el papa lo reconviene; si aquél continua, éste lo excomulga, y si, en fin, persevera, el papa lo depone. Pero ¿quién reconviene al papa mismo, y quién lo excomulgara ó depondrá en caso de otro Borgia?

Cuando se lee este libro que ha tardado ocho siglos para salir al público, diríase que se presenta el espectro de Gregorio VII salido del escotillón de su bóveda, y que vuelve el ojo cóncavo de su cráneo vacío para buscar con la mirada, al través del espacio, un mundo para siempre desvanecido en la oscuridad del siglo XII.

¿Creía, acaso, de Maistre, seriamente, que los soberanos de Europa irían presurosos, al eco de su voz, á poner su corona en el monte de piedad del Vaticano, y á pedirle en préstamo con ese gaje, un suplemento de sabiduría? Cualquiera que fuese el grado de su fanatismo, no es posible que haya podido formarse friamente una ilusión sobre esta operación de nigroman-

cia. Pero á él le tocaba tributar todo honor á la tesis favorita de los jesuitas: "el rey absoluto en su reino, el papa absoluto en la Iglesia con su derecho de alta policía sobre los demás Estados. Este soñador envejecido procuraba levantar el viejo edificio católico con todas sus piezas, sus instituciones, sus fuerzas, sus armas, sus tropas regulares y sus vanguardias de congregaciones, para rodear á Roma de una triple y cuádruple cintura de fuertes separados llamados conventos, y defendidos por guarniciones de capuchinos, cartujos, trapistas, etc.

El estado monacal era, para este hombre ciego, el ideal del cristiano, y para escribir una página en su libro se despertaba sobresaltado, y como herido por un rayo interior, oía tronar dentro de sí una voz de lo alto, y era preciso que inmediatamente repitiera las palabras que se le confiaban. "¿Quién me responde, decía él, que yo viviré mañana? Quiero escribir un pensamiento que se me ocurre con motivo de la esclavitud".

¿Cuál es ese pensamiento que se agita en su pecho con tanta vehemencia, y que tiene el temor de que quede postergado á su muerte? Hélo aquí:

"El estado religioso, escribió él, es la esclavitud ennoblecida. A la institución antigua, útil en su esencia bajo numerosos conceptos, este estado trae consigo una multitud de ventajas."

¿Cuáles? decidlas.

"Someter el monje á la vigilancia de una persona elegida."

Esa elección implica otro monje, y podría escojerse otra mejor.



«Declararlo libre hacia los otros, con los cuales no tendrá ya más que relacionarse.»

Libre, sí, pero como el prisionero que una vez bajo las verjas de su prisión no tiene ya más que tratar sino con su carcelero.

«Expeditarlo para subyugar las voluntades, todas las veces que pueda, sin *degradar* á los dominados.»

O lo que es lo mismo, todas las veces que se degrada, sin degradar.

«Hacer, en fin, á la sociedad un servicio inapreciable, descargándola del cuidado de vigilar á estos hombres, de darles ocupación y sobre todo de pagarles.»

¿No se diría al oír semejante aberración que la sociedad está compuesta de mendigos ó dependientes, que no harán otra cosa que tender la mano á cuantos pasan para pedir una limosna ó las migajas del poder?

Luego el servicio inestimable que de Maistre pretende hacer á la sociedad es desembarazar á nuestros semejantes de toda la porción sagrada de su sér, de su libertad, de su personalidad para arrojar después ese fragmento de hombre en la rejada jaula de un convento.

¡A qué grado de materialismo es preciso que hayamos descendido, para que un espíritu visionario que pasa su tiempo en correr tras sombrias elucubraciones, haya podido tan fría, tan resueltamente, al esplendoroso sol del siglo XIX exponer esta doctrina de castración del alma humana, mil veces más abominable que la del Cantor de la capilla Sixtina!

¿Y, qué? Si por uno de esos ventarrones de frenesí que pasan por las sociedades se viese

aparecer en Francia una secta religiosa tallada sobre el patrón de los Faquires de la India, porque creyese, con la horrible buena fe del fanatismo, que de todos los actos de devoción agradables á Dios, para llegar al estado de santidad, el más caro al Señor y el más digno de El, fuera cortarse las manos, los párpados, los labios, las orejas porque todos estos órganos son los conductores ó los agentes provocadores del pecado, y que suprimiéndolos, se evitará el pecado mismo, ¿podría encontrar acogida esta horrible aberración religiosa? No, que á la vista de todas esas llagas purulentas y de esos muñones sanguinolentos, se elevaría por todas partes este grito de espanto: «es fuerza concluir con esta piedad repugnante»; y todos se lanzarían á arrancar el cuchillo de las manos de esos energúmenos que son capaces de discurrir, que nada mejor pueden ofrecer á Dios que una mutilación asquerosa de su persona.

No faltarían, quizás, individuos profundamente liberales para observar, que esa devoción de los nuevos Faquires es un acto voluntario de que no tienen que dar cuenta sino á su conciencia, y que privarlos del derecho á destrozar su cuerpo, constituye un atentado á su libertad; pero no serían menos dignos de ser encerrados en Bicetre ó en la Salpêtrière esos defensores de la mutilación personal, como afectados de enfermedad mental ó corporal para que se les tratase, caritativamente, por medio del agua fría ó del sistema phenológico.

Pero, ¡cuántos Faquires de otro género se lanzan, de su plena voluntad, en accesos de fiebre ardiente de piedad, á la amputación ra-

dical de las facultades más preciosas del hombre, concentradas en su inteligencia y en su conciencia, como su primer honor en la tierra para obtener que renuncie por sí mismo á pensar y á querer, y que comprima en su propio ser todas las fuerzas activas de su destino, para que vuelva á caer en el estado de gelatina pasiva, inerte, encerrado en el cascarón de un bivalvo (1), al que no se ve sangrar la facultad mutilada! ¡Y como no se puede comprobar la infección de la llaga, se encuentra el fenómeno muy natural, se le admira en caso de necesidad y se concluye, después de todo, con hablárenos de espiritualismo!

Hay en el mundo dos clases de malhechores: unos de hecho y otros de espíritu. Los primeros son los que fuerzan las cerraduras y asaltan á los pasantes; los segundos los que manejan las paradojas y siembran doctrinas que no esperan más que una ocasión para producir crímenes. De Maistre es de estos últimos, y se puede decir, sin ofensa de su memoria, que tuvo participación, hasta después de muerto, en las abominaciones de D. Miguel y del rey Bomba.

Así, cuando se leen sus libros, que son como los ecos perdidos de la San Bartolomé, se siente el estremecimiento de cólera del justiciero, y se quisiera resucitar la antigua legislación para tener el derecho de enlavar á ese criminal de la palabra en la picota, con su libro del *Papa* colgado al cuello; pero, puesto que, gracias á

(1) Molusco de dos conchas. —N. del T.

Dios, no estamos ya en aquel ominoso tiempo, es muy justo, al menos, que ese Némesis que se llama la Historia le agarre la cabeza y se la conserve sumergida en la inmensa cuba de sangre que ha hecho derramar.

Y, sin embargo, de Maistre ha sido el doctor de la grande evolución católica de que hoy somos testigos. Pío IX no ha sido sino su ejecutor testamentario; y el *Silabus*, el libro del *Papa* escrito en latín.

La Iglesia ha hecho de de Maistre el décimo tercio Apóstol del Evangelio; ella lo edita y reedita en grueso y en pequeño volumen; ella lo recomienda y lo esparce con profusión. De Maistre corre así, y penetra por todas partes, en el rectorado, en el obispado, en el grande y en el pequeño seminario. La Compañía de Jesús lo ha tomado bajo su protección, y no hay uno solo de sus elogios en donde ella no lo ofrezca como premio, ó como libro de lectura; y en menos tiempo del que un cometa emplea en hacer su evolución, el nombre del teólogo saboyano llega á constituir la palabra de orden del clericalismo.

Sus obras son otros tantos depósitos de armas en que todos los combatientes regulares ó seculares de la Iglesia van á desentrañar argumentos ó invectivas contra la filosofía; si es en forma de sermón, es de Maistre quien lo predica; si se hace en forma de mandato, es de Maistre el que lo ha dictado. Se le creía muerto, porque su tumba estaba á la vista en una iglesia de jesuitas, pero hé aquí que un día esa tumba estalla por el medio y vuelve á vomitarlo al mundo; y no es ya, entonces, un cuerpo de hom-

bre, ni tampoco una sombra, es un culto nuevo, es el último Avatar (1) de la Iglesia.

(1) Nombre que los Seindoux daban á las encarnaciones de su dios Vichnou.—N. del T.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

### XIII.

Un papa infalible había suprimido la orden de los jesuitas en 1773, porque ellos eran los trastornadores de la Iglesia; y otro papa los restableció en 1816, porque eran los más hábiles remeros de la barca de San Pedro. Cuando los jesuitas se restablecieron públicamente, después de un eclipse de cincuenta años, conocieron muy bien que una sociedad nueva había surgido en ese intervalo. La filosofía del siglo XVIII había hablado, la fe había cambiado de lugar entre los mortales, y les era preciso cambiar, á su vez, de táctica, para retener lo que quedaba aún de Catolicismo.

Era, ciertamente en apariencia, el mismo dogma, y en realidad, el mismo culto, el propio tabernáculo sobre el altar, igual campaneó á la hora de la misa, la capa misma del sacerdote, la propia fabricación de Dios en la eucaristía, igual asistencia de rodillas y cabeza humillada en el acto de la elevación: el ritual no había variado, ni en una fórmula, ni en la más leve pantomima. Sólo el creyente había cambiado, pues desde luego, no creía ya, ó creía muy poco.

La revolución francesa había deshecho el lazo de unión entre el poder religioso y el poder civil. El brazo secular no se hallaba ya á las órdenes de la Iglesia para anonadar la herejía; y el mundo mismo no era, entonces, bastante religioso para convertirse en herético; prefiriendo mantenerse en la indiferencia ó en la incredulidad.

El Catolicismo tenía, pues, que tomar un nuevo punto de partida para reconquistar una sociedad que se le escapaba cada día más, tanto por su instrucción, como por el soplo irresistible del siglo que arrastraba en su torbellino, hasta los más refractarios espíritus. ¿Qué era lo que quedaba al Catolicismo después de celebrada la santa alianza, que no fué otra cosa que la reconciliación de una hora de todas las religiones cristianas, griega, romana y reformada? Le quedaba sólo, en cuanto á personal, todo lo que no piensa ya, todo lo que no piensa y todo lo que no ha aprendido todavía á pensar, es decir, el anciano, la mujer y el niño; y sobre este triple elemento era que el jesuitismo tenía que operar para llevar á efecto la repoblación de la Iglesia.

Esta había envejecido diez siglos en cincuenta años; tocaba á su término por haber desconocido que la ley de la vida es una regeneración continua, que hace de todo cuerpo vital, un ser siempre igual, pero al mismo tiempo nuevo. El Catolicismo resucitado del osario de las Catacumbas con un lienzo ensangrentado en la mano, correspondía exactamente al cataclismo de la invasión bárbara.

La Edad Media no había sido sinó el pro-

longado *Miserere* de los pueblos, una madrugada social en que el débil no podía sinó levantar los ojos al Cielo, para buscar allí un recinto habitable. La tierra no era sinó un valle de aflicción, y la Iglesia sólo una religión lagrimsosa, en éxtasis ante un cráneo, para que, lo que se encontrase mejor, en este mundo, no fuese vivir, sinó morir. La Iglesia católica hizo, pues del hombre un cadáver movable, autorizado, todo lo más, para trabajar y orar, pero no trabajar para el mejoramiento de su existencia, sinó para expiar el pecado de su nacimiento. Ni ciencia, ni industria, ni comercio, ni nada que le fuese necesario para poder presentarse ó pertenecer á un Estado civilizado; únicamente la gleba ó la tierra sin pasto ni cultura, para que el Barón, desde la altura de su señorío, pudiese sacar el diezmo del trabajo, y el monje llenar su escarcela.

Los lobos aullan en la oscuridad de los bosques; los vientos rechinan al través de las ramas oscuras cubiertas de escarcha, y las poblaciones bloqueadas por chozas de tierra, cubiertas con paja se figuran oír el paso lejano de las legiones aéreas de vampiros y demonios. La Iglesia católica había hecho del mundo un lazareto, en que el cristiano nada podía hacer sinó gemir, golpearse la cabeza sobre una piedra, y hacer que brotase su sangre con las puntas del cilicio.

El piadoso desaseo de la gran truanería del claustro, en donde pululaban confusamente los monjes y toda clase de bichos, había refluído sobre aquella sociedad aglomerada, y producido esa infinidad de enfermedades contagiosas; la

peste negra, la lepra, la sarna, y hubiérase creído alcanzar el fin del mundo sobre un montón de basura.

El Dios más apropiado para semejante estado del alma no podía ser otro que el Cristo en cruz clavado en su madero, con la cabeza colgando sobre el pecho, la frente coronada de espinas, la herida de lanza al costado con un surco de sangre por el flanco, que tal era el Dios de la Edad Media, el Dios del sufrimiento y de la agonía. Se experimentaba cierta alegría lúgubre en besar los instrumentos del suplicio como otras tantas insignias de la Divinidad; los clavos, los martillos, las tenazas, la esponja empapada de hiel y vinagre; y desde el momento en que se contemplaba al Salvador en sufrimiento, se consideraba el creyente en intimidad más estrecha con él, por el lazo del dolor.

Un día, sin embargo, había de venir en que el hombre debía salir de esa larga pesadilla. El alma luminosa de la Grecia depositada en Constantinopla vuelve á Italia, y de allí se desborda sobre toda la Europa. Europa vuelve á poseerse del espíritu de vida, se lanza á respirar, pensar, sentir, navegar y fabricar para ennoblecérse ó para regocijar la existencia. Hace vela para América, abordea en Asia por la ruta del Cabo, extrae de allí oro, plata, seda, clavo, canela, café y todos los brebajes ardientes de los trópicos, más á propósito para alentarlos, que para ayunar y gemir.

No era ya posible reinstalar á la humanidad, emancipada en lo moral y en lo físico, en la antigua sala penitenciaria de una religión que sólo exigía del hombre que padeciese volunta-

riamente en interés de su salvación. El mundo había tomado el hábito de vivir, y encontraba que vivía bastante bien para tener el derecho de reconciliarse con la existencia. El raso, el terciopelo, los encajes, el salón, la ópera, la cena; en una palabra, todo lo que era, en otro tiempo, impulsado por el demonio había cambiado las condiciones del Catolicismo. San Luis podía haberse hecho antes, vapular por su confesor; pero era dudoso, entonces, que una elegante consintiese, al regresar del baile, en recurrir á ese sistema de salvación. El Catolicismo tuvo que capitular, y el jesuitismo firmó el tratado. Al Dios que ya no pertenecía á la estación del Gólgota, substituyó, dulcemente, un Dios de composición, que no podía estar mejor preparado para conversar de amor, y hacer cambio de galanterías con una religiosa visitandina.

Había, al principio del siglo xviii, en un convento de Paray-le-Monial, una visionaria con el nombre de María Alcoque, que, desde la edad de cuatro años, consagró su virginidad á Dios, lo cual indica una imaginación precoz. Tenía bajo su guarda la borraca del convento, y no le gustaba el queso; pero Jesús, que ya la había tomado afecto, quiso que lo comiese, y ella empezó á gustarlo. El ensayo dió buen resultado; y Jesús, después de haberla aguerrido bastante en el sabor del queso la ordenó que comiese otra cosa que hubiera corrompido hasta la gamella de una marrana. La monja ejecutó esta vez, también, la consigna con la mayor humildad, y con la boca llena de excremento, exhalaba suspiros de ternura dirigidos al amante con quien quería casarse, pero á condición, to-

davía, de que la sometiese á una nueva prueba.

«Yo estaba en tanta delicia», dijo ella en su confesión que la menor suciedad me hacía palpitár el corazón. Jesús se posesionó tan fuertemente de mí, que, en una ocasión, queriendo limpiar el vómito de una enferma, no pude privarme de hacerlo con la lengua, diciendo á Jesucristo: «si tuviese mil cuerpos y mil vidas, los inmolaría al placer de hallarme esclavizada á Vos, ¡oh mi divino esposo!»

Jesús que parecía satisfecho de la ofrenda de su esposa, visitaba con regularidad á María Alcoque, y una noche le abrió su pecho, diciéndole; «quiero hacerte leer en el libro de vida, donde está encerrada la ciencia del amor.» Y le mostró su corazón, en el cual ella vió estampada esta leyenda: «Mi amor reina en el sufrimiento, y triunfa en la humildad; hé aquí mi llaga para que hagas de ella tu morada actual y futura; pero te es necesario amar, como no sea posible hacerlo más, sin otra voluntad que la que me ofrezca el mayor placer.»

No podía hacerse una donación más completa de su persona: y después de esta declaración, Jesús pide á la monja un cambio con ella, un contacto de corazón contra corazón. María Alcoque le ofrece el suyo con arrobamiento, y ruega al Señor se sirva tomar posesión de él. Jesús lo recoge entre el pulgar y el índice y lo coloca en su pecho, y María pudo contemplar, entonces, su propio corazón perdido en el de su «amante, como un átomo en medio de un brasero.»

El Señor retiró, un instante después, este átomo ardiente, y lo restituyó al seno de la

Beata, diciéndole: «Hé aquí, mi bien amada, un gaje precioso de mi amor, que te consumirá hasta el último momento.»

María Alcoque, en prueba de reconocimiento, graba el nombre de su adorado sobre su seno izquierdo, esta llama amorosa se cierra; pero la santa enciende una vela y, con su ardorosa flama, inscribe de nuevo en su pecho el nombre de su esposo. Este no tenía ya nada que rehusarle, pues si hasta entonces, no se le había presentado sinó en espíritu, quiso aproximársela cuerpo con cuerpo, y tocarlo conforme á la naturaleza.

«Me abrumaba con sus caricias» dice la loca de Paray-le-Monial, «como el amante más apasionado de amor... Yo suprimo los efectos que esto producía en mí,» añade ella, «por pudor» = «Jesús» dice en otro lugar, «me dió á entender que me daría á gustar lo que El más dulce poseía de las caricias de su amor; y en efecto, que fueron tan extensas, que me ponían frecuentemente toda fuera de mí misma, y en tan profundo abismo de confusión, que no me atrevía á dejarme ver.»

Esta Ménade del claustro entregada así, como fuera, al Dios de su imaginación, se encenegaba deliriosa en el antro de los éfluvios eléctricos de su cerebro, hasta que, en fin, el torpedo interior, ya próximo á explotar, vuelve á caer enervado y vacío, sobre ella misma, y en las últimas convulsiones y los postreros espasmos de una lubricidad mística, rinde las armas hasta cierto punto, y exclama al mismo tiempo triunfal y dolorosamente. «Suspended, ó Dios mío, estos torrentes de delicias que me anonadan,

ó aumentad mi capacidad para recibirlos.»

El celeste amante más y más enamorado de su querida, porque comió excremento y bebió aguas inmundas, hizo de ella su legataria universal ante notario; la elevó hasta el rango de mediadora entre el cielo y la tierra, y la trasfirió su misión de Mesías; pues bajo su dictado fué como ella escribió un quinto Evangelio en que reveló al mundo la nueva encarnación de la divinidad en el *Sagrado Corazón*.

¿Qué era en realidad el culto nuevo, sinó el antiguo culto de Pallas, disfrazado sin duda y colocado en el piso superior para ostentar la delicadeza de un misticismo refinado que nada quiere oír sinó con la condición de que se hable en el idioma ya convenido? Penetrad en el fondo de ese culto, y ¿qué encontraréis?

Cuando el arzobispo Scipión Ricci preguntó á una religiosa inflamada de Prato, porqué habia hecho un uso obsceno de la hostia consagrada: «Es,» respondió ella, «porque yo creía en la presencia real.»

¿Quién era, empero, el confesor de María Alacoque? Era un jesuita, el reverendo padre la Colombiere. Y ¿qué pasó entre esa mujer histérica y ese celibatario fermentado? Sólo el Dios de las sombras puede saberlo.

La devoción del *Sagrado Corazón*, esta exhalación insana de un desorden sexual, repercutida en el cerebro de una mujer visitandina, tenía en el pensamiento de la Compañía de Jesús, una adhesión íntima con el culto de María. El *Sagrado Corazón* de la Virgen, iba, muy pronto, á ocupar un lugar fronterizo al *Sagrado Corazón de Jesús*.

## XIV

El Dios cristiano es un Dios en tres personas. El Padre no es ya, á decir verdad, sinó un Dios honorario, porque ni se le tributa culto, ni se le erigen, siquiera, capillas: el Espíritu Santo no figura, sinó por memoria en la Trinidad. El Cristo concluyó por acaparar la Iglesia, y tiene, con justo título en nuestra opinión, sobre Jehová la superioridad del Evangelio sobre la Biblia. La Biblia recortada; el Evangelio alargado. La primera, con la talla de la Judea; el segundo, con la de la humanidad.

Tal sociedad, tal religión. El hombre ha hecho siempre á Dios, á su imagen. A una sociedad agonizante que no aspecta vivir sinó para sufrir, le es necesaria, como hemos dicho, un Dios que, por sí mismo, haya sufrido; y bajo este concepto, el Cristo en la cruz convenia á la Edad Media; pero no era conveniente, de la misma manera, á la sociedad moderna que habia hecho del trabajo, otro redentor, y del bienestar, otro paraíso.

El jesuitismo ha sentido la necesidad de desarrollar el dogma del siglo XIII, acomodándolo á una cristiandad enriquecida que está ganosa

ó aumentad mi capacidad para recibirlos.»

El celeste amante más y más enamorado de su querida, porque comió excremento y bebió aguas inmundas, hizo de ella su legataria universal ante notario; la elevó hasta el rango de mediadora entre el cielo y la tierra, y la trasfirió su misión de Mesías; pues bajo su dictado fué como ella escribió un quinto Evangelio en que reveló al mundo la nueva encarnación de la divinidad en el *Sagrado Corazón*.

¿Qué era en realidad el culto nuevo, sinó el antiguo culto de Pallas, disfrazado sin duda y colocado en el piso superior para ostentar la delicadeza de un misticismo refinado que nada quiere oír sinó con la condición de que se hable en el idioma ya convenido? Penetrad en el fondo de ese culto, y ¿qué encontraréis?

Cuando el arzobispo Scipión Ricci preguntó á una religiosa inflamada de Prato, porqué habia hecho un uso obsceno de la hostia consagrada: «Es,» respondió ella, «porque yo creía en la presencia real.»

¿Quién era, empero, el confesor de María Alacoque? Era un jesuita, el reverendo padre la Colombiere. Y ¿qué pasó entre esa mujer histérica y ese celibatario fermentado? Sólo el Dios de las sombras puede saberlo.

La devoción del *Sagrado Corazón*, esta exhalación insana de un desorden sexual, repercutida en el cerebro de una mujer visitandina, tenía en el pensamiento de la Compañía de Jesús, una adhesión íntima con el culto de María. El *Sagrado Corazón* de la Virgen, iba, muy pronto, á ocupar un lugar fronterizo al *Sagrado Corazón de Jesús*.

## XIV

El Dios cristiano es un Dios en tres personas. El Padre no es ya, á decir verdad, sinó un Dios honorario, porque ni se le tributa culto, ni se le erigen, siquiera, capillas: el Espíritu Santo no figura, sinó por memoria en la Trinidad. El Cristo concluyó por acaparar la Iglesia, y tiene, con justo título en nuestra opinión, sobre Jehová la superioridad del Evangelio sobre la Biblia. La Biblia recortada; el Evangelio alargado. La primera, con la talla de la Judea; el segundo, con la de la humanidad.

Tal sociedad, tal religión. El hombre ha hecho siempre á Dios, á su imagen. A una sociedad agonizante que no aspecta vivir sinó para sufrir, le es necesaria, como hemos dicho, un Dios que, por sí mismo, haya sufrido; y bajo este concepto, el Cristo en la cruz convenia á la Edad Media; pero no era conveniente, de la misma manera, á la sociedad moderna que habia hecho del trabajo, otro redentor, y del bienestar, otro paraíso.

El jesuitismo ha sentido la necesidad de desarrollar el dogma del siglo XIII, acomodándolo á una cristiandad enriquecida que está ganosa



de creer, pero que no se desdena de gozar. Ha separado el Cristo halagador, y no ha conservado sino un trozo que adora bajo el nombre de *Sagrado Corazón*, sustituyendo, á la sordina, el culto de María al culto de Cristo. Una diosa le ha parecido que sería más agradable. El niño podía ver en ella su madre, la mujer contemplar allí la apoteosis de la mujer, el anciano, todavía más que ver, volver á ver en imaginación; porque hay en todo corazón ya adormecido, un resto de ceniza caliente, y ésta es la que el jesuitismo remueve, y sobre la que sopla para revivirla.

«Si María no es hija natural de Dios,» dice el padre Eusebio Nieremberg, «puede titularse, su hija adoptiva. La Trinidad ama á la madre de Dios, no sólo porque el Padre Eterno la considera como su hija, el Hijo como su madre, y el Espíritu Santo como su desposada, sino porque todos tienen á María como el lazo común de las tres personas Divinas en el paraíso, donde todos ellos se solazan y se divierten.» En fin, María, según la opinión del reverendo padre, se aproxima tan de cerca á Jesús, que le sirve de antifaz, en más de un concepto, y cuando se levantan los ojos al cielo, no es ya á él á quien se contempla, sino á ella.

Los jesuitas han derivado de esto, por un sesgo forzado de aritmética, una cuarta persona de la Trinidad, y debemos confesar que ella tiene el derecho de contar por cuatro, según la manera con que se prodiga desde que está delegada para hacer milagros.

Una señorita de edad respetable y de jocoso humor escala, un día, una montaña *del Delfi-*

nado, vestida de amarillo, con una mitra de igual color en la cabeza, y se presenta de improviso á un joven pastor y á una pastorcilla, diciéndoles en francés, que su hijo está descontento de los delfineses, porque comen de carne los viernes. Los niños menean la cabeza porque no comprenden el francés.

Entonces la buena virgen les anuncia, en patuá, que las nueces serán vanas aquel año, en castigo de los pecados cometidos en el departamento de Ysere. Los niños, al volver á la aldea, refieren la aparición de la dama color junquillo, y hé aquí el milagro realizado, sin que quede otra cosa, que explotarlo.

El clero construyó una capilla en el recinto del milagro, bajo la invocación de Nuestra Señora de la Saleta; y se llamó á la multitud en peregrinaje. Había, según se dice, un manantial seco en las inmediaciones; el paso de la santa virgen despierta la náyade adormida, y el agua empieza de nuevo á brotar. Los empresarios del milagro la colocan en botellas, y la venden á cinco francos una, para el consumidor.

El emplazamiento escogido por la madre de Dios era demasiado alto en la montaña, y el camino de hierro se hallaba muy distante. Había ventaja en trasportar el milagro á la llanura, al pié de los Pirineos, y se situó al alcance de esas numerosas emigraciones de enfermos vacilantes que acuden, cada año, á tomar aguas termales, y un nuevo abono para recobrar la salud.

Una mujer casada se paseaba una tarde por la campiña de Lourdes al brazo de un oficial de caballería; hizo el encuentro de una joven va-

quera que hubiera podido charlar, y con el fin de cerrarle la boca, la dijo con un tono inspirado: «yo soy la virgen Maria;» y hé aquí un segundo milagro realizado en condiciones hidráulicas más ventajosas que el primero: la fuente de Lourdes produce un volumen de agua infinitamente superior al manantial de la Saleta; y el clero construye encima de la colina una iglesia monumental, como para escribir, en letras mayúsculas, la autenticidad del milagro.

Los muros de la capilla y las paredes de la fuente ostentan á las miradas los ex-votos de todas las enfermedades incurables, sanadas por la virtud siempre milagrosa de la fuente; y en fin, tres ó cuatro conventos surgen instantáneamente del suelo á la cima de las inmediatas alturas, como otros tantos testigos de piedra labrada, apostados para certificar la residencia, como puesto fijo, de la Virgen en el valle de Lourdes, y donde los trenes de placer de la compañía del medio día descargan constantemente caravanas de peregrinos.

Dios ha cambiado de sexo: era hombre, y helo aquí mujer. La fiesta de Cristo no dura sino un día; y la fiesta de Maria se extiende á todo un mes; y ¿qué mes? El más florido, el más embalsamado por el jazmín y las rosas, para ofrecer en este culto de la diosa, una ciencia profunda del corazón humano.

El culto de la Virgen lo ha invadido todo, y todo lo ha absorbido en el mundo devoto. Las calles, las plazas, los paseos rebosan de muchachos consagrados á la Virgen, blancos de la cabeza á los piés, blancos de vestido, de calzado, de peinado.

La antigua religión tenía su majestad, el jesuitismo ha hecho de ella una superstición, porque sólo con la superstición puede operarse sobre la debilidad ó sobre la decrepitud. Pero el culto, para el jesuitismo, no es más que un medio; el fin es la dominación. El fija su vista, antes que todo, en el poder; y todavía más, el poder universal, porque la secta de Loyola es el elemento más internacional que ha existido jamás. El jesuita, lo hemos dicho ya, no es ni francés, ni inglés, ni belga, ni chino, ni cochinchino: es sólo jesuita, y por serlo solamente, es el contrapié de la civilización. El quiere convertir la humanidad al estado de inocencia del Paraguay.

Hace ya ochenta años que la Europa se ha desconcertado, y sigue trastornándose cada día más. En otro tiempo, casi no había producción, hoy se produce; apenas se pensaba entonces, y hoy se reflexiona. El reino del trabajo atrae al de la inteligencia; el de la inteligencia impulsa al reino de la libertad; y este último, arrastra consigo el triunfo de la igualdad; pero este desencadenamiento de poder irrita todo cuanto existía, más ó menos, con carácter de monopolio.

El jesuitismo, no puede rehusársele este mérito, tiene el don de la progenie á la vez religiosa y mundana. El ha recogido todos los espíritus morosos, todos los descontentos de la Revolución, todos los enemigos de la libertad, todos los lisiados del privilegio, todos los poltrones del pensamiento, todos aquellos, en una palabra, que temen mirar de frente á su siglo, y vuelven atrás la cabeza; él los ha asociado, y

reunido en cuerpos, bajo la designación de partido conservador, ó con más propiedad nombrado, *partido clerical*.

Estos enemigos de la vispera, que volverán á ser los enemigos de mañana, no pudiendo encontrarse en ninguna otra parte, se dan cita para la iglesia. Pero este movimiento de reacción religiosa no data de hoy, y es preciso remontarnos á más remota fecha, para comprender bien su alcance.

En el siglo xviii, la nobleza dió el primer impulso á la incredulidad. La filosofía predicaba en los salones, y empezó la conversión de la Francia por los marqueses. Se consideraba como más completo hidalgo ó castellano, según la rechifla que se hiciese del cristianismo. Los primeros jacobinos que prepararon teóricamente la Revolución, eran barones, condes, príncipes, reyes mismos, amigos, corresponsales, protectores y protegidos de D'Alambert, Rousseau, Diderot y Voltaire. Ferney daba la lección á toda la Europa.

«Yo me privaría menos de trabajadores que de filósofos,» decía el emperador José II al abate Carti. «Acabo de visitar conventos de religiosas, y mientras que llegue la hora de suprimir estos establecimientos de piadosa inutilidad, envío á las santas jóvenes que los habitan, suspirando, ¿sabéis qué? piezas de tela para que hagan camisas á mis soldados.»

La antigua gerarquía monárquica y nobiliaria era, pues, francamente incrédula, desde el trono hasta el último castillejo, convertido en palomar. La Enciclopedia, esta impiedad de tan elevado precio, no había, casi, encontrado lec-

tores, sino en las residencias señoriales; y cuando, más tarde, el terror hizo arder los castillos, lo ejecutó con las hojas destrozadas de la Enciclopedia.

La burguesía, por el contrario, era generalmente devota, sobre todo en provincia; su piedad podía ser sospechosa de Jansenismo, pero no parecía menos fuertemente adherida á los dogmas de la Iglesia. La familia burguesa le hacía modestamente su saludo formulario, sin prestar oído al murmullo lejano de la Filosofía. Algunos años después, la Revolución, hija de la Enciclopedia, llegó, para destruir las instituciones diez veces seculares del vandalismo, para vender en subasta los bienes amortizados y amonedarlos en las manos de los siervos antiguos, para suprimir, en una sola noche, los diezmos, los censos, las innumerables exacciones de los señores, inutilizar los privilegios de nacimiento, romper los blasones y hacer encorvar todas las frentes bajo el nivel de la igualdad.

«¿Qué hizo la nobleza?» Por la misma razón que se pasó, en el siglo xvi, del catolicismo al protestantismo, y en el siglo xvii, del protestantismo al catolicismo, se agarró al girón de la Iglesia, en odio al principio democrático que antes la había despojado de sus privilegios. La religión, batiendo palmas al ver á semejante arrepentida á sus plantas, hizo alianza con ella, y combatió bajo la misma bandera, contra la clase emancipada y enriquecida por la Revolución. Y á consecuencia de este contrato de unión, la burguesía, hasta entonces religiosa, al ver á la Iglesia renegar de la Revolución, negó á la Iglesia.

La burguesía volvió á apoderarse, en tiempo de la Restauración, de todos los argumentos de la hidalguería volteriana contra la doctrina del cristianismo, llegó á ser marquesa bajo este concepto, é hizo burla de los refranes de Béranger. Ella reimprimió y distribuyó el *Diccionario filosófico*, en todos tamaños y bajo todas las formas; dió silbas á la piadosa mascarada de las misiones, y alentó, con el buen éxito de las ventas, que es el sufragio de los escudos, todas las publicaciones hostiles al catolicismo. El partido del pasado quiso volver á encauzarlo en el régimen del privilegio, de acuerdo con la religión, y ella abjuró de la religión para escapar del régimen antiguo.

Durante esta lucha del liberalismo contra la Iglesia, el pueblo, especialmente en los campos, se mantuvo creyente, porque como no estaba directamente interesado en la querrela de los nobles y burgueses, guardaba modestamente la fe de sus padres que descansaban á la sombra de su campanario.

Algunos años después, la revolución de febrero suprimió el monopolio político de la burguesía, con tanta facilidad, y por la misma razón con que la burguesía había suprimido los privilegios de la nobleza; y, entonces, la clase media, humillada por su derrota, tendió sus manos, calientes todavía con sus aplausos, á la incredulidad respecto de la religión que se consideraba siempre vencida cada vez que se realizaba una victoria por la democracia.

La burguesía y la Iglesia firmaron un tratado de seguro mutuo; y asociaron por primera vez, con gran sorpresa del Evangelio, á la riqueza

con la religión. La riqueza votó por la religión, y la religión por la riqueza, y á fin de que resaltase la jubilación absoluta de Israel en esta nueva alianza, M. Rothschild hizo un empréstito de algunos millones al papado.

Pero el pueblo, hasta entonces, simpático á la Iglesia, porque ésta imprimía cierta dignidad á su vida, aunque no fuese sinó con tocar la campana para su bautismo ó su matrimonio, viendo al clero desertar de su propia creencia, levantar la espada de su palabra en favor del rico contra el pobre, y por una amarga irrisión, en nombre del Dios de los pobres, hacer de un Cristo que no poseía ni siquiera una piedra para reposo de su cabeza, el Dios de los banqueros, empezó, desde entonces, á revindicar por su propia cuenta todas las dudas, todos los sarcasmos que la aristocracia primero, y la burguesía después, le habían legado. El releyó el Evangelio en la traducción del socialismo; y con la Escritura en la mano, proclamó la irreligión del clero.

«Es preciso encamallar la incredulidad,» ha dicho de Maistre, y esa sola expresión es el complemento de aquella otra palabra del mismo escritor: «¿qué cosa es eso, sinó un pueblo? Un rey es una aristocracia.» Y siendo esto así, la religión no será en lo adelante sinó un artículo de buen tono como un palco en la Ópera, ó un pasco por el bosque de Bolonia. ¿Cuántos cuarteles de nobleza, ó rentas sobre el Estado serían necesarios para tener el derecho de adorar al Dios de humildad y de pobreza? No podrá por tanto dirigirse nadie al paraíso sinó en callesa descubierta: y la penitencia de las Magda-

lenas de alta aleurnia deberá hacerse con vestido de terciopelo guarnecido de encajes y collar de diamantes ceñido á un cuello artísticamente preparado para ser mejor admirado por los observadores.

Cuando suena para un hidalgo vulgar la hora de enviar su hijo á un colegio, él, de acuerdo con su familia, lo entrega á un establecimiento de la Compañía de Jesús. El educando recibe allí una instrucción cualquiera: mucho latín, un poco francés, un poco de aritmética y algo de geografía, con la suficiente noción de historia para haberla olvidado á los tres cuartos de hora. Sale, pues, de allí sin saber una palabra de filosofía, y mucho menos de ortografía, diciendo para sí, que, después de todo, la ortografía no es más que la memoria del ojo, y que en otro tiempo un caballero no tenía nada que envidiar, bajo este concepto, á su cocinera; pero, en revancha, se le ha enseñado á repetir veinte veces al día *Deo gratias*, y á escribir, de cuando en cuando, una carta á la Virgen María.

Practicada su emancipación del colegio ¿se dirige acaso, al laudable fin de dar testimonio de su progreso, á pagar su deuda á la sociedad, á entrar en el gran laboratorio nacional de la ciencia, del arte ó de la industria? Nó, porque creería degenerar, convirtiéndose en un Laplace, James Watt, Mozart ó Dupuytren. La ociosidad le parece la principal prueba de nobleza, y cuando más, consiente en tomar servicio en el ejército, ya que, en otro tiempo, matar ó ser muerto era el oficio por excelencia.

Monta á caballo, caza, fuma, juega y el mejor empleo que hace de sus noches es pasarlas al

borde de un tapiz verde; y le sucede algunas veces, en horas de ardor juvenil, pagar su cuota proporcional de los gastos de cierta Cleopatra de Vandeville que se presta á tener en los entreactos de su retrete, espíritu para dos, y distraerlo de sus efervescencias, por dinero contante, sobre el crédito abierto al caballero por un usurero.

Llega la muerte del padre, pero deja un patrimonio tan mellado, que el heredero no puede aceptarlo sinó á beneficio de inventario. Busca, entonces, para casarse el ideal de la mujer: encuentra un millón, y se casa con él, gracias á la agencia matrimonial á cargo del clero. No hay en el convento heredera alguna que no sea conocida, ni deje de estar destinada á un barón, en las manos de los ugières. ¿Cuál es, por otra parte, la hija de un tendero enriquecida y educada en la esquisita tela del *Sagrado Corazón* que no sueñe estampar aunque sea una corona de vizcondesa sobre una hoja de papel de carta, y dar á luz un vizconde?

Cuando el marido de la partícula, ha recibido la dote ganada en la zurcidura ó filatura de sus piadosos agentes, da curso á todos sus gustos de arqueología y gazmoñería de la Edad Media. Restaura el muro feudal con frecuencia desfigurado por un abuelo menos anticuario para dar comodidad á las habitaciones, demuele techos para alterar las canales, rehace las ventanas para cambiarlas en ojivas, suprime los techos de yeso para reemplazarlos con vigas al descubierto y pintarlas de azul marino sobre blanco argentado, y cubre de nuevo sus paredes con tapicerías que parodian pieles de Córdoba.

Después de haber convertido de esta manera la mansión hereditaria en la ortodoxia de estilo gótico más puro, la amuebla cual otro museo de Chuncy, amontona en él un pot-purri de cofres, aparadores, escabeles, credencias, pilas de agua bendita, esmaltes, porcelanas, dipticas, tripticas, ballestas, arcabuces, halcones, etcétera, etc., lee su periódico, cuando alguno recorre, al pie de los retratos de barba larga y á la sombra de las armaduras de los antiguos caballeros reunidos sobre el malecón ferrado, y levantando los ojos hacia esas reliquias de otra época, dice para su interior: ¿ese si que era buen tiempo!; después contempla amorosamente una litografía del conde de Chambord, y suspira: ¿por qué no he tener yo un hijo para bautizarlo con el nombre de Enrique? Pero á falta de aquél, y no teniendo sinó una hija, la hace nombrar Enriqueta.

Hé aquí lo que la educación clerical ha llegado á hacer del hombre nacido hidalgo: un yo no sé qué, un sér oscurecido, rebajado, nulo para la ciencia como para el trabajo, un joven anciano de seiscientos años, sin patria en su siglo, esta patria del tiempo no menos sagrada que la del territorio; y ese digiere, ó bosteza, ó distrae su hastio de la perrera á la caballeriza, sin tener otra necesidad que satisfacer que un perro corredor de Saintonge, ó un caballo alazán dorado, y ese se remueve, habla, se le oye, se cree sentir su voz y no se escucha sinó la nota cavernosa de un ataúd en el fondo de una fosa. La muerte podrá recoger de nuevo á este escapado de la tumba, pero ella no encontrará nada de nuevo en él.

## XV

Juan Mastai era un hidalgo romano. Sirvió primero en el cuerpo de guardias nobles; pero tuvo un día un ataque de epilepsia; tomó las órdenes, y se fué á predicar en las Pampas Americanas, con el objeto de cambiar de aires en favor de su salud.

Llegó á ser, más tarde, director de hospital, prelado, obispo, arzobispo y cardenal, y un azar de escrutinio hizo de él, en el mes de mayo de 1846 el papa que debía ser el enterrador del papado.

No es que Pío IX haya sido el mismo hombre sobre la Santa silla. Hubo á lo menos dos papas en él, y el segundo ha sido el renegado del primero. El primero empezó por ser un beato de liberalismo. El no podía comprender porqué el pueblo romano tocaba serenatas al pie de sus ventanas, y arrojaba flores á su paso; y fueron necesarios ramilletes de flores á montones, y sonatas de bulliciosa armonía para que Roma creyese realizada lo que ella llamaba, su revolución amorosa.

Cuando después de la revolución de febrero, todos los tronos temblaban ó se conmovían en

Europa, la Italia, de un extremo al otro de la península, lanzó su grito de guerra contra el Austria. «Fuera de aquí el extranjero.»

Pío IX agarró con las dos manos la campana de la Iglesia de San Pedro, y fué el primero que tocó el somatén de la guerra de la independencia: pero una vez empeñado el combate, Pío IX retiró sus tropas del fuego diciendo, «la Iglesia tiene horror á la sangre.»

Rossi pagó con su vida la defección del Santo Padre. Pío IX no podía ya reinar sobre un pueblo que destituía un ministro con una puñalada, y podía emplear el mismo proceder respecto del soberano. Poseído de un sentimiento de humildad cristiana, seguramente meritorio, teme ceder á la demasiado gloriosa tentación del martirio. ¡Valor, Santo Padre! Hé aquí llegado el momento de huir: y en efecto; el día siguiente protegido por las sombras de la noche, Pío IX se escapaba, á brida suelta, por el camino de las ciénegas pontinas, con un sombrero redondo en la cabeza, y levita á la última moda, dando el brazo á la condesa de Spaur, que se hallaba llena de emoción al ver un papa disfrazado de burgués.

Algunos meses después, Luis Bonaparte lo restituyó á su capital, y al regresar, con el labio tembloroso de cólera, por la brecha aun humeante del asalto dado por el ejército francés, publicó una lista de proscripción bajo el seudónimo de amnistía. El verdugo estaba de plácemes: porque se le proveía de lo que necesitaba.

Llegó un día, entre otros, en que una mascarada de penitentes negros llevaba el ejecutor

dos romanos para decapitar. Estos marchaban al suplicio en medio de dos monjes que á cada instante les presentaban un crucifijo á besar.

El primero que subió á la plataforma pasó la cabeza por el hueco mortífero; el ejecutor aflojó una cuerda, y el hacha cayó. Pero cuando llegó su turno al segundo, la cuchilla llenó mal su función, y la cabeza, después del corte, quedó adherida al cuerpo, siendo necesario que el verdugo acabase de desprenderla con su hacha. Había, durante este tiempo, en el interior de un oratorio del Vaticano, un anciano vestido de raso blanco que murmuraba una oración, de rodillas, ante el santo copón por la salvación de los dos condenados.

Ellos estaban acusados de conspiradores, por haber pretendido hacer saltar un cuartel; se les había mantenido durante un año aprisionados, y después de haberlos juzgado en secreto, se les había guillotinado en público.

Aunque estuviese probado que la justicia social tenga el derecho de hacer derramar la sangre de las venas del asesino, hay un gobierno en el mundo, uno sólo que jamás tendría el derecho de invocar esa ley del Talió: y ese es el gobierno de Roma, mitad juez, y mitad confesor, y por tal motivo, producto de la esencia misma del catolicismo, donde es ley suprema, que en el cadalso no puede inmolarse á un criminal, sin darse un desmentís al confesionario.

¡Y, qué! Vos, sacerdote al mismo tiempo que soberano, habéis entregado á un tribunal reservado, un reo del crimen más odioso que comprendáis; ese tribunal lo condena á muerte, y antes de ejecutar la sentencia, os acordáis,

vos, sacerdote, que ese hombre tiene un alma y que debéis rescatarla de su crimen antes de expedirla para el suplicio; y con esta idea piadosa, para obedecer á vuestra doctrina, suspendéis la marcha fúnebre que conduce vuestro condenado á la guillotina, mandáis que se haga *atto* delante de la capilla del *Consuelo*, donde lo hacéis entrar, y encuentra un monje que lo confiesa y le da la comunión.

A partir de aquel momento, ya no es ese hombre criminal; es un ser purificado por la absolución y por consecuencia, inocente; y para que nadie pueda dudar de ello, dáis al paciente la Eucaristia; y apenas la ha recibido cuando volvéis á pasarlo, de mano á mano, del confesor al verdugo; del confesor que acaba de absolverlo al verdugo que va á matarlo. Y todavía lo enviáis, con la hostia aún fresca, la hostial oís; es decir, vuestro propio Dios en los labios, á preguntar á ese mismo Dios la explicación de esa justicia en sentido tan contrario, que no perdona sino para inmolar.

Vos habéis absuelto á ese hombre no hay más que un segundo; ¡y ahora, cuando lo matáis, sacrificáis á un inocente, y cometéis á vuestra vez, el crimen de que le habíais acusado! Y durante aquel espacio, se hallaba en un oratorio del Vaticano un anciano revestido de raso blanco pareciendo que rogaba de rodillas ante un santo copón...

El anciano era Pío IX: al principio de su reinado él no era sino Mastai, porque no había tenido tiempo de despojar al hombre viejo; pero después que desempeñó por algunos años el oficio de vicario de Cristo ese cualquiera, era

algo sobrenatural que no tenía ya nada de humano; y desde entonces no se perteneció más, se entregó á su Pontificado, dejó caer su tiara sobre sus ojos, marchó sin saber á donde iba. *Ibat obscurus per umbras*, sondeaba su ruta con el pié, y á cada paso sentía que le faltaba la firmeza del suelo.

El Piamonte pide el auxilio de la espada de la Francia para conquistar la independencia de la Italia; la conquista sin el papa, y á pesar del papa que llamaba desde el fondo de su corazón las bendiciones de lo Alto en favor de la bandera de Austria.

La Italia que no había sido hasta entonces sino una expresión de geografía, según Metternich, existió al fin en estado de nación, y no queda ya más que el recinto de los Estados del Papa que sea refractario á la unidad de la patria; pero la población aprisionada en el reino de San Pedro, y gobernada á planazos de sable, en nombre del Dios de mansedumbre, procura forzar las rejas de su cárcel.

Perouse inicia el ejemplo de la emancipación; y Pío IX que decía tener horror á la sangre, cuando fué necesario verter la sangre austriaca lanzó un ejército suizo sobre Perouse, y el general Smith ejecutó una espantosa matanza pontifical en la ciudad, culpable sólo de patriotismo.

Pío IX pretendió, á todo trance, mantener bajo su dominio el reino temporal, fundado en gran parte por César Borgia; pero la Italia libre lo envuelve por todos lados y lo estrecha más y más. La corte de Roma enganchó á un general bretón de quien un accidente que tenía por ob-



jeto una readquisición religiosa, hubo de formar el *condottiero* (1) de la Iglesia.

La desbandada del ejército Pontifical al primer cañonazo de la batalla de Castelfidardo, no deja ya otra cosa al papa que la posesión de Roma y de su extensión topográfica, siendo todavía necesario que la Francia imperial mantuviese una guarnición en el Castillo de San Angelo para que el sacerdote rey apareciera con algún simulacro de soberanía.

Pío IX estaba todavía en aptitud de tratar y obtener alguna compensación; pero el soberano se sobrepuso con su soberbia al papa, y exigió su pan de tierra todo entero, porque tenía la ilusión de creer que la Iglesia romana era indispensable a la Italia. Y en efecto; el pueblo italiano, niño mimado de la naturaleza, educado a la sombra del bello cielo y en la atmósfera voluptuosa del Mediodía, ha hecho de la religión católica una segunda Italia interior. El pueblo tiene una necesidad física de ella, como de la brisa suave de su patria; y sin tener precisamente creencia, ni experimentar la curiosidad de ninguna cuestión de teología, se encanta, no obstante, con el ceremonial pagano de la Iglesia. El bandido de la Calabria lleva un rosario en la cintura y de tiempo en tiempo trata de robar á un monje para forzarlo, con la pistola al pecho, á que reciba su confesión.

No hay una italiana generosa con su cuerpo, que no tenga una imagen de la Virgen colgada

(1) Capitán de bandas mercenarias de Italia.  
—N. del T.

en la cabecera de su cama, y solamente, en gracia del pecado, coloca un velo sobre el rostro de la buena imagen.

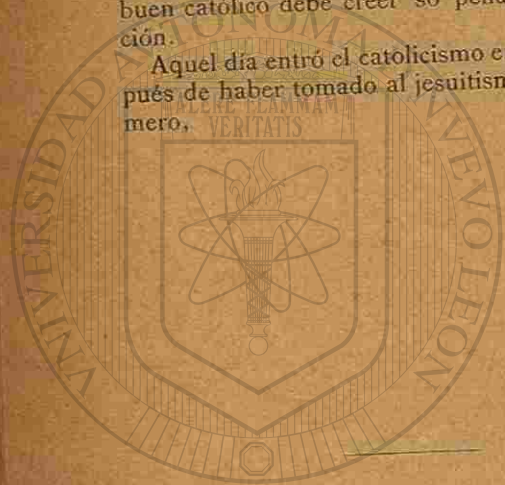
El papa confiaba en una reacción de la piedad, y pensaba que Italia sin su égida caería muy pronto en la nostalgia de la religión. No veía que la piedad había desaparecido desde el día en que llamó al extranjero en socorro del papado; y mientras más sentía fundirse su poder temporal en sus manos, procuraba aumentar su poder espiritual para reembolsarse de la pérdida de su reino, como si quisiese tomar del cielo lo que le había quitado la tierra. Y fué en uno de esos momentos de convulsión de espíritu, demasiado frecuentes en él, cuando fulminó la bula *Quanta cura* completada por la apostilla del *Syllabus*.

Dos años después, convocó el Concilio del Vaticano, que hizo reunir para sus sesiones en una sala donde el auditorio no podía oír al orador. Mientras menos se oye, mejor se comprende: la discusión no puede sinó trastornar los espíritus, y por tanto, nada de discusión, y sobre todo, proscrita la libertad en el debate. *Placet aut non placet*. El papa lo ordena. *Placet*, respondió el Concilio, no á unanimidad como lo exige la tradición, sinó á mayoría; y Pío IX había tenido el cuidado de fabricarla de antemano con prelados de pacotilla que se titulaban vicarios apostólicos.

Tal resultó la infalibilidad: pero ¿qué fué lo que hizo de su infalibilidad? La usó inmediatamente para confirmar el nuevo dogma de la *Inmaculada Concepción*, este primer cuartel de divinidad dado á la diosa, en vía de formación,

de la Virgen María; como también, y principalmente para elevar la bula *Quanta cura* y su apéndice el *Syllabus* al rango de esas verdades tardías, tal vez, pero incontestables que todo buen católico debe creer so pena de condenación.

Aquel día entró el catolicismo en agonía, después de haber tomado al jesuitismo por enfermero,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## XVI

Quando el viajero se dirige de Florencia á Roma por el camino de Siena, atraviesa en la frontera de Toscana un torrente seco por debajo de los arcos destrozados de un antiguo puente romano. Entra en los estados de la Iglesia por la puerta de una ruina, y empieza inmediatamente el desierto, para no terminar sinó en Roma, y volver á principiar más allá de Roma hasta el monte Albano.

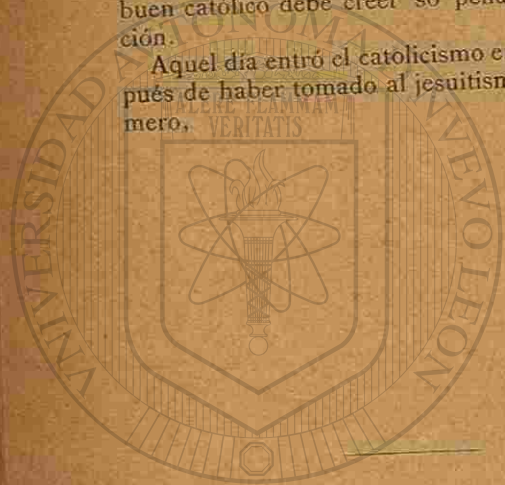
El *malaria* tiene establecido allí su cuartel general, desde el mes de julio hasta el de octubre. Los hombres mueren en ese lugar de una estación á la otra: las mujeres siguen la misma suerte después de haber engendrado entre ambos accesos, hijos destinados á morir, como ellos, del veneno del Maremma (1).

Mientras más se penetra en el vacío hasta perder de vista el *Agro Romano*, más parece que la naturaleza se agota y que se está próximo á morir de consunción. Por todo lo largo del camino, y

(1) Territorio muy mal sano de la Toscana en Italia.—N. del T.

de la Virgen María; como también, y principalmente para elevar la bula *Quanta cura* y su apéndice el *Syllabus* al rango de esas verdades tardías, tal vez, pero incontestables que todo buen católico debe creer so pena de condenación.

Aquel día entró el catolicismo en agonía, después de haber tomado al jesuitismo por enfermero,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## XVI

Quando el viajero se dirige de Florencia á Roma por el camino de Siena, atraviesa en la frontera de Toscana un torrente seco por debajo de los arcos destrozados de un antiguo puente romano. Entra en los estados de la Iglesia por la puerta de una ruina, y empieza inmediatamente el desierto, para no terminar sino en Roma, y volver á principiar más allá de Roma hasta el monte Albano.

El *malaria* tiene establecido allí su cuartel general, desde el mes de julio hasta el de octubre. Los hombres mueren en ese lugar de una estación á la otra: las mujeres siguen la misma suerte después de haber engendrado entre ambos accesos, hijos destinados á morir, como ellos, del veneno del Maremma (1).

Mientras más se penetra en el vacío hasta perder de vista el *Agro Romano*, más parece que la naturaleza se agota y que se está próximo á morir de consunción. Por todo lo largo del camino, y

(1) Territorio muy mal sano de la Toscana en Italia.—N. del T.

en distintos puntos, supuran gases, cual de la llaga de una tierra mórbida, que derraman miasmas de muerte al través de la atmósfera.

¿Qué es el *malaria*? Mata; hé aquí todo lo que se sabe; algunas veces como un rayo; pero con más frecuencia, va filtrando gota á gota en el organismo: el paciente espira con lentitud, como si encubase la agonía. Ningún rumor, ningún signo hace traición al menor vestigio de población, ni aldea, ni campana; el vacío y siempre la soledad; un cielo azul, un sol irónico, un arrecife polvoroso que escapa en el horizonte, que asciende y vuelve á bajar, y, de tí mpo en tiempo, una brisa rafagosa que arrastra un torbellino de arena, y, acaso, una antigua torre medio derrumbada donde duerme un águila con la cabeza escondida bajo una de sus alas.

Un aire enrarecido pesa sobre esa tierra amortecida, color de betún, que no abriga más que tres habitantes asimilados á su efigie; el pastor, el perro y el búfalo. El pastor, de facción sobre la cresta de una colina, á caballo, ojeando toda la llanura, siempre en actitud de caer sobre una presa, cualquiera que sea, viajero ó jabalí. El perro, especie de lobo transformado, con la oreja recta, y la cola acopada, al mismo tiempo feroz y poltrón que mira oblicuamente y muerde sin ladrar. El búfalo muellemente echado sobre un montón de cieno, que levanta la cabeza idiota de su camastro babeando sobre su barba con la gravedad de un capuchino.

Los pastos viciosos han reemplazado á la agricultura en el Maremma; el hombre se ha batido en retirada ante el ganado; ha retrogrado del estado sedentario al estado nómado,

es decir, al punto de partida de la civilización, y la campiña sólo representa allí una segunda Arabia escapada del otro lado del Mediterráneo.

El beduino romano vive allí á caballo como su primo el de Sahel, con la carabina al lado, lo que le permite acumular el oficio de pastor y de bandido, sin otro techo que el cielo, sin más hogar que el vivaque, errando á la ventura y apacentando su rebaño por donde encuentra pasto para saciarlo. A la caída de la noche enciende fuego con malezas, al pié de algún roble olvidado en aquella estepa, y al día siguiente, al levantar su campo cubierto de yerbas, sólo deja un tronco quemado en forma de tizón para marcar la huella de su itinerario.

El arado funciona con buen éxito, todavía, en el mes de noviembre cuando hace una aparición furtiva sobre aquella tierra inculta, menos para sembrar el bledo que para expurgar el pastoreo de las zarzas en beneficio de la grama. En las primeras lluvias del otoño, un ejército de trabajadores desciende de la Sabina al toque de la cornamusa de los pifaneros, y esta leva en masa de los campesinos de la montaña llega, en día fijo, como por encanto, al lugar en que ha de empleárseles.

Los colonos de los doscientos feudos eclesiásticos ó nobiliarios embrigadan esta columna móvil de voluntarios del trabajo, y la conducen por compañías hacia sus granjas. Se preparan allí, algunas veces hasta cien arados de frente tirados por los grandes bueyes de Clitumne, y al terminar su jornada, los aradores duermen al aire libre sobre el surco en evaporación, hasta

que, espirado el tiempo de servicio, reciben su salario, y se remontan á la montaña.

Vuelven, más tarde, á la época de la mies, pero esta vez, como los que marchan al combate, porque la canícula hace humear la yerba seca del Maremma. La cigala, guitarra estridente del desierto, impregna en el oído la hornalla de la atmósfera. Los segadores encorbados sobre las espigas, con los brazos desnudos abaten á su paso la inmensa tabla de trigo rutilante de chispas y colores, y trabajan con ardor como si estuviesen bajo el fuego del enemigo, porque durante ese tiempo un sol mortífero vierte la muerte sobre la obra de vida de la mies; pero el segador siente, de repente, que le falta la fuerza sobre la misma gavilla que está atando; se aleja, se acuesta y muere allí donde ha caído, lanzando una postrer mirada á sus montañas.

Tal es la campaña que se realizaba en otro tiempo, á la presencia del sacerdote; y él mismo tuvo que suprimirla. Pero el malaria tiene hoy el dón del progreso, pues marcha con paso impenetrable al asalto de Roma para someterla también á la intoxicación de la atmósfera. Se puede seguir sobre el plano la marcha fúnebre de la fiebre, que avanza de siglo en siglo, y de etapa en etapa. Al principio del xvi se detuvo á la puerta de la villa Magliana, donde no quedan hoy más que ruinas.

En el siglo xvii respetaba la villa Pamphili en donde tantos cardenales iban á arrastrar su largo manto sobre las rocas deshojadas de los paseos, y no se atreve á alojar, hoy, allí, ni á un conserje.

En el siglo xviii la villa de Albane arrostraba la plaga; pero la epidemia la invadió á su vez, y continuando su trabajo de circunvalación destruyó los puestos avanzados, uno tras otro, y atravesó en fin el recinto amurallado. Y al frente de esta sentencia de muerte del circuito territorial de Roma, se ha levantado un obispo francés para decir que valia más, bajo el punto de vista del papado, tener al rededor de su trono, por centinela avanzada, la peste, que una campaña contrariada por el ruido de la industria.

Es preciso para el Santo Padre, en la opinión de monseñor Serbet, una Tebaida con la muerte por centinela de vista, porque el ruido cadencioso de una máquina de vapor podría turbar la digestión extática de un Dios de segundo orden que no tiene de común con el resto de la humanidad sinó tomar una taza de chocolate por la mañana y comer una pieza de caza al mediodía.

Cuando hace cuarenta años se visitaba á Roma, parecía que se entraba en un necrópolo. El desierto de los campos que acababan de atravesarse nos seguía en espíritu hasta el seno mismo de la Ciudad Eterna; con igual soledad, con el propio silencio. A excepción de la calle del Corso, un poco más animada que las demás, no se encontraba en el vacío de éstas sinó algún campesino envuelto en su capotón, ó un monje con las manos metidas debajo de las mangas de su sayal.

Veíase algunas veces pasar por delante de la puerta de alguna iglesia á un hombre que seguía su curso con solemnidad, con los ojos elevados al cielo, y los brazos colgados como si desdenase aquel movimiento y lo tuviese como inferior

á su dignidad; y ese era un príncipe de la Iglesia.

No existía sintoma ni sospecha de actividad industrial ó comercial, á no ser una yunta de bueyes arrastrando un carro antiguo cargado de botas de vino ó sacos de harina; porque era preciso que el pueblo comiese: después de lo cual, nada más le quedaba que hacer sinó rezar, acostarse y dormir. Cuando la noche avanzaba, podía verse, por el monte *Pincio*, como el Tiber exhalaba un vapor sepulcral que recubría las llanuras de Roma, y no dejaba descubrir, al través del cielo rojo del poniente, sinó la cúpula de San Pedro, ó el castillo de San Angelo, como puntas de roca superiores al espumarajo de las rompientes.

No se oía ya desde entonces sinó el murmullo de las innumerables fuentes que corren por todas las plazas y en casi todas las casas, ó el coro quejumbroso de las campanas y los relojes que se llamaban y respondían desde el claustro á la iglesia y de la iglesia al convento. De cuando en cuando, pasaban rápidamente por la calle antorchas errantes acompañadas de lúgubre salmodía. Era una cofradía de la muerte que llevaba un féretro abierto donde reposaba un cadáver, á fin de que su cabeza livida iluminada por el fulgor vacilante de la resina, infundiese el espanto en el espíritu de los pasantes.

¿Pretendía el viajero ver al padre de los cristianos, que lleva dos mundos sobre su cabeza, y abraza al universo con un gesto? Encontraba en el *Transtevere* un palacio construido de piezas y de trozos, por cuatro ó cinco papas, y á la extremidad de esta especie de edificio pálido, en forma de catafalco, una alameda de cipreses

que, al través de prolongado murmullo, conduce al otro cementerio campestre.

La entrada del Vaticano estaba, entonces, guarnicionada por soldados suizos que llevaban uniforme de la Edad Media, faccionarios simbólicos de una doctrina tradicional que parecía haberles dado por consigna impedir que penetrase en aquel necrópolo el espíritu de vida. Cuando se ha subido la rampa ó pendiente suave acomodada para el andar de los ancianos, creeríase vagar por el castillo fantástico de la *Belle* en el bosque somnolente, porque no se divisan hacia delante más que corredores sin fin que renacen unos de los otros, puertas cerradas, salas vacías ú ocupadas solamente por pinturas y estatuas.

¿Dónde está el papa? ¿dónde su corte? Un camarero con medias de seda violeta, os muestra, con aire misterioso, una nave lejana del palacio, en donde, después de muchos descansos, y en el fondo de diversos pasillos, el soberano de las almas hace la interminable siesta de su espíritu. Allí no se piensa más; no se sueña tampoco; el Sinaí, como alguno ha dicho, no brilla más, pero exhala humo.

Y puesto que se tenía la pretensión de poseer un reino, ¿pensábase, á lo menos, en gobernarlo, es decir, en derramar á su rededor el bienestar y la prosperidad? No; la administración inquieta de la legislación eclesiástica de Roma marcaba con el estigma de la esterilidad todos los instrumentos de producción: nadie podía introducir en Roma una industria ó establecer una fábrica sin el permiso del papa; y éste la impedía á su capricho, siempre que lle-

gaba á temer que el trabajo introdujese tal riqueza, que aportase á su reino alguna clase de independencia á cuya sombra le pudiese ocurrir, quizá un día, la impertinencia de aspirar á ser alguna cosa en el Estado. El fisco absorbía el impuesto, como el árabe opera un saqueo: hacía irrupción de repente en una población á la cabeza de un pelotón de caballería, imponía cargas á sus habitantes, y si éstos rehusaban pagarlas, les confiscaba sus cabras y sus carneros.

La concusión era, de tiempo inmemorial, en Roma, una institución de Estado; no había un funcionario que no ejerciese el pillaje sobre la fortuna pública; y ¿por qué no? Todos esos cardenales, esos monseñores, esos pájaros de paso con plumaje escarlata, azul ó lila, salidos no se sabe de donde, ¿no habían caído en Roma como sobre una presa? La barrica de vino formaba parte de las funciones del cardenal; y ¿cómo explicarse de otro modo la fortuna de Antonelli, ese hijo de un bandido que cubría con su púrpura otra clase de bandolerismo?

Pues que tan en grande se roba por lo alto, robemos también por lo bajo, decían los campesinos de la montaña; y tomaban la carabina y se iban á asaltar á los viajeros, estableciendo en Sonino su centro de provisión. Y ¿qué hizo el papa? Dió orden de quemar el pueblo, y por este arranque de genio, envió todos los habitantes pacíficos, como otros tantos reclutas, á los ladrones que mantenían la campaña.

La Iglesia romana no era, en el fondo, más que una vasta organización de la mendicidad. Los monjes mendigaban de puerta en puerta para repartir, es verdad, con otros mendigos:

el papa tendía la mano á todos los Estados para obtener un trago que llamaba el dinero de San Pedro; sus mismas tropas pedían á los presidiarios que custodiaban un céntimo para comprar un cigarro, y el pueblo romano no había conservado de la antigüedad sinó el envilecimiento de la espuerta.

El último papa hizo un santo de no sé qué indigente harapiento devorado por los gusanos, que no tuvo más mérito que mendigar y causar náuseas con su peste. De esta manera, Roma, viuda de un pueblo muerto, y tres cuartas partes muerta ella misma, bajo el gobierno de la Iglesia, esperaba su último cuarto de hora sentada sobre una tumba; porque el suelo de Roma no es otra cosa que un inmenso sarcófago construido todo de restos de tumbas. Las fortalezas están cimentadas sobre tumbas, las mesas de altares colocadas sobre tumbas, las capillas llenas de tumbas, las arcadas de sus claustros sembradas de tumbas.

El viajero no puede descender á cualquiera profundidad que sea, al través de esos lechos de vidas extintas, sin bajar por una escalera mortuoria que lo conduce de peldaño en peldaño, por entre los yacimientos de la rotonda sepulcral de los *Columbarium*, á las galerías de las Catacumbas, y sin sentirse impulsado á preguntar si la Roma moderna no ha subido por encima de las dos ó tres Romas enterradas allí, para hacer que todos sus muertos acudan á un tiempo, á tomar el sol.

Un día, el gran gintor Poussin recogió un puñado de polvo en el Pincio; y dijo: hé aquí la Ciudad Eterna.

## XVII

El aire mesítico de Roma, tan mortal para lo moral como para lo terreno, sopla, sin duda, sobre todo el clero católico; pero en ninguna parte, á excepción de Bélgica, como sobre el clero francés. Este se hallaba en otro tiempo adherido á la Francia por medio de la propiedad, porque poseía una tercera parte del reino y formaba el primer cuerpo del Estado: no surgía únicamente del subsuelo social, que se llamaba entonces el pueblo menudo, que también se formaba de la nobleza; y si el episcopado tenía el espíritu de altivez, aquella tenía igualmente el espíritu de independencía.

Afortunadamente, la revolución pasó su mano, á la vez trágica y bienhechora, sobre estos cadetes mitrados ó cayados de la aristocracia, y amonedó sus tierras en las manos de los campesinos. Pero hoy, cuando un cultivador ó artesano sin fortuna, tonelero, carretero, peluquero ó zapatero tiene un hijo que quiere, ó mejor dicho cree, poder elevarlo de rango en la sociedad, lo destina al sacerdocio.

El oficio tiene su lado bueno y también malo; pero puesto todo en la balanza, la ventaja del

primero es evidente. En primer lugar, con él se evita el servicio militar, y se come apasiblemente, sobre todo, los días de regaalitos; se anda por todos los pueblos á la cabeza de la gerarquía campestre sin exceptuar el alcalde ó su teniente, y se tiene puesto el cubierto todos los domingos en la mesa del hidalgo del vecindario. En cuanto á la vocación, es inútil hablar de ella, pues vendrá cuando pueda, como que á los trece años no es posible que el niño tenga el secreto de su aptitud.

El aprendiz de sacerdote, por poco pobre que sea, entra en el pequeño seminario con una bolsa del Estado, y allí aprende el primer juego de manos del oficio, el griego, el latín y cualquiera historia de fantasía que no es sinó la caricatura del pasado. Del pequeño seminario se le lleva al grande, donde se le inicia en los dogmas y en las reglas de su estado; y después de este largo secuestro del espíritu entre cuatro muros, la Iglesia le administra la tonsura.

Hélo ya vicario, y más tarde, cura, confesor, predicador, todo lo que se quiera de él, menos el carácter de semejante nuestro. Desnacionalizado en su propio país, entra en su siglo, sin haberlo jamás esbozado y menos sospechado; y entra en él, marcado y señalado sobre la cabeza y en su cuerpo, y cualquiera cosa que haga, y á donde quiera que se dirija, su tonsura lo denuncia, su sotana lo demarca. No es un individuo, sinó una representación; no es él mismo, sinó un sér disfrazado: lleva en su uniforme un continuo recuerdo de su función obligada, que le condena á estar muy sobre sí acerca de su apariencia, y á mantener en orden



su fisonomía: no habla como otro, no camina como otro, tiene una mirada toda suya, la mirada del sacerdote, su ojo flota ó se desvía; tiene un andar peculiar, andar de eclesiástico que parece marchando siempre como con zapatos de trampa, y sondando el suelo con el pié. En una palabra; su fisonomía, su librea y hasta su gesto de mujer cuando remanga su sotana, denotan en él un tercer sexo, y en todas circunstancias, un extravío de la naturaleza humana.

Hay una religión; una sola, es verdad que recomienda á su ministro que se coma piadosamente á su Dios, y que se lo coma en carne y en hueso. De todos los homenajes que pueden rendirse á la Divinidad, el más gustoso para la Iglesia es un acto de antropofagia que hace pasar á Dios por todas las peripecias de la digestión. El hábito de jugar á lo sobrenatural, y de precipitar á Jesús con un signo de cruz en la pasta de una hostia, ha concluido por dar al sacerdote esta alta opinión de sí mismo, que le induce á creer que es capaz de hacer tanto como Dios, más, todavía, que Dios, puesto que puede fabricarlo á su voluntad.

«María, dice el obispo de Rennes, no ha concebido á Jesucristo sinó una vez, mientras que el Sacerdote, consagrandó la santa Eucaristía, lo concibe tantas veces, cuantas quiere.»

El ministro en ese acto, es igual á María; concibe á Dios, como ella; pero es muy superior, por cuanto lo pare hasta lo infinito. El padre Felu de la compañía de Jesús, hace encajarse todavía más su importancia, que aquel prelado. «En la misa, dice él, en el momento

de la elevación, el hombre *manda* á Dios, y Dios *obedece* al hombre: allí el sacerdote *ordena* á Jesús que descienda para encarnarse, etc. etc.»

¿Qué puede venir á hacer entre nosotros este renegado de la ley natural? El no es ni contemporáneo, ni compatriota nuestro; vive en lo pasado, mientras que nosotros nos movemos en lo presente; y ha renunciado también á la patria y á la familia. La mujer no es para él sinó una dificultad ó una imposibilidad; él ha perdido el primero de todos los derechos, que es el de amar; y después de buscar por otras partes una indemnización á la naturaleza, sólo la ha encontrado en el furor del fanatismo.

Pero, precisamente porque desierta de la familia, porque rehusa participar de la vida común, porque la rechaza y la desconoce, infunde sospecha, y se desconfía de él, y siente pesar sobre sí un misterioso aislamiento. Se reclama, sin duda su ministerio, como necesario, para un matrimonio ó para un entierro, y después se le paga y se le saluda, sin que se conserve para más adelante otra relación con él que la de una inclinación atenta de cabeza al encontrarlo.

El sacerdocio está cada día más esquivado por la generalidad, y su reclutamiento ha llegado á ser un problema. ¡Cuántos departamentos existen en Francia que no pueden proveer aún por completo las primeras materias del clero! Pero le ha quedado fiel la mujer, que le pertenece más que al marido, porque á aquel es á quien ama primero, y el resto es lo que ofrece á éste. Mientras que es joven y bella, el baile, la ópera, los trajes y otras fruslerías son suficien-

tes para aturdir y fascinar la cabeza vacía de la *pensionaria* del Sagrado Corazón; pero decae la juventud, y con ella la poesía de su existencia.

La mujer muere dos veces; la primera, en la belleza, y la segunda en la vida; y de las dos muertes, la más cruel para ella es la primera. Si su hijo se establece, y su hija se casa, llega á convertirse en un ser prebendado de su sexo que se llama la mujer fastidiada. En esos momentos que pueden clasificarse entre perro y lobo de la existencia, es cuando el sacerdote la espera para distraerla y afiliarla á esas innumerables cofradías femeninas de la Obra de San José, de la Infancia, del niño Jesús, de Nuestra Señora auxiliatrix, etc.; y para decirlo todo de una vez, el corazón de la mujer, tiene, al declinar su vida, tempestades rezagadas que sólo puede calmar la mano discreta del sacerdote, que ha creído arrostrar á la naturaleza, y ésta se ha vengado; como ha pensado encontrarse superior á ella, y ha caído en su más profundo abismo.

¿No está, acaso, la sociedad, aterrorizada al presenciar ese número siempre creciente de apetitos feroces sometidos á un ayuno torzado? Esos reclusos airados se ceban con más fuerza en las primeras presas á su alcance y principalmente sobre los niños, y ¿no sería ya tiempo de cerrar ese grande pudridero del celibato que tantas víctimas marchita? La devoción era, en otros tiempos, el monopolio de las mujeres ancianas. Las otras tenían pasatiempos que bastaban á sus necesidades de actividad; pero en nuestros días, éstas se han arrojado con descaro á la desvergüenza de la hipocresía, y han llevado

á su falsa devoción todo el fuego de la juventud. Esa devoción de doble sentido del *Sagrado Corazón* ha puesto fuego en sus almas y tienen en las venas todas las moscas cantáridas del misticismo: sus sentidos están asolados por su influencia, y cuando su Dios interior las agita, no se conocen ya, ni se contienen tampoco, como se ha visto el día de la expulsión de los jesuitas, en que se arrojaron muchas á los piés de éstos, para besar las orlas interiores de sus sotanas, vomitando torrentes de imprecaciones contra los comisarios de policía, y llegando una de ellas, á quitarse el guante de su mano de duquesa para abofetear á un gendarme.

Estas calceteras de la Iglesia dispensarían á sus maridos que tuviesen una actriz de más, ó una deuda de juego nueva; pero no le perdonarán jamás, un acto de adhesión á la República, aunque fuese pagado con una embajada, ó bien sedesahogarian con reconvencciones y violencias, ó le harían, en fin la guerra muda de lágrimas y suspiros.

Hay alguno, ha dicho Lutero, que se acuesta más cerca de mí, que mi mujer, y es el Diablo; pero él podría decir hoy, es el cura. ¿Cuál es, en efecto, el confesor que no manipula, á su placer la conciencia de su penitente, que no la impone la obligación de obedecer á la palabra de orden del confesionario, y al mismo tiempo de someter su marido á seguir la consigna? El sacerdote lleva, de esta manera la discordia en el interior del hogar.

Y no solamente del hogar sino de la familia. ¿Qué hace él á la cabecera del lecho del moribundo? Le exhorta, sin duda, al arrepentimiento,

pero hay dos clases de arrepentimiento; el uno generoso, el otro parcimonioso. El primero es más agradable al Señor, y por él se obtiene el derecho de entrada en el Paraíso. Este arrepentimiento escogido se expresa con un legado á la Iglesia, bajo un falso nombre, ó un donativo de mano á mano en el estrecho recinto del enfermo. Y ¿á qué objeto destina él ese dinero? A hacer una guerra encarnizada á la democracia, á la soberanía del pueblo, á la libertad, á la ley de la Nación, al Código civil, este sublime testamento de la Revolución.

Hay en este momento mismo, cuarenta mil sillas en donde los curas gruñen rabiosos todos los domingos contra la República, después de lo cual, ellos enjuagan su boca y van á tender la mano al Gobierno: "yo te he injuriado, págame; á tanto por insulto."

## XVIII

¿Puede la Iglesia del papa trasformarse; y trasformándose, operar su regeneración?

Ella no piensa sobre el particular, ni quiere hacerlo, y aunque lo quisiese, no lo podría. Le sería necesario renegar, á un tiempo, de su pasado y de su presente, ha pretendido ser una é inmutable, y ha dicho: "Yo soy la eternidad; la eternidad no cae bajo el hacha del tiempo, ni experimenta los beneficios de éste." El papado ha cerrado sobre ella una puerta de bronce, y nada puede entrar ni salir de allí.

¿Una é inmutable? Si, sin duda, pero, ¿cuál es esa unidad? Es, á no dudarlo, la del mismo breviario que el sacerdote recita, la del propio catecismo que enseña, la del mismo símbolo que impone á su rebaño, la de la mimica que repite en el altar al realizar el sacrificio. En todo eso, no hay más que la unidad puramente exterior por el ojo y por la oreja, la unidad de la palabra y nada más.

Pero sobre esta unidad de pura muestra, hay otra que es la única verdadera, la identidad de creencia, percibida y concebida de la misma manera por todos los creyentes. No es posible creer,

cuando no se comprende, y se tiene la necesaria instrucción para comprender. ¿Qué es, en efecto la inteligencia sin el estudio? Un cuarto sin entrada de luz.

¿Acaso el boyero Bretón que asiste regularmente á la misa, el domingo, ha comprendido jamás el dogma católico, como su compatriota Lamennais? ¿Qué puede entender de la doctrina tres veces escolástica de la trassubstanciación ó de la Trinidad? Lenguaje desconocido para él, parodia de un confuso enigma. El ha visto en un nicho de capilla de su pueblo á una buena Virgen que carga en sus brazos al niño Jesús, y á esa pequeña estatua de yeso es á la que adora, como si fuese la divinidad en persona. La divinidad para sus sentidos, es la imagen que tiene á la vista, y cae de rodillas ante ella con tanta más piedad, cuanto que no puede encontrar en su espíritu la diferencia entre el símbolo y la idea.

¿Era este el catolicismo de Pascal? El colocaba según suponemos, la idea delante del simulacro; adoraba á Dios en espíritu, mientras que el cabrero de Morbihan no lo adora sino en imagen; y que, en la noche de su alma confunde siempre á Cristo con el crucifijo.

Si pudiésemos hacer la fotografía del alma como la del rostro, veríamos que hay tantos variados tipos de catolicismos como existen cerebros, más ó menos esclarecidos ó tenebrosos, y que en realidad hay en la Iglesia romana otros tantos cultos diversos cuantos la humanidad ha engendrado y devorado en aquellos, desde el período salvaje hasta nuestra época de civilización. Existe el catolicismo feti-

chiste, el pagano, y en fin el catolicismo de capricho que es el que preocupa más á la Iglesia.

«Puede pensarse que los católicos instruidos crean con exacta igualdad en el pecado original, en el infierno, en el demonio y en la condenación de los niños muertos antes de recibir el bautismo?»

«Cómo es que podéis aún llamaros católicos? preguntaba un libre-pensador al abate Gioberti después que se hubo quitado la sotana. Más de un artículo del *Credo* debe contrariaros. «El *Credo*, respondió, con su fina sonrisa italiana, yo lo alargó y lo recortó, porque me he formado en la Iglesia, mi pequeño protestantismo. Un boticario que inscribiera sobre todos los potes de su farmacia el mismo letrero, no alcanzaria á trasformar la morfina en la quinina.»

La unidad de la Iglesia no es, pues, sino una ficción; pero ficción ó nó, el papado la impone, no obstante, como un artículo de fe, y todavía más, por la fe misma en todo su rigorismo. La religión, dice el clero, debe ser de una sola pieza, como el vestido sin costura de Cristo, porque sino, se divide de un día á otro, y se subdivide en tantas sectas, que concluye con no ser ya un culto, y se convierte en polvo.

La verdad es, indudablemente, una, pero con la condición de reconocer ante todo la unidad de la razón humana, que es la única competente para decidir de la verdad. ¿Qué sería de una doctrina que no tuviese ni el asentimiento ni la convicción de la razón? Sería una vagabunda que en ninguna parte encontraría donde alojarse.

Que la religión romana sea una, puesto que en materia de creencia hace abstracción del creyente puede, tal vez, concebirse; pero que pretenda ser inmutable en medio de una sociedad perfectible: ¿no es querer obrar con demasiada presunción, por no decir imprudencia? ¡Cómo! Todo se evoluciona á su rededor, y ¿sólo ella ha de escapar á la ley universal del movimiento? El mundo marcha, y permanecerá ella inmóvil como un Estilita (1) en la cima de una columna?

Pero ella está tan bien amurallada y cerrada á toda influencia del exterior, que el espíritu del siglo no puede penetrar en su recinto, y su gobierno lo forman setenta ancianos: Y ese ropaje secular de larga cola que ellos arrastran pendiente de sus espaldas; y esa Roma de nuestros días que no es sino la tumba removida de tres ó cuatro Romas anteriores, que ellos habitan; y esos palacios edificados con escombros de la antigüedad; y ese Vaticano de más de *once mil* habitaciones, casi la mitad de inmensos salones, donde el papa tiene su silla en un vestuario de urnas vacías, de mármoles desenterrados, de inscripciones en lenguas que no se hablan ya, de vaciedades de tantas fechas, de despojos de tantas nulidades; y todo lo que la Prelatura purpurada ve, y todo lo que toca, todo lo engolfa y lo sumerge en la noche del pasado. ¿Es, pues de estos hombres soberanos de la Iglesia, cubiertos de los pies á la cabeza con sus preocu-

(1) Religioso anacoreta que dió en la ridícula costumbre de vivir penitente encima de las columnas.—N. del T.

paciones y sus intereses de los que puede esperarse una renovación de la Iglesia? ¡Perezca Dios primero! dicen ellos.

Ellos eligen al papa, porque, en una teocracia celibataria, es preciso sacarlo de la urna; pero así, electivo como es el papado, no es menos hereditario de sus ideas por el espíritu: puesto que los cardenales nombrados por el papa reinante eligen á su vez el que ha de sucederle. La muerte se apodera del vivo, como decían en otro tiempo, y tanto mejor para que aquellos ancianos elijan, con más frecuencia otra senectud pontifical que sólo tenga de intervalo un paso para su tumba.

Han existido en nuestros días algunos católicos, y los más eminentes por su talento que al ver que la Iglesia abandonaba el siglo, han temido que ella se vea, también, abandonada por éste, y procurado por tanto aproximarlos, y aun soñado reconciliarlos. Laménais emprendió esta obra, poco tiempo después de la revolución de julio; y si algún teólogo tuvo jamás el derecho de contar con el reconocimiento de Roma, fué ciertamente este ultramontano fogoso que había sacrificado la Iglesia galicana á la omnipotencia del papado. Y cómo acogió Gregorio XVI, este papa criador que tenía en el Quirinal el más rico establo de puercos de Europa, al elocuente defensor de la Santa Sede? «Callad», le dijo, poniendo el dedo sobre su labio. Pero Laménais no se calló, y Roma, después de reprobarlo, le lanzó su excomunión.

El abate Gioberti renovó la tentativa de Laménais, creyendo haber conjurado antes un nuevo zurriagazo de la curia romana. Había

él, también, aclamado, en su libro del *Primato*, la soberanía temporal del papa sobre todos los Reinos, pero deslizaba al mismo tiempo en su citado libro alguna idea de libertad. Roma calificó á Gioberti sinó de hereje, á lo menos de temerario, y desde entonces tuvo que vagar vestido de burgués por el boulevard Montmartre.

El monje Rosmini, este otro grande espíritu, pretendió refrescar la filosofía un poco amortecida de la Edad Media, y fué encerrado en una celda del Monte-Casino, y ya sepultado en ese *in-pace* de su inteligencia no tuvo más remedio que hacer penitencia.

Lacordaire, este otro segregado de la Iglesia en el seno mismo de ella, había dado á Roma toda garantía de humildad, rompiendo con Laménais, y tomando el hábito dominicano; pero tuvo el valor de protestar contra el atentado del dos de diciembre; y como predicador peligroso que debía mantenerse bajo rejas, recibió una orden de su superior que le cerró la boca, se le hizo bajar del púlpito que tanto había ilustrado, y fué á expiar en el retiro el crimen imperdonable de haber ostentado demasiada elocuencia.

El padre Jacinto sucede á Lacordaire, y también causa demasiado ruido porque arroja de sí muchas sombras que lo rodean. Es preciso anonadarlo y humillarlo, y colocada su conciencia en el calabozo por un superior tiene que salvarse por una lumbrera. Se le ha ridiculizado por ello, en lugar de habérselo felicitado.

Si algún hombre en el mundo pudiese considerarse digno de mérito por el cuerpo de los

ancianos gerentes del Vaticano, sería seguramente el conde de Montelanbert, que supo hacer caer en el lazo del liberalismo á la monarquía de julio y á la república de febrero haciéndoles prometer, á una y á otra, la libertad de enseñanza. En nombre de esa misma libertad fué que arrancó al partido republicano esa ley de instrucción que dividió en dos el monopolio de la enseñanza, dando la mitad al clero y la otra á la Universidad, pero poniendo en realidad el alma de la juventud francesa bajo la policía clerical.

Así; por todo el largo tiempo que M. de Montelambert tuvo necesidad del pretexto de la libertad para restaurar el jesuitismo en Francia y entregarle la virginidad de espíritu de la nueva generación, la corte de Roma lo aprobó á lo menos con el silencio; pero una vez ganada la victoria con la ayuda de un liberalismo mentido, hizo el papado significar al conde de Montelambert que debía renunciar al matrimonio contra natural de la religión y la libertad.

El tribuno elocuente del partido clerical francés lanzó desde su lecho de agonía un grito de dolor; y después de su muerte, el Santísimo Padre Pío IX prohibió que se cantase una misa en la iglesia de *Ara-celi* en honor de aquel falso hermano de la Iglesia, muerto en olor de herejía.

Y más tarde, persiguiéndole con su cólera aun en esa paz de la tumba, donde debería extinguirse hasta el rencor clerical, decía á los peregrinos franceses, haciendo alusión al conde de Montelambert: «El catolicismo liberal ha

causado más males á Francia que la Comuna misma: Yo lo he condenado ya, y lo condenaré cuarenta veces.» Y al hablar así, llevaba las manos á su frente con un profundo sentimiento de indignación.

Al leer los discursos de Pío IX recogidos por su secretario y sellados como exactos, se siente oír los gritos ó ver los rechinamientos de dientes de un maçaco encolerizado. Cuando una flecha empapada en el veneno de curare (1) alcanza á un hombre, la herida lo arroja á un estado tal de entorpecimiento que no es todavía la muerte, pero sí la ausencia de todo movimiento. El herido aterrado, mudo, inerte, con el ojo fijo, con el cuerpo envuelto en una capa de plomo, ve, siente, piensa, tiene conciencia de su estado, pero no puede ni moverse. Tal es hoy el catolicismo entregado á las manos de la secta de Ignacio: tiene el curare en las venas, y se halla herido de inmovilidad, y Cristo mismo si descendiese á la tierra para decirle como al parálitico «levántate y marcha,» recibiría de su orgullo la respuesta; «Retírate ¡oh Señor! que estás turbando mi reposo.»

(1) Tósigo activo de la India.—N. del T.

## XIX

Se dice que el nuevo papa deplora los despropósitos de sus predecesores, y procura atenuar las enemistades que Pío IX ha sublevado contra el Vaticano.

Si León XIII tuviese la felicidad de ser un hombre como otro para oír el eco de la razón, yo le diría con la franqueza, y con la deferencia que se debe á todo sér semejante:

«Nosotros no hemos, sin duda, marchado jamás, vos y yo, por el mismo camino; pero, en fin, el más sencillo prójimo puede dar, en oportunidad un buen consejo: escuchadlo, Santo Padre, que podría seros útil, y en todo caso, no puede sospecharse que sea hijo de la lisonja.

»Si lo que se dice de vos es verdadero, no habéis sido formado para ser papa. Pío IX ha maleado el oficio; vos no podéis hoy, ni confesar ni negar á vuestro predecesor. Valéis sin duda, más, que vuestro destino, que os condena á la suerte de infalible; porque sólo un alucinado puede tomar ese carácter por lo serio, para atribuírselo á si mismo, é imponerlo al catolicismo. Pero, por poco que os quede de buen sentido, debajo de vuestro solideo de raso, de-

causado más males á Francia que la Comuna misma: Yo lo he condenado ya, y lo condenaré cuarenta veces.» Y al hablar así, llevaba las manos á su frente con un profundo sentimiento de indignación.

Al leer los discursos de Pío IX recogidos por su secretario y sellados como exactos, se siente oír los gritos ó ver los rechinamientos de dientes de un maçaco encolerizado. Cuando una flecha empapada en el veneno de curare (1) alcanza á un hombre, la herida lo arroja á un estado tal de entorpecimiento que no es todavía la muerte, pero sí la ausencia de todo movimiento. El herido aterrado, mudo, inerte, con el ojo fijo, con el cuerpo envuelto en una capa de plomo, ve, siente, piensa, tiene conciencia de su estado, pero no puede ni moverse. Tal es hoy el catolicismo entregado á las manos de la secta de Ignacio: tiene el curare en las venas, y se halla herido de inmovilidad, y Cristo mismo si descendiese á la tierra para decirle como al paralítico «levántate y marcha,» recibiría de su orgullo la respuesta; «Retirate ¡oh Señor! que estás turbando mi reposo.»

(1) Tósigo activo de la India.—N. del T.

## XIX

Se dice que el nuevo papa deplora los despropósitos de sus predecesores, y procura atenuar las enemistades que Pío IX ha sublevado contra el Vaticano.

Si León XIII tuviese la felicidad de ser un hombre como otro para oír el eco de la razón, yo le diría con la franqueza, y con la deferencia que se debe á todo sér semejante:

«Nosotros no hemos, sin duda, marchado jamás, vos y yo, por el mismo camino; pero, en fin, el más sencillo prójimo puede dar, en oportunidad un buen consejo: escuchadlo, Santo Padre, que podría seros útil, y en todo caso, no puede sospecharse que sea hijo de la lisonja.

»Si lo que se dice de vos es verdadero, no habéis sido formado para ser papa. Pío IX ha maleado el oficio; vos no podéis hoy, ni confesar ni negar á vuestro predecesor. Valéis sin duda, más, que vuestro destino, que os condena á la suerte de infalible; porque sólo un alucinado puede tomar ese carácter por lo serio, para atribuírselo á si mismo, é imponerlo al catolicismo. Pero, por poco que os quede de buen sentido, debajo de vuestro solideo de raso, de-



béis saber á qué ateneros sobre vuestra divinidad; levantad la cabeza y veréis venir de todos los puntos del horizonte una tempestad tal, como jamás ha sido contemplada igual por el mundo, desde el diluvio.

»Lleváis sobre vuestros hombros el peso de una situación desesperada, de que no sois culpable personalmente, pero de que sois el heredero, y no es disfrazando sagazmente los hechos, como podréis salvarla: los sucesos, más finos que vuestros diplomáticos, no se dejan fascinar, y tienen sus destinos como las balas de cañón.

»Sois infalible desde hace poco, es verdad; pero en fin, lo sois, y no estáis libre, ni de romper con esa política sonámbula de Pío IX que conducía á la Iglesia al abismo por el camino más corto: vos lo sentís, lo veis, y casi tocáis á las orillas del golfo, queriendo retroceder un paso á lo menos. Ese papa vertiginoso os lanza, os domina; su alma ha pasado por el episcopado del mundo entero; vuestros tenientes no os obedecerán el día en que oséis acometer un acto de prudencia, y estarán contra vos más endiablados que nunca al favor de la política de epilepsia. Su opinión á la sordina ó pública paraliza la buena voluntad que podéis mostrar para dominar la situación, pasada ya al estado de crisis entre la Iglesia y la mitad de Europa.

»Lo habéis demostrado bastante en vuestro conflicto con la Bélgica. No podéis alentar abiertamente la rebelión de los obispos contra el gobierno belga, y antes bien los habéis oficialmente reprendido, al mismo tiempo que por

bajo cuerda, lanzasteis los obispos á la insurrección contra la ley de su país. ¿Era esto artimaña por vuestra parte? Nó, que sólo era impotencia.

»Y con la Francia ¿cuál es vuestra actitud? Aconsejáis, tal vez, la calma; á los bulliciosos que quieren levantar rumor en sus diócesis, porque el viento sopla demasiado fuerte, en este instante, al rededor de vuestra barca, y comprendéis que es necesario disminuir su velamen para evitarla que zozobre; mientras que en los momentos mismos que yo os hablo, hacéis poner en el *Index* una obra de enseñanza primaria en Francia, de irreprochable moral, pero que respira el culto del civismo, predica el amor á la República, preconiza la libertad de conciencia y lanza su insolencia hasta declarar el matrimonio un contrato civil... y vos la dejáis inscribir en el *Indice* sin cuidaros de saber si vuestro interdicto va á rebotar sobre la República. ¡Contáis demasiado con su longanimidad! Y no sois ya León XIII, sino Pío IX, batiéndoos como él, con la yesca al lado del polvorín.

»Es de suponer que hayáis recomendado á los obispos de Francia que no toquen la cuestión religiosa sino con una mano delicada, y como han acogido ellos vuestra palabra? Con un redoble de hostilidad contra la República, porque la religión no es para ellos sino una cuestión de partido; pero ¿qué partido? El partido del derecho divino, el más retrasado, el más mofado: el poder en un solo hombre, cuya constitución se encierra en tres artículos: un trono, un reclinatorio y un cuerpo de guardia.

»O la República ó la Teocracia: hé aqui el

dilema que vuestro clero, y que vos mismo, Santísimo Padre, á medias palabras, convengo en ello, colocáis al pueblo francés; pero éste ha hecho tres revoluciones en el presente siglo para rechazar la tiranía de dos cabezas de papa y de rey, y hará veinte si es necesario, antes que someterse á ella. Lleva hoy muy alta su frente de soberano para prestarse á humillarla ante un cura.

«Pero ¿quién es el que os informa en Roma sobre el estado de la Francia, y qué gentes son las que frecuenta vuestro nuncio en París? ¡Qué! esa democracia derretida y fundida en bronce. ¿podéis tener la ilusión de verla desaparecer en provecho de algo que no es más que un fantasma saludado á la hora del crepúsculo por todos los buhos de los castillejos, y mochuelos de campanario? ¡Y vos os identificáis *in-fello* con esta facción cadavérica, y no veis que os casáis con la muerte y que sacáis una vez más, á Agnes de Castro de su tumba para coronar su esqueleto!

«¿Habéis podido imaginar que al llevarse á cabo la ejecución de los decretos, la nación siempre católica iba á sublevarse desde la Bretaña á la Provenza para impedir á la policía que tocase ni siquiera con la punta del dedo al capuchón tres veces santo de un capuchino? Vos no habéis asistido, ni siquiera en espíritu sino á una algarada de estudiantes en rebelión, parapetados en sus dormitorios. Todos esos monjes rebeides á la ley cuya presencia era una violación flagrante de ella no han hecho otra cosa que arrojarse al suelo para forzar á los dependientes del Gobierno á tomarlos por los pies

y por las manos: aspiraban al martirio, y no encontraron más que el ridículo: vuestra santidad nada ha dicho hasta ahora: vuestro predecesor era demasiado locuaz, y vos demasiado mudo. No temáis la persecución: la República no os teme bastante, ni os ama tan poco mucho, para daros esta muestra de interés.

«El gobierno republicano no será para vos menos perseguidor, yo lo sé; porque siempre que se os retira el derecho de perseguir, exclamáis, ¡persecución! Se suprime la atroz Inquisición; se os persigue; se da libertad á la conciencia; se os persigue; se decreta el matrimonio civil; se os persigue. Pero confesad, Santísimo Padre, que para el clero francés no está esa persecución, tal vez, sin compensación y sin conveniencia, porque la República aloja, alimenta, asiste y viste á sus expensas á ese clero mártir; acaba de aumentar la pensión de los curas y de elevar á una cifra más elevada sus pagas de retiro; puede decir cada día su misa en una iglesia restaurada, edificada, reparada siempre con los fondos del Estado, y la única retribución que éste tiene, es, la provocación que hace aquél en el sermón del domingo al odio y menosprecio de los oyentes, porque el Estado, repite á cada paso, quiere abolir la religión, y para más abolirla, le da un centenar de millones por año.

«Vosotros os entendisteis mejor en otra época, en cuanto á persecución, sí, vosotros los papas, los obispos y los monjes, ¿no es verdad, Santísimo Padre? Y para no hablar sino de los protestantes, no les dejasteis en el siglo pasado ni sus templos que hicisteis demoler, ni sus

pastores que hicisteis ahorcar, ni sus propagadores al aire libre que hicisteis acuchillar. Y en cuanto á los creyentes retirados al santuario de sus casas para leer allí la Biblia en familia, los hacíais arrastrar, de viva fuerza, á los piés de vuestros altares para forzarlos á adorar al Dios sanguinario que había hecho entre ellos, y seguía haciendo, tantas víctimas. ¡Y osáis aún hablar de persecución! ¡Fijad la vista en las manos de vuestros predecesores! Hay sobre ellas una mancha que todos los perfumes de la Arabia no podrán jamás atenuar.

«No, señores jesuitas de todos hábitos, papas, cardenales, obispos; no es imitando vuestras cruzadas, vuestras hogueras, vuestra matanza como os perseguiremos nosotros. Nuestra persecución será más cruel, os lo advertimos caritativamente; nos contentaremos con abandonaros á vuestro furor y á vuestra impotencia. Seguid obrando, hijos de Pío IX, que trabajáis infinitamente más contra vosotros mismos, que los peor encarnizados enemigos de la Iglesia. Y ¿es posible que no os conmueva esta situación, Santísimo Padre? Concentraos en vuestra conciencia; y si tenéis aún el valor de mirar sereno, ¿no veis que el catolicismo no es ya en Francia una convicción, sino un hábito? No se procura ya refutarlo, sino que basta retirarle su práctica para arruinarlo.

«Es verdad que, entre todas las tiranías de este mundo, el hábito es la más difícil de destruir. Mi padre ha sido bautizado, y es preciso que yo también lo sea, y aunque yo no crea, como él, en S. Juan Bautista, no importa; ese es el uso. Mi padre se casó con mi madre en la Iglesia; pues yo quiero que el cura ben-

diga mi matrimonio, porque esa es la costumbre. Mi padre ha pedido la extrema unción antes de morir: ¿por qué rehusar este pasaporte? No se sabe á donde se va, y es bueno partir provisto, puesto que la cosa es tradicional.

«Existía en el siglo IV en un templo de la ciudad de Alejandría, convertida, hacia mucho tiempo, al cristianismo, una vieja estatua de Osiris pintada de vermellón. Bien que, para la mayor parte de los cristianos, la divinidad egipcia no fuese más que una superstición, ninguno de ellos osaba, sin embargo, tocar al formidable idolo santificado por tantos siglos de veneración. Un día, no obstante, un monje de Nitria dió un fuerte martillazo en aquella cabeza de madera de un Dios retirado: el rayo debía fulminar; y al estallar la cuba, salieron sólo de ella tres ratones. La gente se exparcio exhalando risotadas, é Isis tuvo que llorar una vez más la muerte de su marido.

«El papismo no es ya en Francia lo que hasta ahora se ha creído, con razón ó sin ella, sino lo que tiene de consagrado, y este es el último reducto que el libre pensamiento quiere arrancar. El número de matrimonios y de entierros puramente civiles, va creciendo sin cesar, y en ciertos barrios de París llega al tercio del número de los muertos. No son como, tal vez, se os ha dicho sanfarrones, escandalosos, ó personas sin posición social, los que piden, antes de morir el honor de que se les conduzca directamente al cementerio: son los literatos, los pensadores, los filósofos, los hombres de Estado más ilustres; y la Francia sigue su fétetro con una corona en la mano.

»El filósofo Cousin decía: «El cristianismo tiene todavía para trescientos años en el vientre, yo la venero por esto y me le quito el sombrero.» Y como este filósofo diplomata no podía vivir trescientos años no hubo clase de deferencia que no tributase á la Iglesia. Pero nosotros que no almacenamos la filosofía para tres siglos, nos atrevemos á afirmar á Vuestra Santidad, que el catolicismo, al paso que va, no será, bien pronto, más que una misa cantada que no podrá sostener rivalidad con la ópera.

»Posad la vista sobre el mapa, y ved con quien estáis. Tan largo tiempo como ha durado el duelo de las naciones y de los gobiernos absolutos, hemos comprendido, que un papa como Gregorio XVI haya hecho alianza con los despotas contra los pueblos. ¿No era él mismo representante de un gobierno absoluto con el propio título que el rey de Prusia, el emperador de Austria, ó el de Rusia? La ley de solidaridad de los soberanos entre sí, lo llevaba forzosamente á la alianza con sus cofrades de Viena, de Berlín y de Petersburgo. ¿Podía, por tanto, alentar la insurrección en Polonia, sin provocarla, al mismo tiempo, en Rumanía? Así fué que tomó audazmente partido por la cismática Rusia contra la católica Polonia. «Detente allí, dijo Lamennais al Papa, y á medida que ellos pasen, concluye tu obra, y maldice á las víctimas.»

»Gregorio XVI que no era, sin embargo, más que un pobre monje, fué considerado como un gran sacerdote, y señor de una parte del reino de Italia. El apeló al despotismo hasta herético para sostener en Roma su legítima autocracia.

El papa en él era secundario del soberano; lo que ante todo le importaba era que el Austria fusilase por cuenta de la Iglesia á la juventud de Forli, y que él pudiese mantener en paz, sobre las fuentes del bautismo, al hijo de la mujer de su barbero.

»Pero, hé aquí que Pío IX por una de esas alucinaciones demasiado frecuentes en aquel cerebro trabajado por la histeria de la infalibilidad, dió un salto atrás en la historia de ocho siglos, para reivindicar un derecho de soberanía sobre todos los gobiernos de Europa, y que no fuesen en lo adelante sinó los comisarios de policía del Santo Padre.

»Se tiene el derecho de ser papa, pero una vez papa, no existe ya el de ser tonto, aunque se asocie á este fin al Espíritu Santo. Ahora bien; de todas las necedades en que un hombre en la posición de Pío IX pudo incurrir, no cayó en otra más grande que la de sublevar contra sí, no sólo á todos los pueblos libres que por largo tiempo se hallaban desprendidos del papado, sinó también á todos los gobiernos en otro tiempo sostenedores de Roma, sin ocuparse de su Dios respectivo, como el gobierno ruso, el austriaco y el prusiano. No hablo del gobierno francés, porque éste no hizo sinó encorvar la cabeza á causa de una emperatriz española, devota hasta el fanatismo que dijo á su marido: «Pásame el Papa, y te permito todo lo demás.»

»La mar crece, la ola se agita, y os invade por todas partes; su espuma salpica hasta este escollo del Vaticano donde el papado se halla hoy varado, y vos permanecéis con los brazos cruzados, porque confiáis, tal vez, en un mila-

gro; pero tened en cuenta, que el milagro es un aliado de grave compromiso que tiene necesidad de salvación para sí mismo. Os habéis interrogado, y al favor del recogimiento de vuestras horas de meditación, habéis dicho, sin duda: Yo podría muy bien ser la víctima de esta institución inefable que hace de todos los papas uno solo y un mismo personaje, S. Pedro, por muchos cónclaves que se hayan repetido. Vos, sois ellos; ellos son vos, por una ley nueva de metempsicosis: lleváis sobre vuestra cabeza la solidaridad de todos los actos que ellos han practicado, y aceptándolos con vuestro silencio, los cometéis á vuestra vez. Toda la sangre que ellos han vertido en nombre de la Iglesia, vos la habéis derramado en virtud de ese principio de reversibilidad que hace de todos los papas un solo hombre, ¿qué digo? el mismo hombre tirado en muchos ejemplares. ¿No os ha sucedido muchas veces ver pasar durante la noche, en vuestras meditaciones, legiones de condenados, y oírles exclamar «tú eres, si, el papa eterno que nos has asesinado ó quemado en otro tiempo? y inada has hecho todavía para expiar tu crueldad!

» ¡De rodillas! Santo Padre, y decid vuestro acto de contrición; daos golpes en el pecho, y pedid perdón por el crimen de la Inquisición que es el más monstruoso acto de ateísmo que jamás ha tenido lugar á la luz del sol. La contrición del mismo infalible no es una muestra de debilidad, sinó una prueba de fuerza, porque es el rescate del alma arrepentida, y su rehabilitación ante la historia. Cerrad la boca de todos esos aulladores del púlpito que vienen hoy, en el mismo

París, con la patente de su arzobispo, á hacer cínicamente la apología de Torquemada, para abrir el apetito á los catadores de carne de hombre tostado, que no pueden en la actualidad alimentar su muy católico canibalismo sinó con el humo del asado.

» Y después de este acto de arrepentimiento, levantaos á toda la altura de un papa emancipado de los otros papas; arrojad del templo á todos esos vendedores de milagros de falso, pero que venden á precio de oro sus potes de agua clara bajo el pretexto de que la buena Virgen ejerce la farmacia en grande escala para la curación de todas las enfermedades.

» Cuando hayais purificado la Iglesia de esta superstición, indigna de una religión seria, y que sólo compete á la policía correccional por fraude sobre la cualidad del artículo vendido, casad á los clérigos, creedme, y casadlos lo más pronto posible. El matrimonio es un desinfectante, ha dicho uno de los vuestros, el más truan de todos; desinfectadlos, y habrá más seguridad para los hogares, y sobre todo para la juventud masculina. No os pongáis más, ni coloquéis, por más tiempo, á vuestros levitas en contradicción con Dios permitiendo el fraude que hacen á la naturaleza, porque, cuando no puede ejercerse el comercio, se hace el contrabando.

» Cerrad el confesionario, creedme; que no es ese un lugar honesto. Hay muy poco tiempo que la Inglaterra se ha indignado porque la policía de Londres pretendió hacer pasar á ciertas pecadoras por el lazareto del dispensario y la confesión brutal del espéculum; y vos, ¿qué

practicáis cuando hacéis pasar á una joven más pura que el primer albor del alba sobre el rocío, por el dispensario, de muy distinto modo peligroso, del confesionario? El primer interrogatorio no enseña nada á la mujer que la haga sufrir, nada que ella no sepa ó no pueda saber; pero, ¿el segundo? ¡Madres de familia! vosotras que os habéis confesado, ¿os atrevéis á enviar á él vuestras hijas?

»¡Y qué! lo que ninguna mujer púdica osaría leer, sin que el libro la quemase los dedos, y lo arrojase disgustada, con violencia, ¿la es permitido, acaso, oírlo de boca de un celibatario curioso que la lleva de pregunta en pregunta hasta sus últimos atrincheramientos? El se goza y se complace en este orden de investigaciones, como si quisiera indemnizar á su imaginación de un voto demasiado difícil de observar, y se entrega, á expensas de su penitente, á un trabajo quirúrgico de vivisección de todo lo que hay de más íntimo y sagrado en ella, para investigar, de fibra en fibra, lo que es y lo que no es un pecado.

»Después de un cuarto de hora de *tête-à-tête*, y de aliento á aliento íntimo con su confesor, la mujer más sencilla conoce tan bien todas las extravagancias de los sentidos, como la cortesana más erudita con veinte años de ejercicio. Bastantes madres han pasado por esta escuela de aprendizaje de los misterios sexuales; más de una ha debido sentir el calor de su rostro y estremecerse; y sin embargo, conducen allí á sus hijas sencillas como la ignorancia. Y ¿acaso de las virginidades no es la más sagrada, la del pensamiento? Se dice que en otro tiempo, á la

creciente del Nilo, y en la festividad de Osiris, las madres poseídas de delirio sagrado iban, con sus hijas, á la oscuridad del templo para inspirarlas ideas impuras en ovación de aquellos acontecimientos.

»Cerrad el confesionario, Santísimo Padre; cerradlo lo más pronto posible, porque él es, no sólo un ultraje á la moral, sino también un estímulo al vicio por su complacencia en la aplicación del esponjeo que limpia para empezar de nuevo. ¿Qué es el tratado del Padre Guri para el uso del confesor? El arte de pecar sin cometer pecado con la ayuda del *distingo*, del *si*, ó del *pero*, de la secta de Ignacio?

»El robo, en principio, es un pecado; pero... en conclusión, podéis robar cuanto queráis por necesidad, cuando lo hagáis, por ejemplo, á vuestro deudor.

»El perjurio es, también, un pecado; pero... Un joven ha jurado casarse con una joven, y tal vez hasta ha tomado alguna prenda á cuenta sobre el matrimonio; mas él la consideraba rica, y resulta que es pobre; ¿se halla obligado á casarse?

»No, responde el Padre Guri, y con él toda la banda de casuistas, aun cuando la infeliz haya consentido en llegar á ser madre, bajo la fe de una promesa de matrimonio.

»Si en un libro público se habla de esta manera, ¿qué no debe decirse en el secreto del confesionario? Es preciso hacer á los jesuitas la justicia de que son los más hábiles mercachifles de la Iglesia, porque han inventado, primero que nadie, el buen mercado de los pecados para aumentar la cifra de su clientela.

»Arrojad al fuego el Syllabus, que no es sino un acto de enagenación mental. Charentón lo hubiera desaprobado en sus momentos de lucidez. El Vaticano lo ha impuesto á sus obispos; éstos lo han aceptado de rodillas, pero lo han maldecido interiormente. Los forzados á observarlo han desnaturalizado su sentido para atenuar su alcance, y entre otros el obispo Dupanloup; ¡pero habéis mentido Monseñor!

»El Syllabus, Santo Padre, cualquiera que sea el comentario que de él se haga, es el guante arrojado á la civilización, y de buena ó de mala gana, es necesario aceptar ó rehusar el cartel. Hablad, pues, desde lo alto de vuestro Sinai; pero creedme; apresuráos, porque es tiempo de hacer tolerable á la Iglesia, durante el interregno que separa al mundo antiguo del mundo nuevo.

»No se es ya fanático hoy; y el mundo sólo es anticuario, dejándoos á vosotros el beneficio de lo secular. Se tendrá para con vos el respeto que se debe á lo que fué, y á lo que tuvo su razón de ser hasta cierto límite; pero yo me engañaría á mí mismo si pretendiese meceros en cuna de ilusiones. Ni vos ni nadie puede regenerar el catolicismo, pero vos podréis honrar su fin. La muerte tiene también su gloria, y yo no sé qué melancólica belleza. En los desiertos del Nilo se encuentran esparcidas acá y allá elevadas columnas de granito aún en pie, como límites miliarios de tiempos pasados; y cuando la noche cae, y la llanura se sumerge en la sombra, su cima brilla con los reflejos del crepúsculo, y ellas reciben el último adiós del sol poniente.»

## XX.

¿Qué es el hombre? ¿Qué es lo que debe ser? Toda la moral está en ese conocimiento, y ella no es en el fondo sino la noción de nuestro destino, y la conformidad de nuestros actos á ese conocimiento.

El animal no tiene destino; obedece á una ley natural que no puede modificar ni quebrantar. La víspera es siempre para él, el siguiente día.

¿De dónde viene? ¿A dónde va? Hé aquí la eterna cuestión de toda religión, así como de toda filosofía. ¿Qué responde la Iglesia romana? Ella contesta, que el hombre es hijo del pecado, y que lo es, por haber escuchado á la mujer, que, á su vez, escuchó también á la serpiente.

Dios lanza al hombre del Edén, le retira la voluptuosidad de la pereza, y le impone el trabajo como castigo. *Tú trabajarás la tierra con el sudor de tu frente.* Y maltrata todavía más á la mujer: *tú engendrarás en el dolor:* su título de madre es, también, un castigo.

A partir de aquel momento, el hombre no es más que el mal encarnado; piense lo que quiera, sienta lo que sintiese, y haga lo que hiciese; no puede ya sino premeditar, sentir y hacer el mal sin que le quede siquiera la elección entre el mal y el bien, en virtud de su libertad; y de tal manera ha llegado á ser el mal un segundo sér

»Arrojad al fuego el Syllabus, que no es sino un acto de enagenación mental. Charentón lo hubiera desaprobado en sus momentos de lucidez. El Vaticano lo ha impuesto á sus obispos; éstos lo han aceptado de rodillas, pero lo han maldecido interiormente. Los forzados á observar lo han desnaturalizado su sentido para atenuar su alcance, y entre otros el obispo Dupanloup; ¡pero habéis mentido Monseñor!

»El Syllabus, Santo Padre, cualquiera que sea el comentario que de él se haga, es el guante arrojado á la civilización, y de buena ó de mala gana, es necesario aceptar ó rehusar el cartel. Hablad, pues, desde lo alto de vuestro Sinai; pero creedme; apresuráos, porque es tiempo de hacer tolerable á la Iglesia, durante el interregno que separa al mundo antiguo del mundo nuevo.

»No se es ya fanático hoy; y el mundo sólo es anticuario, dejándoos á vosotros el beneficio de lo secular. Se tendrá para con vos el respeto que se debe á lo que fué, y á lo que tuvo su razón de ser hasta cierto límite; pero yo me engañaría á mí mismo si pretendiese meceros en cuna de ilusiones. Ni vos ni nadie puede regenerar el catolicismo, pero vos podréis honrar su fin. La muerte tiene también su gloria, y yo no sé qué melancólica belleza. En los desiertos del Nilo se encuentran esparcidas acá y allá elevadas columnas de granito aún en pie, como límites miliarios de tiempos pasados; y cuando la noche cae, y la llanura se sumerge en la sombra, su cima brilla con los reflejos del crepúsculo, y ellas reciben el último adiós del sol poniente.»

## XX.

¿Qué es el hombre? ¿Qué es lo que debe ser? Toda la moral está en ese conocimiento, y ella no es en el fondo sino la noción de nuestro destino, y la conformidad de nuestros actos á ese conocimiento.

El animal no tiene destino; obedece á una ley natural que no puede modificar ni quebrantar. La víspera es siempre para él, el siguiente día.

¿De dónde viene? ¿A dónde va? Hé aquí la eterna cuestión de toda religión, así como de toda filosofía. ¿Qué responde la Iglesia romana? Ella contesta, que el hombre es hijo del pecado, y que lo es, por haber escuchado á la mujer, que, á su vez, escuchó también á la serpiente.

Dios lanza al hombre del Edén, le retira la voluptuosidad de la pereza, y le impone el trabajo como castigo. *Tú trabajarás la tierra con el sudor de tu frente.* Y maltrata todavía más á la mujer: *tú engendrarás en el dolor:* su título de madre es, también, un castigo.

A partir de aquel momento, el hombre no es más que el mal encarnado; piense lo que quiera, sienta lo que sintiese, y haga lo que hiciese; no puede ya sino premeditar, sentir y hacer el mal sin que le quede siquiera la elección entre el mal y el bien, en virtud de su libertad; y de tal manera ha llegado á ser el mal un segundo sér



más poderoso que el bien, que es para el hombre como otra sustancia infiltrada en toda su naturaleza física y moral, si bien que no se podría exprimir la esponja humana para lavarla, sin hacer destilar de ella el virus del primer pecado.

Y sin embargo; el hombre no tenía en sí mismo toda la identificación del mal. El Dios de la leyenda adhiere á nuestros pasos, siempre por espíritu de venganza, un sér todavía más maléfico que el hombre, después de su caída; este sér tiene por misión expresa pervertir hasta el crimen á cada uno de nosotros para que Dios pueda castigarlo más cruelmente, y este parásito del hombre mora dentro de nosotros mismos para inspirarnos la tentación del pecado.

Cualquiera que sea su nombre de guerra, él sale del fondo de la tierra, todavía embriagado de los encantos del infierno, y viene á hacer entre nosotros el corretaje de las almas para aumentar la cifra de la colonia infernal. Admitido este dato del destino humano, bajo la palabra de un mito, no puede ser otra su conveniencia, sino que el hombre pervertido por el pecado, y arrastrado sin cesar á la tentación del mal, por un intermediario designado para el objeto, no tiene otra cosa que hacer en el mundo que huir del pecado, para escapar de la condenación eterna. La teología de la venganza divina no ha inventado la inmortalidad del alma, sino para discernirla el honor de la inmortalidad del sufrimiento.

Huir del pecado, y cómo? Después de la caída de Adán, un Dios de mal humor ha hecho de todos nuestros organos, pecadores; de todas

nuestras facultades, pecadoras. Los unos y las otras no pueden conducirnos sino á la perdición, sin que sea posible suprimirlos á menos de destruir al hombre mismo; y es preciso, por tanto, comprimirlos, ó mejor todavía, anonadarlos.

El cristiano, perfecto en este orden de moral, debe preferir la insensibilidad á la sensación; porque siendo ésta, tal vez, un goce, todo goce es una infracción de la penitencia. El pecado flota constantemente á nuestro rededor, y se introduce en nosotros por todos los poros de nuestro organismo. No miréis; porque vuestra mirada puede encontrar la belleza, y todo lo bello es concupiscencia. No respiréis; porque podéis aspirar un perfume, y sólo el de los inciensos es el permitido; cualquier otro sería capaz de despertar al Demonio. No escuchéis; porque Dios sabe lo que se puede oír. ¡Ah! ¡si Eva no hubiese escuchado á la serpiente! Por el oído de la mujer es por donde ha entrado el mal en la humanidad.

Ignorad; la ignorancia es la castidad del espíritu, mientras que la ciencia es su intemperancia. El hombre no tiene necesidad de saber sino una cosa; que él es un sér impuro y que no puede restañar la mancha de su origen sino por medio de la penitencia. Pero ¿cuál es ésta? La reconciliación, la maceración, la flagelación y la lamentación. Un rosario, unas disciplinas y un cilicio; tales son las provisiones divinas para nuestra salvación, que se hallan al alcance de todos los cristianos, y aun podrían caer en las manos de un niño.

El trabajo es el primer castigo del hombre caído: el matrimonio el segundo, si no explícita,

á lo menos, implícitamente, según la teogonía de la Iglesia. Es para ella, un estado inferior, el *vas infirmius* de la teología; y todo lo más que ésta consiente, es relegarlo á la categoría de esos casos de fuerza mayor que es preciso tolerar, pero que no se deben alentar. La Iglesia pretende elevar el matrimonio al rango de sacramento; pero ¿qué pesa en su espíritu la madre de familia con su escolta de honor de hijos y nietos, al lado de una virginidad inveterada de sesenta años, que jamás ha hecho á su Dios la injuria de concebir?

Si alguna desposada se presenta en una capilla de su parroquia, con corona de flores de azahar en su cabeza, un suizo vestido á la francesa irá á recibirla á la puerta y la conducirá hasta el altar, golpeando el suelo con su alabarda, y el cura bendecirá, sin duda, en latín, la unión de los dos cónyuges; pero sólo lo hará con el borde de los labios, porque ¿qué es en el fondo esa bendición sinó la reprobación tácita del celibato, y una especie de aplazamiento indefinido para el mismo que bendice, de entrar en el orden de la naturaleza?

Pero, si una novicia del convento, por el contrario, llega ante ese mismo altar para consagrarse á Dios en el fondo de un claustro con la oscuridad en su rostro y la noche en su alma, ¡Ah! entonces no hay coquetería de tocador que la Iglesia no emplee para atraerla al yugo de ese asesinato del corazón auxiliándose con el armonioso sonido del órgano, y el perfume del incienso para cantar el *gloria in excelsis Deo!* porque el sacerdote acaba de arrancar una presa al demonio.

Poco há, sólo casaba un hombre con una mujer, y esa mujer maldecida desde el primer día, condenada á perpetuidad, todavía más, á engendrar en el dolor, como si este mismo dolor no fuese un lazo patético de más entre la madre y el hijo, cuando el amor maternal tiene necesidad de abnegación, y tanto más es inmenso cuanto mayor sufrimiento encarna. Pero por la consagración del velo, el sacerdote casa á la mujer con Cristo, místicamente, se entiende, porque de otra manera el ginéceo sería muy embrollado. Hay pues, á los ojos de la Iglesia entre el matrimonio y el celibato, toda la distancia que media entre el cielo y la tierra, ó entre Dios y el hombre; sólo Dios es el verdadero marido; y el matrimonio no es ya, desde entonces, sinó una infidelidad al Señor. Con esta concepción del matrimonio llevada hasta la última consecuencia, el mono, nuestro burlesco homónimo de figura bastaría para comprobar que el hombre ha existido.

El hombre, virgen á perpetuidad; la mujer virgen también: un sexo por un lado y el otro por el de allá, y ambos separados por un muro en forma de prisión para más garantía; tal es el ideal; pero le falta una sanción, y es que se envíe al presidio á todo monje sorprendido en flagrante delito.

La propiedad hija del trabajo, por más que haya podido decirse, lleva también el estigma del pecado original. El principio sagrado de lo tuyo y de lo mio, este agente provocador de la actividad humana, ha sido siempre rechazado por la Iglesia como un robo á la humanidad. Todo de todos, y nada de nadie fué su primera

palabra el día mismo en que bajaba del Calvario para ir á tomar posesión del universo. El Evangelio la había preparado bastante para el comunismo, con el menosprecio que el Mesías quería que se hiciese, en todas circunstancias, de las riquezas.

«Es una iniquidad, afirma S. Clemente, que se haya hecho decir á alguno, esto es mío, y á otro, aquello me pertenece, pues de aquí ha procedido el desorden entre los mortales.»  
«Toda propiedad está renegada por el Cristo, responde San Agustín, añadiendo, ¿de dónde vienen todos los males? Únicamente de la propiedad.»

«Toda propiedad, replica San Gerónimo, es una injusticia, porque un hombre no puede poseer sinó con detrimento de los demás sus semejantes.»

«La naturaleza, dice S. Ambrosio, ha creado el derecho de comunidad; y la usurpación solamente ha canonizado la propiedad.»

San Juan Crisóstomo ha llevado aún más lejos el menosprecio al derecho de propiedad: «todo propietario, dice, es un ladrón en el camino real.»

Pero al lado de la propiedad propiamente dicha, en la cual únicamente entraba la de los bienes raíces, existía la propiedad mobiliaria del numerario que se llama el capital, sin que éste lo constituya todo entero. El capital es infinitamente más complejo, y lo representa todo el trabajo secular economizado y revertido de generación en generación, así como toda exención del trabajo por hacer, por el trabajo ya hecho, sea en el campo, en el mar, en el ca-

mino, en el puerto, en la granja ó en la casa. Mas, para que el capital, este redentor de la humanidad pueda existir, es preciso que el valor de lo adquirido por el trabajo sea, á su vez, reproductivo de otro valor. Ahora bien; de todos los valores el más benéfico es el numerario, no sólo porque representa los otros capitales, como que los poneen movimiento, sino porque sobre todos ellos, él sólo permite el ahorro. Que se suprima la renta del dinero, y al instante se suprime el móvil del ahorro, para que nadie pueda economizar. La riqueza, ó por mejor expresarnos, la pobreza pública queda estancada en el momento que el hombre, no teniendo incitante para la economía, ha dejado de economizar. Cada uno gastará, día por día, lo que ha producido, y no querrá legar á lo porvenir, sinó lo que haya recibido de lo pasado, y la herencia humana será despojada de todo lo que le aporte el ahorro.

Y sin embargo, la Iglesia siempre poseída de la idea de que el trabajo es un castigo y de que el castigo podría hacerse agradable por la riqueza, ha procurado herir de esterilidad al numerario por el interdicto que ha lanzado sobre el préstamo con interés. No sólo ha hecho del préstamo interesado por mínimo que sea, un pecado, sino que también ha obligado á la legislación civil del antiguo régimen á calificarlo como un delito, y todavía más, como un crimen castigado con la pena infamante de la picota.

Colbert quiso fundar en París una banca bajo el modelo de la de Amsterdán. Bosuet le significó en nombre de la asamblea del clero

que renunciase á esa herejía so pena de excomuni6n, y Colbert agobiado por esta amenaza, tuvo que renunciar á la primera de todas las instituciones de crédito.

El negro esclavo no podía poseer sin6 su peculio, es decir el poco dinero que su amo le daba, 6 le abandonaba á título de generosidad 6 de recompensa. De todos los medios de prosperidad, el más sagrado era, seguramente el peculio, puesto que podía emplearse en el rescate del mismo esclavo; pero para festinar, 6 permitir este rescate, era preciso que el negro pudiese sacar de él algún beneficio en calidad de interés.

Se consultó á la corte de Roma, á cuyo frente se hallaba Benito XIV, el papa mejor del siglo XVIII, y respondió impiamente: «N6, el esclavo no puede sacar renta alguna de su peculio, aunque sea para redimirse de la servidumbre, porque la interdicci6n del préstamo con interés es un dogma de la Iglesia, inmutable, invariable como lo ha probado Bosuet; un dogma *ubique et semper* inscrito en el Evangelio: *mutuum date nihil inde sperantes* confirmado por todos los concilios, afirmado por todos los papas, impreso en todos los catecismos hasta el año 1822 en que desapareció de repente por un acuerdo de la Penitenciaría que permitía el préstamo á interés con tal de que se hiciese á la buena fe. Cuando se le preguntó lo que quería dar á entender, con que fuese á la buena fe, replicó: «Ya he respondido;» y desde entonces no ha sido posible sacar de Roma otra respuesta.

No es menos cierto que durante mil ocho-

cientos años la Iglesia tuvo reprobada la primera virtud del trabajo que es el ahorro; y cuando se vió precisada á capitular ante un siglo de producci6n que más importancia daba á su dinero que á un dogma, ha autorizado el préstamo á interés por medio de un equívoco, que salvó el amor propio del principio, rehusando, no obstante aplicarlo. Ahora, católicos, prestad á premio con toda seguridad de conciencia; vuestros padres no podían hacerlo, pero vosotros sí, con tal de que os parapetéis con la buena fe; es decir, que cobrando interés, tengáis la intenci6n de creer que prestáis sin premio ninguno: mentid á vuestra conciencia, y no cometéis ya pecado de ninguna clase.

Así pues, cuando la ley de la naturaleza, que es la más auténtica de las revelaciones nos dice, «trabajad,» la Iglesia nos enseña «no trabajéis;» cuando nos dice «casaos; la familia es por sí sola toda una religi6n que tiene por piedra fundamental el altar,» la Iglesia responde: «no os caséis, porque el celibato es el verdadero estado de santidad;» cuando, en fin, la ley natural nos dice: «poseed, porque la prosperidad es la prima del estímulo al trabajo,» la Iglesia dice, «tened cuidado, que la propiedad es una excitaci6n á la riqueza, y la riqueza á la perdi- ción.»

Hay, en una palabra, entre el destino del hombre, tal cual está acreditado por la historia, que es la naturaleza en acci6n, y el criterio encontrado que de él ha formulado la Iglesia, la distancia inmensa de la mitología á la realidad.

## XXI

Dios es perfecto, luego ha creado al hombre perfecto. Así lo dice la Iglesia; pero con tal perfección que la perdió inmediatamente, pues su primer paso sobre la tierra fué en falso y la humanidad cojea todavía por él.

El hombre, por el contrario, decimos nosotros, ha comenzado por ser imperfecto, y es esta misma imperfección la que constituye su grandeza, porque ella lo ha obligado, á impulso del áspero látigo del sufrimiento, á tomar la superintendencia del planeta. El es, entre todos los seres, el único que ha venido incompleto al mundo, pero el *confeccionador* universal le ha transmitido su dón de creación, diciéndole: «Acábate tú mismo.» Ha nacido, pues, para progresar, y sólo progresando, es que hace honor á su origen, y obedece á su destino, es decir, á la moral. ¿Dudáis de ello? Pues comparad su punto de partida con su punto de actualidad; ¿qué era él en su principio, y qué es en nuestro tiempo? Y nuestra época no es todavía la última etapa del progreso.

La ciencia ha vuelto á encontrar el extracto de nacimiento de la humanidad inscrito en la

última página de la época cuaternaria. Sabemos hoy con los comprobantes en la mano, que nuestra especie data de más de cien mil años y que es contemporánea con el *Elephas primigenius* y el *Ursus speluncus*, tipos borrados, hace siglos, del catálogo de la historia natural.

¿Qué era el hombre en aquella época prehistórica? Podemos decirlo con toda certidumbre, puesto que hemos encontrado el mobiliario completo de su existencia, yacente al lado de su esqueleto; y era, lo que es ahora el salvaje más atrasado. Sea por el papóu ó por cualquier otro oriundo de Polinesia podemos darnos cuenta de nuestros primitivos abuelos. El hombre, reducido, entonces, á su minimum de existencia, no era sinó un animal como otro y menos bien organizado para su defensa y para su alimento. Rodeado de florestas vírgenes, de pantanos, de hondonadas, de montañas, de torrentes, de precipicios, estaba con su talla perpendicular, colocado en falso sobre dos piés solamente, que lo exponían, en su marcha á una caída continua, llegando á ser, en suma, prisionero del espacio.

No tenía otro vestido que su epidermis, otro alojamiento que un hueco de caverna tapado por la noche con un pedrusco de roca. El matrimonio no era para él, sinó la cópula sazónada con la violación; la mujer, sinó una hembra que usaba, y después de haberla aprovechado, la abandonaba y no pensaba más en ella. El macho de esta pareja de casual encuentro absorbido en la implacable necesidad de proveer á su alimento, cazaba al venado, devoraba una parte en el acto, y se llevaba el resto para co-

merlo más tarde en estado de putrefacción; dormía, después, en su antro con el sueño del bruto, y aspiraba en medio de sus somnolencias los perfumes de la carne corrompida.

Si este período de salvajismo hubiese persistido, el hombre no habría sido sinó un espécimen curioso de bestialidad, que no se distinguiría de sus cofrades de dientes caninos sinó por la particularidad, precisamente en su desventaja, de tener dos piernas de menos que los otros carnívoros, para correr en persecución de su alimento.

El clero ha podido decir á Dios «el trabajo es un castigo;» pero Dios ha respondido por la historia de la humanidad á los falsarios de su palabra enalteciendo sin cesar, en dignidad, al hombre; «y ¿por medio de cuál providencia? Por la facultad del trabajo.» ¿Qué es pues el trabajo sinó la acción del hombre dirigida por su inteligencia, y apropiada por ésta á su triple necesidad de sentir, de pensar y de producir? ¿Dónde estaría, entonces, el castigo? ¿En la acción? Pero mientras más poder de obrar tiene el hombre, más se aleja del animal. ¿En la inteligencia? No podríamos, entonces, bendecir, bastantemente, nuestro castigo.

Porque, en fin, si el salvaje de la época glacial es el hombre del siglo xix, ¿á quién lo debe? A su cerebro primero, y después, á su mano que es el apéndice de aquel, al mismo tiempo que el más admirable teclado del movimiento, puesto que de la mano dirigida por el cerebro es de donde el hombre ha sacado todos sus instrumentos de trabajo, como otros tantos órganos nuevos de su cuerpo, que puede tomar,

dejar y volver á tomar á su voluntad. El cerebro manda, la mano obedece, y á medida que el hombre pone en el extremo de sus dedos algún objeto con que alargar esos mismos dedos, bajo la forma de instrumento de trabajo, crea en sí un hombre nuevo, y prolonga más y más, la esfera de su existencia.

En la época en que no vivía sinó de la caza, cazaba sin cesar, pero no mataba siempre. Cuando no mataba, ayunaba y sufría; pero el dolor es una Némesis bienhechora que le fuerza á inventar un alimento menos precario que el del venado. Lo busca en su cabeza, y lo encuentra en la presa reservada del ganado que cría para la hora de la comida. Pasa, entonces, del estado de cazador al de pastoral; y así como llevaba antes por todo vestido la piel del animal, viste ahora la lana tejida del carnero; y si entonces se alojaba en el agujero de una roca, habita hoy la casa nómada de la tienda para estar á la mira, de horizonte en horizonte, de la tribu balante, á su cuidado, y proporcionarle pastos convenientes.

La mujer, hasta entonces indivisa entre todos los miembros de la comunidad para pertenecer al primero que la encontrase, ha llegado á ser una propiedad, y su propietario la toma bajo su protección contra los merodeadores que pretenden someterla al pillaje. Pero el alimento sacado de la carne del rebaño, menos incierto, sin duda, que el de la caza, entregaba, no obstante al hombre á la eventualidad del hambre, puesto que se consume más rápidamente de lo que hace su reproducción; y entonces inventa, siempre bajo la instigación del sufrimiento, el trigo,

que no ha podido encontrarse todavía en estado natural. Una vez en posesión de un alimento incorruptible que puede conservar un año para consumirlo á discreción en sus necesidades, no vaga más y fija su permanencia: la morada transitoria de la tienda toma consistencia en el suelo, bajo la forma de casa.

Habia domesticado antes la cabra, el perro, el carnero, y trae á su servicio el bucy, el asno, el caballo y ha encontrado el medio de producir fuego del sílex, y de reproducirlo indefinidamente. Hélo aquí, señor del mundo: él funde, pule el metal, y lo ductiliza para su más apropiado uso; fabrica la paleta, el serrucho, el arado: siembra el trigo, la cebada, el lino: planta la viña, el olivo, el manzano; y con el fuego en la mano, arrostra la naturaleza que no lo había maltratado en apariencia sino para excitarlo al progreso; ataca la floresta, la abre de medio á medio, arranca las malezas, reduce en cierta manera, á cautividad la naturaleza en su propia casa; llega el invierno, y el hombre continúa el estío con un tizón encendido en el hogar; desaparece el sol, y el hombre retiene la luz en el aceite de la lámpara prolongando el día con la velada: transporta, el arroyo que ondula cerca de él, á la arcilla de su jarra, y aprisiona, en fin, entre los cuatro muros de su casa, el calor, la luz, la mies y el río.

El prisionero del espacio se escapa de sus ataduras: el torrente lo detenía; pero arroja un puente, y pasa. La floresta virgen lo rechazaba con sus inextricables tejidos de espinas y de lianas, pero se abre una ruta y pasa: la mar lo bloqueaba, pero arroja una balsa sobre la ola,

y atraviesa, y enlaza así la isla al continente, y éste á otro continente. Y por todas partes en que pone el pié para fundar allí una colonia, hace cambiar de aspecto á la tierra, la humaniza en cierta manera, y á su naturaleza primitiva de precipicios, de pantanos, de espesos bosques superpone otra naturaleza puramente humana de campos, viñas, prados, pueblos y ciudades, para ostentar que él también es un creador en el universo.

Pero el hombre no es solamente un sér que come y que bebe; es también un sér que siente y que piensa, y tiene una necesidad invencible de sentir y de pensar en común. Su voz no era en su origen, sino un gáñido ó un aullido, el sonido repercutido, agudo ó áspero, de una emoción de alegría ó de espanto: más tarde modula el sonido y lo trasforma; y rima la palabra, y llega hasta formar la poesía. Mas, esta palabra no hace sino pasar de un oído al otro, y el hombre la fija por medio de la escritura, para que hoy la voz de Homero nos llegue desde el fondo de los siglos, y podamos ser en realidad sus contemporáneos.

No hacemos aquí sino hojear el libro del progreso, y al volver rápidamente la página, no podríamos sino repetir lo que hemos dicho ya en la *Profesión de fe del siglo XIX* (1).

A este mundo material del globo, recorrido de un extremo á otro por el hombre, registrado, profundizado hasta en sus abismos para extraer de él la hulla, esta alma de la máquina, es indispensable añadir otro mundo intelectual

(1) Obra publicada del mismo autor.—N. del T.

que hace del hombre, el sublime inspirado de la creación, y pone su inteligencia en contacto con la divinidad: y ¿es de este gran favorito del infinito, de quien queréis hacer yo no sé qué condenado de pecado original, ó qué apercibido por la justicia?

Pero volved la cabeza, y mirad de frente el siglo XIX, este glorioso heresiarca que tiene, particularmente, el dón de irritaros. ¿No ha tenido la insolencia de operar milagros un poco más auténticos que las citas de la santa Virgen con los pastores? Él ha alistado á su servicio el vapor, este obrero por día, que hace por sí solo el trabajo de cuatrocientos millones de brazos, que corta los istmos, que perfora las montañas, que cubre los mares con la banderola de humo del va y viene de las innumerables escuadras de comercio, que aproximan los continentes á tan corta distancia que no semejan ya sinó archipiélagos, y entremezclan los pueblos de tal suerte, por su incesante movilidad de tamizes de caminos de hierro, que se diría que la Europa no forma más que una ciudad, y que no se tiene que atravesar más que la calle para ir á casa del vecino.

¿Quién habla hoy de tiempo ni de espacio? Los días no son más que horas, y los viajes paseos; y en estos momentos como si nuestro siglo fuese el núcleo de los grandes descubrimientos, la ciencia ha evocado la electricidad de la materia en que dormía para entregarle la transmisión de su palabra. La Europa y la América, sentadas frente á frente, á mil leguas de distancia, entretienen fraternal conversación por el fondo del Océano.

El teléfono imprime tal alcance á la voz que del interior de su cámara, cada uno de nosotros puede asistir á una representación de ópera.

El gas convertido en un cielo de recambio releva al otro á la caída de la noche, y le devuelve estrella por estrella. ¿Y es en estos momentos en que el hombre escoltado de más esplendores y rayos que jamás iluminaron al profeta del Sinaí, abarca al mundo entero en su inmenso abrazo de Briaree (1), cuando sesenta clérigos vestidos de rojo vienen á hablarnos de nuestra decadencia! Señores cardenales ¡cuán pequeños sois al lado de la ciencia!

Y todo esto, camino de hierro, buque de vapor, iluminación de gas, ¿qué es sinó la ciencia maldecida por la Iglesia, la ciencia divina que, en menos de tres siglos, ha improvisado, acumulado descubrimiento sobre descubrimiento, el cálculo diferencial, la ley de gravitación, la física, la geología, la paleontología, la química, la fisiología y la biología?

¡Lo veis, pues, por los ojos de vuestros sentidos, hombres de tiempos antiguos! La ley del progreso, nuestro destino, nuestra moral están escritos con letras de oro, en cada renglón de nuestra existencia. Todo lo que os llega, todo lo que vosotros tocáis, vuestro alojamiento, vuestro hábito, vuestro libro, vuestro reloj, vuestro ser entero, todo es progreso, y repite á vuestro espíritu la palabra *progreso*, que es la consigna de la humanidad, y como consecuencia, el primer dogma de la moral.

(1) Gigante de cien brazos y cincuenta cabezas que atacó al cielo.—N. del T.



Pero ¿qué es él en sí mismo? Es el acrecentamiento de vida; no podremos cansarnos de repetirlo; el crecimiento de vida física, por mayores riquezas; de vida moral, por más simpatías; y de vida intelectual, por más vastos conocimientos. El hombre moderno vive más, en el mismo lapso de tiempo, que el hombre antiguo, por la variedad, y por la multiplicidad de sus actos, de sus emociones, de sus ideas. Cuando la víspera es exactamente semejante al día siguiente, éste y aquélla no constituyen sinó una sola jornada.

La moral católica por el contrario, es la negación de la vida. La vida para ella no es más que una prueba ó una expiación, y lo mejor que puede hacer el hombre es morir, para ir á revivir en otra parte. Cuando yo veo al clero pretendiendo detener la marcha de la humanidad, me parece ver á aquel negro de Santo Domingo que metía su cabeza por la boca de un cañón para impedirle que tronase. Yo he tomado el pulso del enfermo, y se agita todavía, pero con una pulsación tan tenue que el anciano parece que vive aún por hábito, y por haber olvidado morir.

¿Quién le sucederá?

## XXII

La filosofía, responde Jouffroy; puesto que ella es la última expresión del espíritu humano.

Nó, replica Cousin que fué menos un filósofo que un flautista muy hábil para modular aires variados sobre no importa qué tema de metafísica. ¿Para qué pretender el reemplazo de la religión por la filosofía? Una y otra tienen en la sociedad su respectivo dominio, y puede añadirse, su atribución personal. La religión es una moral elemental, suficiente para quien no tiene la suma de estudios con que profundizar el grande alcance del problema humano.

La filosofía dice al hombre, ¡piensa!; pero el pensamiento es artículo de lujo que supone cierto grado de instrucción. La religión, por el contrario, le dice ¡cree! Hay que tener economía de tiempo; y bajo este concepto, una punta, aunque sea una sola punta de superstición puede tener su utilidad; porque ocupa al espíritu de la multitud y la distrae de la miseria. El fenómeno de la refracción es el beneficio del desierto, pues presenta al viajero moribundo de sed una cascada de agua en el horizonte, cuya ilusión lo alienta para ir adelante y soportar el peso abrumador del sol.

Pero ¿qué es él en sí mismo? Es el acrecentamiento de vida; no podremos cansarnos de repetirlo; el crecimiento de vida física, por mayores riquezas; de vida moral, por más simpatías; y de vida intelectual, por más vastos conocimientos. El hombre moderno vive más, en el mismo lapso de tiempo, que el hombre antiguo, por la variedad, y por la multiplicidad de sus actos, de sus emociones, de sus ideas. Cuando la víspera es exactamente semejante al día siguiente, éste y aquélla no constituyen sinó una sola jornada.

La moral católica por el contrario, es la negación de la vida. La vida para ella no es más que una prueba ó una expiación, y lo mejor que puede hacer el hombre es morir, para ir á revivir en otra parte. Cuando yo veo al clero pretendiendo detener la marcha de la humanidad, me parece ver á aquel negro de Santo Domingo que metía su cabeza por la boca de un cañón para impedirle que tronase. Yo he tomado el pulso del enfermo, y se agita todavía, pero con una pulsación tan tenue que el anciano parece que vive aún por hábito, y por haber olvidado morir.

¿Quién le sucederá?

## XXII

La filosofía, responde Jouffroy; puesto que ella es la última expresión del espíritu humano.

Nó, replica Cousin que fué menos un filósofo que un flautista muy hábil para modular aires variados sobre no importa qué tema de metafísica. ¿Para qué pretender el reemplazo de la religión por la filosofía? Una y otra tienen en la sociedad su respectivo dominio, y puede añadirse, su atribución personal. La religión es una moral elemental, suficiente para quien no tiene la suma de estudios con que profundizar el grande alcance del problema humano.

La filosofía dice al hombre, ¡piensa!; pero el pensamiento es artículo de lujo que supone cierto grado de instrucción. La religión, por el contrario, le dice ¡reee! Hay que tener economía de tiempo; y bajo este concepto, una punta, aunque sea una sola punta de superstición puede tener su utilidad; porque ocupa al espíritu de la multitud y la distrae de la miseria. El fenómeno de la refracción es el beneficio del desierto, pues presenta al viajero moribundo de sed una cascada de agua en el horizonte, cuya ilusión lo alienta para ir adelante y soportar el peso abrumador del sol.

En cuanto á nosotros, los felices del siglo, los delicados del espíritu respecto á todas las menudencias voluptuosas del diletantismo del pensamiento, abandonamos, caritativamente, la religión á nuestras mujeres, que forman también parte del pueblo por la debilidad de su razón; y tomamos para nosotros, todo lo más, lo que de ello es necesario conservar, para dar buen ejemplo á nuestro cocinero ó á nuestro zapatero. Somos filósofos, nosotros, los bastardos de la enciclopedia, pero entre nosotros mismos, con disimulo, y en gabinete particular. La filosofía es la aristocracia de la inteligencia: no creemos á los charlatanes de la teología; pero recomendamos al pueblo que crea en su palabra, porque el dogma de la resignación es un preservativo contra el espíritu de rebelión. No nos reímos ya, como en otro tiempo, á carcajadas, del Dios de los simples, porque temeríamos ser oídos desde la calle; y solamente nos sonreímos, sin perjuicio de arrodillarnos, á su presencia, el día siguiente á una revolución.

Hé aquí lo que dicen esos volterrianos disfrazados de devotos. Estaba reservado á nuestra época conocer un tartujo nuevo, el hipócrita filósofo, que no espera más que la vuelta de la monarquía, para convertirse en ateo; pero mientras tanto, va regularmente por la mañana á la misa, y por la noche al teatro de la Opera.

Si estos hombres dobles que tienen una palabra y un pensamiento; la primera para el público, y el segundo, para sus secretos conciliábulos, mereciesen réplica, podría responder-

seles. No hay en este mundo dos órdenes de creencias, por la razón de que no existen dos clases de almas en la humanidad. Se conoce para el espíritu, como para todas las cosas, una ley de equilibrio, y la idea tiende, continuamente á tomar su nivel; y cuando la parte alta de la sociedad es incrédula, la baja está ya á medio camino de la incredulidad. En vano para obtener el cambio de un pueblo habréis de tomar el tono de su creencia hereditaria. La hipocresía no tiene el dón de la conversión.

El motivo mismo que os lanza á jugar con la religión, excitará al pueblo á negarla, porque para vos como para él, Dios no es aquí sinó el nombre de guerra de una idea política. Heos, pues, reducidos á la extremidad de ser sinceramente religiosos, ó de ver al pueblo filósofo: escoged.

Por otra parte, los herederos directos del siglo xix dicen: ¿Por qué tentar una reconciliación inútil entre la razón y la religión? ¿Qué pueden ellas ganar con un acomodamiento? ¿Qué es lo que puede la una aprender de la otra que no lo sepa ya de antemano? ¿Acaso ellas no han trabajado, cada una por su parte, en el mismo problema? Si, acerca del propio desideratum, han encontrado ambas la misma solución, ¿por qué pretender reunir las su paridad de convicción las ha fusionado ya.

Si, por el contrario, han formulado una conclusión diferente, ¿por qué procurar aún reconciliarlas, cuando la divergencia de su conclusión las mantiene forzosamente separadas? Forzáis la una á sacrificar á la otra, lo que ella cree la verdad, y la asociáis á una mentira.

¡Y qué! la filosofía, la última en fecha, habrá luchado, sufrido fuera de la religión, y con frecuencia contra ella, vivido, crecido con todo lo que ella ha comprobado ó arrebatado á la religión; y ahora, que ha ganado con su sangre y con su sudor su parte de campo y de sol, ¿había de ir á pedir perdón á la teología, de su victoria, y á restituírle su conquista? Esto no sería una alianza para la filosofía; que importaría una abdicación; y puesto que ha comenzado á libertar al espíritu humano de la servidumbre, debe proseguir, hasta el fin, la obra de emancipación. Ella no tiene el derecho de contar los anillos de la cadena, para decir, yo rompo tantos, y te dejo tantos por espíritu de conciliación. Nó: la razón libre ó la razón esclava; no hay término medio: su dignidad no concilia transacción alguna. Así pues, mientras que la filosofía no haga de la razón perceptible, la revelación progresiva; y de la conciencia, la única iglesia del Dios vivo, no habrá hecho nada, y debe conservar su puesto de combate.

Decimos á estos filósofos: ¿Queréis, no es esto, que el hombre único sacerdote de su culto en lo adelante, no piense sinó por sí mismo, y no crea sinó lo que pueda comprender? Estamos con vosotros; pero vuestro culto es un hecho puramente individual, simplemente destinado á ocupar en el mundo el sitio de vuestro sillón; todo para vosotros; y fuera de vosotros, nada, ni siquiera un ejemplo.

Para representar su propio dogma, y ser juez de ese mismo dogma, es necesario tener talla y condición capaces de poder separar el error de la verdad; es decir, hallarse en edad de razón

y en plenitud de inteligencia. La voluntad no basta; es preciso también el estudio, y, además, la reflexión. Ahora bien; para llegar á tan alto ¿cuántos se hallan en estado de gracia? Contadlos. Uno por mil todo lo más. Y esta creencia puramente individual ¿puede bastar á la humanidad? Al individuo, si, no hay duda, cuando se llama Marco-Aurelio; pero ¿cuántos Marco-Aurelios contáis por siglo?

En cuanto á las otras almas, multitudes sencillas, confusas, oscuras, á medias ó por completo sumidas en la noche de su ignorancia ¿qué lugar las ofrecéis ante Dios respecto del vuestro? Excluidos de la religión que declararéis insuficiente, velados de la filosofía que no pueden comprender, los condenáis á errar indefinidamente por el orilladero de la verdad sin tener, jamás, la última palabra de su destino.

Se les enseñará la moral, respondéis, y si ellos no consiguen la metafísica del bien, tendrán, á lo menos, su noción práctica, y esto basta.

¿Basta esto? veámoslo. Se puede concebir que vos, filósofo por estado y por temperamento, que tenéis, á cada instante del día, el pensamiento investigador de la verdad, y la verdad, por consiguiente, siempre presente en vuestro espíritu, podáis vivir en plena seguridad, resguardado con esta infatigable centinela: que ninguna preocupación pueda distraeros, ni tentación alguna sorprenderos: que para cada acto ó exigencia de la vida tenéis una respuesta prevista, de mucho tiempo formulada en vuestra conciencia.

Pero, cuando no se ha nacido bajo una estrella bastante feliz para filosofar apaciblemente por grados, desde la salida hasta la puesta del sol, cuando se debe contar con la vida, y esparcir el ánimo al viento de la acción cómo es posible mantenerlo en vigilancia, y hacerle pensar que se tiene un destino más elevado que la obra del momento?

El hombre no es tan rigurosamente puro espíritu, para que, sumergido como está en el mundo del trabajo, y, sin cesar, también distraído por la infinita movilidad de la sensación, no tenga necesidad de tomar en la materia un punto de apoyo contra la materia misma, y pedirle, frecuentemente, un medio de llamarlo á la moral. El Dios del progreso ha querido, y hé aquí la belleza de nuestra naturaleza, que todas las veces que tengamos alguna cosa buena que decir, nos impulse la necesidad de comunicar nuestra convicción; y cuando yo creo poseer una verdad, esta verdad me ahoga, si no la participo con mi semejante. Busco la virtud, pero perecería en el empeño, si en el duelo de la vida, nadie quisiese servirme de segundo.

¡Ah! lejos de esto, por yo no sé qué admirable ley de solidaridad, el hombre debe vivir, á cada instante, en presencia del hombre para recibir de él y darle también una lección de moralidad. Ayúdame y yo te ayudaré; sostenme y yo te sostendré; y todos juntos, elevando nuestra alma á un mismo tiempo y fortificándonos con la fuerza colectiva de la comunidad, podremos realizar muy fácilmente, la más gloriosa de todas las obras, la obra del deber; si, la más gloriosa, puesto que ella es, sin cesar, la victo-

ria de la parte ideal de nuestro sér, sobre lo que hay en él de más inferior.

El hombre es débil, entregado al aislamiento: tiene necesidad, y allí está su fuerza, de vivir al lado y bajo la mirada del vecino, de pedirle y de prestarle otra fuerza de simpatía, de llamarlo á testificar y servirle á su vez de testigo, de trabajar con él en el mejoramiento de su espíritu, y de renovar, por último, un contrato de buena resolución y de reciproco deber. El es tanto más bravo, cuanto más, en fila, marche al fuego; tanto más virtuoso, cuanto más lo sea en corporación, bajo la enseña y con el impulso incesante de la familia espiritual, llamada una religión. El vive en ella y para ella; á lo menos para su aprobación y su estimación; absorbe, en este hogar irradiante de la fe común, el secreto de la abnegación y del martirio; asociación estrecha en un buen pensamiento, virtud sobrehumana entre asociados. Leed, para convenceros de ello la historia de los primeros cristianos.

La Iglesia, ó la moral en participación, en lugar preciso, á hora fija, con signos y actos comunes; tiene, pues, un poder de exitación al bien, que no posee, que no podría tener la filosofía solitaria absorbida en su delirio; y puede hasta considerársela como un seguro mutuo de virtud.

Pero una religión cualquiera, aunque tuviese con la identidad de signo, lo cual es posible, la unidad de interpretación, que sería extraordinario, no tendría, sin embargo, el derecho de decir: soy única y universal; porque para afectar semejante ambición, debe abrazar, en la armonía y la generalidad de sus dogmas, el desarro-

llo integral de la humanidad, y vivir de acuerdo en todo y por todo, con ella, con sus leyes, sus tendencias, sus revoluciones, sus transformaciones, sus descubrimientos y sus industrias: sin todo esto, la religión y la humanidad, la primera en nombre de dogma y la segunda en el de progreso, corren riesgo de vivir en estado de cisma declarado. El hecho de un lado, y del otro la idea; y si esa es la unidad, ¿qué sería la discordia?

Cuando una teología ha fijado su punto de honor en ser unitaria y exclusiva en oposición á la ley de este mundo que exige que la vida sea una y distinta á la vez, ha escogido una posición aislada y refractaria á toda conciliación. Ser lo que ella es, ó no ser, es su único destino. Ella debe absorber la sociedad en sí misma, ó ser absorbida por ésta, y ¿qué puede esperar sino que la incredulidad, por lascitud ó por nostalgia de la fe natal, la invada? Sería llevar demasiado lejos, fuerza es confesarlo, la intrepidez de la esperanza.

Una parte de la sociedad, y precisamente la más inteligente y la de más instrucción, ha roto con el dogma antiguo. Que tenga razón ó no, para no creer ya en él, no importa; lo cierto es, que no cree, y este es el hecho; y como todos somos libres de creer ó de no creer, según nuestra voluntad, ningún poder del mundo podría conseguir que la incredulidad repasase el río que ya ha vadeado. Allí, donde la fe no existe ya, puede haber un culto, pero no hay más que una sombra de Iglesia.

Entre tanto, yo tengo á mi lado los míos, para instruir, para edificar: á mi rededor se nace y

se muere: tengo que prever por mi mismo la manera de preparar la última partida, y por consiguiente practicar acto religioso á cada minuto de mi existencia, pero ¿ante qué altar y cómo? En la sociedad que vivo no veo sino una religión, y es precisamente la que he dejado por no encontrar en ella donde alojar mi razón. ¿Habría yo de ir á pedirle su manto prestado para parecer lo que me es imposible ser? ¿Iría á mentir á Dios y á mi propia conciencia ante la tumba ó ante la cuna, y sin tener la fe interior, jugar públicamente la pantomima de ella?

El alma verdaderamente religiosa no tiene pues otro recurso, después de haber abandonado la Iglesia oficial, que vivir en el estado de hipocresía ó de soledad, tomar la existencia como viene ó como pasa, limitada al día, sin atribuirle importancia alguna, y confeccionar una filosofía á la ventura, de tal condición, que abstrayéndose de toda cuestión de moral, pueda pensar después sobre ella lo menos posible para no fatigar su espíritu. La *indiferencia*; hé aquí, pues, la única religión que queda á todo el que haya salido de una religión clasificada. Pero desde el día en que un hombre no pueda entrar en colaboración del bien, en unión de otro, ni forma un propósito común con él para llegar á ser mejor, para pedirle y recibir de él, á cada instante, una conformación de buen pensamiento y de recto comportamiento, se encontrará condenado al aislamiento, ó lo que es lo mismo, la debilidad. En suma; hipocresía ó indiferencia: tal es la única alternativa del alma que ha llegado á perder la fe en el único dogma que ha conocido.

Ahora bien: la hipocresía es la desmoralización de una sociedad, y cuando un hombre ha subyugado su conciencia para hacer burla de todo lo que hay de más sagrado, irá, un día u otro, estad seguro de ello, por senderos cubiertos de sombras, tan lejos, como el sacrilego perfeccionado puede ir. No existe entonces crimen que no esté á su alcance; y desconfiad del hipócrita, porque tiene siempre dos títulos para ser malo. Lo es, primero, porque ama el mal; y segundo, porque quiere parecer sincero en una época en que la intolerancia pasa por una prueba de sinceridad. No queráis encontraros más con él, porque os haría quemar si pudiese, como la Inquisición.

Guardaos sobre todo, de desenmascararlo, porque es el mal entonces en partida doble, y tiene, por consiguiente, una duplicada injuria que vengar, realizando su venganza en esa misma proporción. Pero ese es, todavía, el menor inconveniente que tiene la hipocresía, pues el otro mayor es que, á fuerza de convertirse en hábito adquirido, la falsa piedad concluye por alarmar la opinión contra la fe sincera, y arrojar el mismo trastorno en la conciencia, como una falsa moneda en el comercio. Si la religión pudiese morir, la hipocresía la habría muerto.

En cuanto á la indiferencia, observad. Lo que veis es su obra, ó poco más ó menos. Y francamente, ¿qué podéis esperar de un hombre que carece ya de vida espiritual y que, al contrario, no tiene ocasión de volver en sí mismo, de hacer su examen de conciencia, de tomar un ejemplo, ó de pedir un consejo? Este hombre con toda seguridad, á menos de ser un ente

singular, verá extinguir, poco á poco, en su alma el sentimiento religioso, sin violencia, sin premeditación, y únicamente porque ha perdido la facultad de ejercitarlo en comunidad con sus semejantes.

Para buscar compensación, empleará el interés en lugar del pensamiento. Amontonará, gastará y de momento gozará; ó esperará, para disfrutar momento más tarde; pero su previsión no irá más allá de estas estériles sensaciones; vivirá, en fin, con los sucesos del día, y buscará en ellos, no la idea del bien y del mal que ellos aporten, sino el resultado que ofrezcan de pérdida ó de beneficio. Y tendrá razón, porque tal es la lógica del excepticismo. Cuando ya no se cree en nada, se debe creer, á lo menos, en el provecho, porque una ventaja material, en la duda absoluta, es una cosa que ofrece certidumbre.

## XXIII.

El culto ó el sentimiento religioso en acción debería ser un llamamiento espiritual, á virtud del cual, la multitud acudiese al templo en traje de fiesta á sustraer su alma de la dispersión de la vida, del placer ó del trabajo, para recojerla ante Dios, y ofrecer en su presencia y á presencia de todos, un nuevo compromiso de respeto, por la parte divina de nuestra existencia.

El filósofo es el hombre de la razón; pero el hombre no es solamente razón sino también sentimiento: y ¿qué lugar otorga la filosofía al sentimiento? El hombre nace, trasmite su vida y muere: estos son los tres grandes dramas de su existencia; y ¿creéis que los ha representado con la elevada concepción que tiene y debe tener de su misión sobre la tierra, y más allá de la tumba, con una simple mención en el registro de estado civil? La mujer reclama una poesía más alta y una expresión más solemne para cada uno de esos tres instantes, y ¿dónde se encuentra esa grandiosa poesía y esa manifestación suprema, sino en la intervención y en la ceremonia pública de una iglesia?

Por su parte, la religión, demasiado soberbia

con sus ventajas bajo este punto de vista, dice á la filosofía: «¿Qué quieres tú de mí, y qué pacto armonizador, de buena fe, podemos ambos firmar? Yo hé nacido del cielo, y tú, hija de la tierra, has osado llevar tu mano á mi corona de estrellas. Cada una de tus palabras y de tus obras ha sido, para mí, una injuria, ó una humillación: tú has querido oponer verdad á verdad y yo te he devuelto desmentís por desmentís; no podemos estrecharnos las manos sin renegarnos, y sin renegar, con el mismo acto, de toda una biblioteca de polémica implacable, que hemos escrito, de una y otra parte, para devolvernos, recíprocamente, la acusación del error. Retírate, pues, que yo he manejado el mundo sin tí, y puedo, igualmente, continuar haciéndolo.»

La teología ha podido, en efecto, embrollar al mundo en otro tiempo; pero ¿puede, hoy, seguir embaucándolo? Una religión avanza ó retrocede; ninguna cosa en la tierra, por la ley inherente á la vida, permanece estacionaria. Ahora bien: si la religión en un día dado, llega á convertir la civilización europea en una montaña de piedra, era evidente que aquel día se hallaba en posesión de toda la suma de verdad correspondiente al estado intelectual de la humanidad. Pero si, por el contrario, ha perdido una parte de su conquista, es porque una porción de esa verdad perteneciente al alma humana ha pasado á otro lugar; y creer que ella la haya perdido sin motivo, sería suponer que cuando la ganó, carecía de razón.

¿Cuál es esa parte de la verdad? ¿Es, acaso, una fracción antigua que habría dejado caer en



el camino? De ningún modo: ella tiene hoy el mismo bagaje de ideas que antes ostentaba, y la parte que le falta no es sino una porción nueva, que un poder moderno ha descubierto fuera de la teología. Y ¿cuál es ese poder? Precisamente la filosofía, esa ciencia que ha creado un nuevo capital de ideas, que alardea su gloriosa enseña con ese nombre, y que lo conservará por todo el largo espacio que luzca la razón, aunque la religión rehuse por punto de honor, la participación que le ofrece de tan valiosa riqueza.

La religión no puede ser una letra muerta irrevocablemente fijada, y eterna sobre una hoja de papel. Lejos de esto; ella está viva, siempre dispuesta á la acción, siempre preparada al desarrollo, como para dar á cada uno la más abierta oportunidad de obrar, y el más espléndido campo de actividad. Así, el hombre, pensando por seguir su propio destino, y acumulando idea sobre idea, se eleva indefinidamente y retrocede de la propia forma en el horizonte de los conocimientos.

Todo descubrimiento nuevo es una nueva glorificación de Dios, mejor visto, y mejor comprendido. El espíritu del hombre es el espejo de lo infinito: engrandecer el espejo, es engrandecer la imagen: astronomía, geología, botánica, historia natural, dinámica, todo lo que es noción de algo más, todo lo que es vida de más, movimiento de más, desarrollo del ser humano: todo, todo esto es elemento integrante de una religión verdadera, puesto que todo nos ayuda á darnos cuenta de nuestro destino. Hé aquí lo que nos aporta la filosofía; y nos parece bas-

tante rico en beneficios positivos, para inspirar el deseo de su alianza.

Es evidente á primera vista, que una teoría de unidad ó de exclusión no puede entrar en contacto con la filosofía ó la libertad de pensar. La unidad absoluta en materia de creencias, á decir verdad, es una químera. La unidad consiste menos en el acuerdo exterior y por consiguiente de la unanimidad de los creyentes sobre ciertas palabras ó signos convenidos, que en una avenencia íntima y reflexiva acerca del sentido ó la interpretación de esos símbolos y de esas fórmulas. Para creer todos por igual, es preciso que todos comprendan con la misma igualdad: creer es comprender; y creer sin comprender, no es creer sino repetir.

La razón humana; es decir, la razón tomada en su universalidad está únicamente autorizada para constituir la verdad en la tierra; y aun cuando no estuviese facultada para ello, tendría el exclusivo derecho de juzgarla. Juzgar que una cosa es verdad, es declararla verdad en realidad, y ¿qué sería una creencia rechazada por el espíritu humano? Sería la fe de la nada.

Puede indudablemente, rodearse de silencio á un dogma, é impedir que se proteste contra él, bajo pena de excomunión; pero la ausencia de protesta no implica la unidad. La idea discordante para ser rechazada en el fondo del alma y condenada en secreto, no deja por esto de ser una desidencia y una herejía muda que no espera para hacer su explosión en el exterior sino un poco más de libertad, ó un poco más de valor. Mientras tanto, cada uno cree lo que quiere y como lo puede; cada uno lleva en sí

mismo una objeción, ó una reticencia; cada uno corta de la unidad de creencia una pequeña doctrina para su uso particular, y toma en fin, de la vestimenta de Cristo, el trozo que más le convenga.

Hé aquí el mal que nos corroe, y ¿cuál es el remedio que le es aplicable? Creer indolentemente, es obrar con indolencia: no creer nada, es obrar al azar; fingir que se cree, semeja á la cortesana que dice á su amante: yo te amo, y que un minuto después lo engaña. Allí donde la fe no existe, no hay grande alma, ni pueblo grande; la historia lo proclama.

Ah ¡Cuánto me hace sufrir en estos momentos la falsa ruta que aspecta querer tomar la democracia!

Ella mira, y con razón, al catolicismo como el Antecristo del progreso, que niega la razón, excomulga la ciencia, y en sus rabias de niño soplaría al sol para apagarlo. Comprendéis bien que entre él y la humanidad no puede haber ya contacto posible, que el mismo suelo no puede soportarlos, que uno de los dos debe desaparecer ante el otro; y lo que encontráis más adecuado para desembarazarnos de él, es mantenerle todo lo que constituye su fuerza, pero rechazando de su lado ese instinto de lo divino que ha podido cambiar de forma, y no puede perecer.

Queréis hacer el vacío religioso dentro y al rededor del alma humana, y colocar á ésta bajo la campana pneumática, y pensáis que ella puede consentir en ese género de suicidio por asfixia. Sois hombres, sois libres pensadores, y en vuestra soberbia arrogante de la superioridad

de la barba, habéis dicho *No* á la religión, porque á vuestros ojos la simple palabra *no* es el esfuerzo supremo del genio humano para la investigación de la verdad, y os pavoneáis con la feroz negación de todo ideal celeste; desengañaos. La mujer permanecerá siempre del cura, porque tiene frecuente necesidad de llorar, para no verse necesitada á orar. La es preciso también la vía pública que engrandece el estrecho recinto de la casa: el hombre la tiene en la política; la mujer la encuentra en la Iglesia; pero tened cuidado, que al entregar la mitad del género humano al clero, vais á consagrar bajo el techo conyugal, el divorcio espiritual de la mujer y del marido, y en ese antagonismo ¿quién sucumbirá? No es por cierto la mujer. Fieros vencedores del catolicismo: vosotros sois, con sobrada frecuencia, los vencidos!

No se destruye lo que se reemplaza, se ha dicho con razón. A una religión agostada no puede oponerse sino una religión regenerada, pero ¿cuál? Esperad un minuto. Voltaire ha dicho un concepto profundo: «El cristianismo no ha dado siempre buenos frutos, pero no debe cortarse el árbol, sino ingertarlo.»

Ciertamente, la Reforma ha sido, en el siglo xvi una grande Iglesia, porque ha restituido al fiel el derecho de creer por su propio criterio, lo ha relevado de la presión del espíritu, lo ha constituido en ciudadano libre de la ciudad de Dios, y le ha puesto en la mano la dirección de su conciencia. Y ha hecho todavía más; pues, concentrando la religión en la Escritura, y colocando la Biblia sobre el altar, en lugar de la eucaristía, ha trasportado la piedad, en el amor

á la lectura. Por la lógica de su propio principio, ha debido enseñar á leer más que ningún otro culto, y por tal razón desenvolver indefinidamente la instrucción del fiel.

Gracias á esta instrucción primaria que ha derramado sobre la cabeza de cada niño, como el agua de un segundo bautismo, ella se ha puesto, por toda la Europa, á la cabeza de la civilización. Nacida de la libertad, ha propagado por el mundo, sin saberlo y aun sin quererlo, el espíritu de libertad. Si se le piden, alguna vez, los signos de su misión, puede mostrar con la mano á la Suiza, la Alemania, la Holanda, la Inglaterra, la América y la Océania, y su misión quedará, entonces, bien justificada. Por lo que yo he realizado, puede ella decir, Dios estaba á mi lado, porque un gran pueblo no surge del azar.

Pero, puesto que la Reforma llegó en su oportunidad, y por resulta de una obra de aquel tiempo, ha debido tomar necesariamente el carácter de la época en que vivió y de la obra que estaba llamada á cumplir; y esta obra era ante todo, la libertad de conciencia. Ella tentó, pues, que luchar y que sufrir hasta la muerte, para conquistar ese derecho sagrado de todo ser pensante, y templar, de antemano, la voluntad del creyente, para el combate y el martirio. Adoptó, desde luego, el dogma y el culto de su obra en un siglo de asesinatos y hoguera; y de allí esa doctrina exagerada de la gracia, que sustrae, en cierta manera, al hombre de la tierra y lo coloca de frente ante Dios, con el alma llena de una fatalidad invencible, ó mejor dicho, de una inquebrantable resignación para

todo lo que pueda sobrevenir ó acontecer. Con la doctrina de la gracia, se tiene la cabeza en el cielo, y se arrostra la cólera de los acontecimientos de la tierra.

De allí, también, esa moral puritana, erizada de precauciones feroces contra toda especie de alegrías y de poesía, por temor de que, al ver las sonrisas de la vida, el soldado de Cristo se embriague en ellas y se acobarde y retroceda en el día de la prueba. Es evidente que para colocar al hombre por encima de la vida, hay primero que desprenderlo de ella por medio de una doctrina de austeridad. De aquí, que en su hora, y en la época de persecución religiosa, la Reforma tuvo razón de exagerar el dogma de la Gracia y el dogma de la Expiación.

Ella no podía vencer sino con la condición de habituar al hombre á la muerte, por virtud de una educación instructiva de la muerte, día por día, y en cierta manera, minuto por minuto. Vencer en el mundo de la idea, es saber morir. Comprendemos, pues, una fe ruda y fatalista en aquellos pechos cubiertos de hierro y de sencillez, de los héroes de la Reforma, que se lanzaban á buscar, al través de las llamas, en la Europa incendiada, la primera libertad del hombre, la libertad de pensar por sí mismo y de adorar al Dios de su inteligencia. La Reforma era, entonces, un ejército en campaña, y era necesario imponerle la disciplina rigurosa de esa milicia inexorable.

Pero hoy, que la victoria está ganada, que la libertad de conciencia está adquirida en la mitad de la Europa, que la idea militante ha llegado á ser por todas partes la idea triunfante, la Re-

forma tiene en lo adelante la obligación de dejar que desierte de sus filas la parte de su doctrina especialmente derivada de su pasado, de incorporarse en su marcha al siglo xix, y de poner aquella en armonía con el alma nueva y progresiva de la civilización. Como toda religión decae y vive necesariamente en una humanidad, á un tiempo permanente y progresiva, debe, para estar de acuerdo con esa humanidad, y en intimidad completa con ella, abarcar una doble naturaleza, inmutable y móvil, una fuerza de tradición y una fuerza de evolución. Toda religión condenada á la letra de su dogma, es una religión que muy pronto se pasa. Una religión sin raíz en la historia es una hoja desprendida del árbol, que el más leve soplo del momento arrastra consigo.

Ved, ahora, y contad con el dedo, si podéis, todos los milagros del arte y de la ciencia, de la industria y del pensamiento, que el mundo ha multiplicado, paso á paso, de tres siglos atrás, ya independientes, ya afiliados al protestantismo; y preguntaos después, si el hombre, modificado por tantas influencias interiores y exteriores que le penetran por todos los poros, y operan sobre él en todos los instantes, es todavía el hombre del siglo xvi; y si, para hacer presa de su inteligencia debe siempre hablársele el lenguaje de Calvino.

Si la Reforma ha convertido, en otro tiempo, las masas, y arrastrado á los pueblos tras sus huellas; y hoy aparece que ha perdido el dón de convertir, por tocar á su límite ¿qué causa puede asignarse á su poder en el siglo xvi, y á su impotencia en el actual? La muy evidente de

que ella, en otro tiempo, marchaba con el tiempo, y hoy permanece rezagada para escuchar voluptuosamente los magníficos ecos de su pasado. ¿Querria recobrar las almas como las conquistó la primera vez? Pues bien; que rompa el cuadro demasiado estrecho de tal ó cual Sinodo; que lo extienda á la medida del siglo xix, para hacer entrar en él todos los progresos realizados desde hace trescientos años, y entonces podrá, también, hacer que entren allí con el mismo paso, las multitudes, y las naciones creadas y amasadas con todos esos progresos.

Ella tiene la ventaja admirable de ser la religión de la libertad, en una época en que la Europa gravita, por completo, hacia la libertad, con más ó menos lentitud, sin duda, pero con la fatalidad del astro sobre su órbita. La paz, entre la Reforma y el mundo, está medio concluída; un paso más y quedará firmada. Y que no venga á decirsenos, con yo no sé qué secta: «á un mundo nuevo, es necesaria una religión nueva.» Yo no conozco, primero, debajo del sol, ningún mundo nuevo, sinó un mundo transformado. Si queréis una creencia á la imagen de este mundo, esta creencia no puede ser sinó una transformación. Después, una religión no se hace, todo lo más, se la regenera; pero regenerarla es continuarla.

No basta, para conducir el pueblo á una creencia hacerle practicar un acto religioso, y poner sobre un cartel: «Aquí hay un templo y un culto; entra y adora.» Para creer y adorar en realidad, el hombre del pueblo necesita ver ritos antiguos, oír palabras de su infancia, por-

que sólo en estos ritos y en estas palabras, ha tenido el habito, desde las rodillas de su madre, de fijar un sentido sagrado. Puede educarse el sentido, es verdad; podrá elevarse tanto más fácilmente, cuanto más se tenga primero una relación común con otro; pero si, invitando á la multitud á romper consigo misma, y con todo precedente piadoso, la colocáis bruscamente al frente de un neologismo perpetuo de gesto ó de palabra, que llamáis *culto*, que calificáis de *predicación*, escucha, mira un instante, y como no puede aclimatar su oído ó su mirada á todo lo que le decís, ni á todo lo que le mostráis, pasa adelante y va á buscar, en otra parte, lo que necesita.

El templo no es la primera casa que se encuentra; y como aquella primera casa, no se construye sólo con piedra y con paleta: que si la he visto salir de la tierra y elevarse por la mano del hombre, no contemplo en ella, ciertamente, un templo, sinó, todo lo más, una sala de reunión, donde puedo estar libremente como por toda la ciudad, sin que el tiempo, este arquitecto de Dios haya posado, todavía, la mano sobre ella para ponerle el último sello de su consagración.

Un templo, para ser verdaderamente el santuario del Dios vivo, debe tener la misteriosa majestad de lo pasado. Encuéntrese ó nó al alcance de la convicción del hombre, es lo cierto que por una especie de lógica instintiva, lo que es contemporáneo enaltece mal á lo que es eterno, porque hay desacuerdo forzoso entre esas dos ideas. El alma no ruega con fe, sinó allí en donde se ha orado de mucho tiempo atrás.

Se figura que todas las generaciones que han pasado antes que ella, y, sobre aquella losa, gemido, llorado y expaciado su corazón, como los gases del incienso, han dicho todo lo mejor que ellas sentían, bajo la mirada de Dios que las contemplaba: sí, le parece que aquellas generaciones han impreso en esa piedra alguna cosa más valiosa que en las demás; que todos los dolores, las esperanzas, las efusiones, las adoraciones que han palpitado allí en otro tiempo, palpitan todavía, y que Dios, que ha descendido, sin cesar, á recibir las, por un destello de su munificencia, está allí siempre presente en alguna forma.

El vino nuevo en odres viejos. La ley del hombre lo quiere así, para que exista siempre la solidaridad de siglos con siglos, y de los muertos con los vivos. Hé aquí el secreto de la alianza: yo os lo anuncio, y ya lo preveo.

NOTA 1.<sup>a</sup>

Hay largo tiempo que el culto de María se anida en el seno del jesuitismo; y desde el siglo xvii la imaginación fermentada de un jesuita alemán hizo de ella la Venus del catolicismo.

«María, dice el reverendo padre Niremborg, es la obra, por excelencia, de Dios. El Creador, únicamente, la sobrepuja: toda la belleza del cielo, los ángeles, la luz, y el esplendor del sol no son, en relación con su belleza, sino las escorias de un vil metal.

«Creada por Dios para ser el tipo más acabado, en prueba de su sabiduría y de su poder infinito, se extasia de placer en el culto que se la consagra. El que adora á María, adora las tres personas que se han asociado á su obra.

«La Trinidad tiene meditado, hay mucho tiempo, el designio de crear á María, el ser más perfecto; y la meditación de este plan la inunda de felicidad y de admiración. Las apariciones más perfectas de los tiempos del Antiguo testamento no eran sino ensayos por los cuales Dios se formaba la mano, á fin de poder crear, algunos siglos más tarde, el ser más acabado.

«La belleza de su rostro era ya tan grande sobre la tierra, y tan incomparable, que Dionisio el arcopagista presentado á ella por el apóstol Juan, se creyó trasportado al cielo; y si la fe no le hubiese instruido de lo contrario, habría tomado á María por una divinidad.

«María no es la hija natural de Dios, sino su hija adoptiva. La Trinidad ama á la Madre de Dios, no solamente porque el Padre Eterno la considera como su hija, el hijo como su madre, y el Espíritu Santo como su prometida, sino porque todos ellos tienen en María un bien común á las tres personas divinas, para el paraíso, donde ellas se refrigeran y se divierten.

«El seno puro de María es la cámara en donde las tres personas de la divinidad se reúnen para deliberar sobre la elección de los hombres, y la distribución de los tesoros de la gracia divina. Jesús consulta á María de quien es deudor alcanzado, sobre la distribución de sus dones.

«El amor más puro ha decidido únicamente á María, á prestar al Creador del cielo y de la tierra una parte de su sangre y de su sér para la formación en su cuerpo, del cuerpo de Jesús; y al prestársela de una manera tan amable y tan abnegada, le ha dado su sangre, como santo martirio.

«Así; desde aquel momento, Jesús tiene concedida su gracia y su misericordia á todos los que se adhieren á María por un amor puro é inquebrantable: él sigue sus consejos, y puede decirse que María tiene la felicidad de aproximarse á Dios, y hasta de ser su igual en la repartición de sus gracias y de sus dones.»

*Huber, t. 11, pág. 102.*

De esta manera; para el padre jesuita, si la buena Virgen no es del todo una divinidad, es,

á lo menos, una divinidad auxiliar, esperando llegar á serlo titular, dos siglos más tarde; y en apoyo de su tesis, el reverendo padre cita el milagro siguiente:

«El emperador Sigismondo atravesaba un día, un campo de batalla, donde había sido muerto un soldado muchos años antes, cuando oyó una voz quejumbrosa. El emperador dió la orden de recorrer minuciosamente todos los mataderos y se encontró en una hondonada un cadáver en putrefacción. ¿No tenéis un sacerdote? dijo el cadáver; hay muchos años que fui soldado del ejército imperial, y caí aquí en medio del combate; pero por haber siempre servido á María, Dios me ha hecho la gracia de no permitir que se desprenda mi alma de este cadáver medio devorado, antes de que me haya confesado de todos mis pecados mortales; después de lo cual, moriré sin retardo, y entraré en la bienaventurada eternidad.»

*Huber, t. 11, pág. 104.*

¿Se quiere saber lo que era para el instituto de Loyola la bienaventurada eternidad? El reverendo padre va á decirnoslo con la aprobación de Pardo, provincial de la Castilla.

«Cada santo, dice él, tiene su casa en el cielo, y Jesús mismo posee un palacio magnífico; hay anchas calles, grandes plazas, sólidas casas rodeadas de muros. Los ángeles no tienen domicilio propio, y prefieren divertirse, posándose ya aquí, ya allá. Las calles están adornadas de césped y de alfombra; y primorosas

esculturas tienen grabadas, sobre las paredes, las noticias del mundo.

»Es de goce inefable abrazar los cuerpos de los bienaventurados. Se ha tenido cuidado de instalar baños agradables, en donde los bienaventurados (comprendidas las mujeres) se bañan reunidos, y nadan como peces, cantando también como las calandrias y los ruiseñores. Las mujeres cantan mejor que los hombres á fin de aumentar los placeres de estos últimos. Los ángeles revisten trajes de mujeres, y se aparecen, también á los bienaventurados con cabellos rizados, ropas abofelladas y los más ricos adornos: hombres y mujeres se entretienen en organizar mascaradas, banquetes y bailes. Las mujeres se despiertan á la vida eterna con largos cabellos, y se adornan para el cielo, como lo hacían en la tierra, con velos y peinados. En la vida bienaventurada, como en esta terrena, los esposos se abrazan, y acarician á sus hijos.»

*Huber, t. 11, pág. 137 (1).*

(1) Estas narraciones históricas comprobadas, ó son de un redomado tuno, ó de un loco.—N. del T.

NOTA 2.<sup>a</sup>

Como podría acusárenos de tergiversar la opinión del abate Gerbet, obispo de Amiens, queremos reproducirlo á la letra.

«No se trata aquí de algunas referencias que sólo pueden interesar á la poesía cristiana. Ella aspira sin duda á hacer notar que la residencia de aquél á quien se dijo; «apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos» está rodeada de pastores y rebaños. Roma, que se conoce destinada á asistir á las catástrofes lúgubres de los últimos tiempos, reposa entre las apacibles imágenes de la vida patriarcal, y se parece bajo este concepto, á la Biblia que comienza por el Génesis y concluye por el Apocalipsis.

»Pero sea lo que fuese de estas proximidades íntimas y de muchas otras del mismo género, sólo deben fijarnos aquí consideraciones más importantes. «Yo creo que es moralmente útil que focos de población con todos los movimientos que ellos atraen, *sobre todo en nuestro siglo*, no deben multiplicarse á las puertas de Roma. Es indudable que ninguna capital tiene, en sus alrededores, mayores elementos para la meditación, para la oración, para los pensamientos graves y solemnes; y es muy importante que Roma se distinga bajo este concepto, también, de las capitales mundanas.

»Este recinto en reposo que tiene la majestad del desierto, sin ostentar su aparato, y en el cual

casi no se encuentran sino rebaños, águilas, y tumbas; *este Cementerio* melancólico y desnudo de las agitaciones y de las pompas de la antigua Roma; esta soledad de praderas (tal es la palabra, y podía decir más bien de espinas) que interceptando los ruidos del mundo en rededor de la ciudad santa, envuelve en místico arrobamiento de silencio y de paz á ese gran claustro de la cristiandad, son ansiados por todos los que vienen á residir en Roma, con el deseo y el buen gusto de poner sus pensamientos, sus sentimientos y su género de vida en relación con el carácter de una ciudad, que es, eminentemente, la ciudad del alma.

»Ellos lamentarian que la campiña de Roma llegase á sufrir trasformación que concluyese, después de un espacio, más ó menos largo, por convertirla en una ascua de manufacturas; lo que tiene que suceder según la tendencia de la civilización moderna en su parte material, á los alrededores de una capital, en que los trabajos de agricultura entretienen hoy, una población numerosa y siempre creciente.

»No es posible raciocinar acerca de Roma, como de cualquiera otra ciudad; porque sus conveniencias son de un orden muy diverso. La ciudad teológica tiene necesidad, como un monasterio, de encerrarse en un recinto apacible: la villa hospitalaria que se complace en ofrecer á todos los grandes infortunios, tanto del corazón como del trono, un retiro lleno de majestad y de ternura; el augusto centro de las ruínas que no tiene, solamente, museos, sino que, por sí mismo, es un museo gigantesco, se hallaría muy poco satisfecha, y muy vulgar-



mente situada en la atmósfera fumosa y bulliosa de Birmingham ó de Manchester.»

*Roma Chretienne*, tomo 1.º, pag. 10.

Allí está todo entero el catolicismo. La pereza, la esterilidad, la miseria, la muerte; tal es su sueño. El obispo Gervet no hubiera hablado con más elocuencia y acierto, si hubiese querido justificar la supresión del poder temporal del papado.

### NOTA 3.<sup>a</sup>

Montelambert procuró ensayar la conciliación de la Iglesia y de la libertad. El papa lanzó contra él la jauría de la *Civiltá cattolica*. El tribuno arrancó desde el fondo de su lecho de agonía, este rugido de león moribundo.

«Los jesuitas de Roma toman á empeño cada día, por defender la Iglesia y la Santa Sede, ultrajar á la razón, á la justicia y al honor. Yo no puedo ni quiero callarme acerca de los monstruosos artículos de la *Civiltá cattolica*, publicados en este mismo año de 1886 contra la libertad en general; y precisamente contra los liberales católicos que han tenido la sencillez, como yo, de hacer valer y triunfar en la tribuna parlamentaria el derecho público de los jesuitas en nombre de la libertad.

»Según los padres de la *Civiltá cattolica*, la

Iglesia no puede coexistir con ninguna libertad moderna. Mr. Renán es, entre los publicistas contemporáneos, quien, siempre según ellos, ha sido el primero en comprender mejor la verdad, cuando ha proclamado, desde 1848, que la Iglesia no ha sido, jamás, tolerante ni menos podrá serlo, y que un católico liberal, ó un liberal católico no podía ser sinó un hipócrita ó un tonto. Nosotros que en este mismo año, 1848 y 1849, reclamamos y obtuvimos el derecho de enseñar á favor de los jesuitas con igualdad á todos los demás franceses, en nombre de la libertad y de la tolerancia, no obraríamos de *buena fe*, porque ningún católico liberal puede tenerla, tal vez; pero si somos hoy el justo objeto de irrisión tanto de los católicos que no son liberales, como de los liberales que no son católicos.

»Para servir bien á la causa católica en la segunda mitad del siglo xix no hay otro medio que exponer, á los ojos de la Europa, todas las teorías y todos los ejemplos de persecución que se pueden descubrir de la Edad Media, y justificarlos, colocándolos bajo el rótulo de un papa ó de un santo. En cuanto á España, por ejemplo, puede recordarse cierta instrucción reservada de San Pio V al nuncio acreditado cerca de Felipe II, deplorando la molición de este rey en la persecución de los herejes, é insistiendo sobre la necesidad de infligirles castigos temporales.»

»En tesis general, es preciso declarar sin ambages y muy alto, que no hay libertad moderna que no sea intrínsecamente una cosa desordenada, perniciosa, «mortal en sus efec-

tos;» y nó la libertad absoluta é ilimitada, sinó cualquiera libertad apostrofada como una peste ó una plaga espiritual; mucho más funesta que la corporal; y todó esto sazonado con citas, definiciones, y disertaciones teológicas, que se han reasumido en buen lenguaje como sigue:

»No hay libertad sana; toda libertad es una enfermedad: nó hay libertad inteligente; toda libertad es un delirio. Nó hay una buena y una mala libertad de la prensa; porque toda libertad, siempre que sea de la prensa, es por sí sola, esencialmente mala. Nó hay buena ni mala libertad de conciencia, porque si es libertad de conciencia, lleva en sí propia su condenación. Nó existe buena ó mala libertad de cultos, porque esta libertad debe ser reprobada de una manera absoluta, y así, por consiguiente, en cuanto á todas las libertades, franquicias, y emancipaciones con que se gloria la sociedad moderna.

»Sobre todo lo cual, yo hago observar, que cuando mis contemporáneos y yo hemos abogado durante veinte años en la Cámara de los pares, en la de los diputados y en la Asamblea nacional en favor de la Iglesia y especialmente de los jesuitas, por la libertad de enseñanza y de asociación, ha sido unicamente en nombre y con apoyo de reglamentos y constituciones modernas, en nombre de la libertad moderna, de la libertad de conciencia, y por medio de la imprenta libre y de la tribuna.

»Nosotros nos equivocamos entonces, como está acreditado; y en buena teología, sólo monsieur Renán con sus compañeros tuvieron razón al sostener que el catolicismo, y sobre todo los

jesuitas eran absolutamente incompatibles con la libertad! ¿Por qué no nos lo dijeron entonces? Era, sí, entonces y no ahora, cuando debían enseñarnos que la libertad es una peste en lugar de aprovecharse de ella gracias á nosotros, para venir, veinte años después, á insultarla y á renegarla, al mismo tiempo que á nosotros.

»He pasado hace muchos años de la edad de los desengaños y de las emociones apasionadas, pero confieso que al dar lectura á esas *palinodias insolentes* he sentido rubor hasta en el blanco de los ojos, y me he estremecido hasta la punta de las uñas. Ya no soy bastante niño para quejarme de la ingratitud de los hombres en general y de los jesuitas en particular; pero quiero decir muy alto, que ese apóstrofe de faquín y de pedagogo aplicado á antiguos defensores que no han muerto por completo, y á inveteradas luchas que mañana pueden renovarse, no se adapta ni á religiosos ni á hombres honrados. Esto puede tal vez resentirse de ortodoxia, yo no soy juez en asuntos de teología, pero creo serlo en puntos de honor y de honestidad, y afirmo que es completamente indigno.

»Y, más que todo, es torpe; pero esa misma torpeza es precisamente lo que los excusa y los salva. Ellos saben sin duda lo que dicen, pero no saben, con toda seguridad, lo que hacen. Si tuviesen una sombra de previsión, no digo de esa política profunda y premeditada que les atribuye el vulgo, sinó de ese buen sentido que sabe simplemente abrir los ojos sobre lo que pasa en un mundo donde, después de todo, se tiene mucho que vivir y prosperar, serían los

últimos en profesar tales doctrinas, y en creerse de tales antecedentes. Lo pasado, un pasado tan inmediato á nuestra época, hubiera podido y debido esclarecerlos aguardando las lecciones y sobre todo las necesidades del porvenir.

»Si un solo jesuita, por poco acreditado que estuviese en Roma, se hubiese expresado de 1848 á 1850 como la *Civiltá* de nuestros días, puede afirmarse con toda seguridad que ni un solo colegio de jesuitas se hubiera abierto en Francia; y además, que ni un soldado francés hubiera marchado á restablecer el poder temporal del papa.

»Es preciso convenir en que ellos han inventado una manera singular de servir á la religión y de hacerla aceptar, comprender y amar por el mundo moderno. Diríase que ellos tratan á la Iglesia como á una de esas bestias feroces que se exhiben en las casas de fieras. Miradla bien, parece que dicen, y comprended lo que ella quiere, lo que es el fondo de su naturaleza. Hoy está enjaulada, amansada y domada por la fuerza de las cosas; no puede haceros mal en la actualidad, pero tened presente que tiene garras y garfios, y si alguna vez se suelta, os los hará conocer.»

FIN.

